

MANUSCRITO DEDICADO

A LA REVERENDA MADRE INÉS DE JESÚS

Manuscrito «A»

---

## CAPÍTULO I

ALENÇON (1873 1877) [2rº]

J.M.J.T.

Jesús

Enero de 1895

Historia primaveral de una Florecita blanca,

escrita por ella misma

y dedicada a la Reverenda Madre Inés de Jesús.

---

### El cántico de las Misericordias del Señor

A ti, Madre querida, a ti que eres doblemente mi madre, quiero confiar la historia de mi alma... El día que me pediste que lo hiciera, pensé que eso disiparía mi corazón al ocuparlo de sí mismo; pero después Jesús me hizo comprender que, obedeciendo con total sencillez, le agradaría. Además, sólo pretendo una cosa: comenzar a cantar lo que un día repetiré por toda la eternidad: «¡¡¡Las misericordias del Señor !!!»...

Antes de coger la pluma, me he arrodillado ante la imagen de María<sup>2</sup> (la que tantas pruebas nos ha dado de las predilecciones maternas de la Reina del cielo por nuestra familia), y le he pedido que guíe ella mi mano para que no escriba ni una línea que no sea de su agrado. Luego, abriendo el Evangelio, mis ojos se encontraron con estas palabras: «Subió Jesús a una montaña y fue llamando a los que *él quiso*, y se fueron con él» (San Marcos, cap. II, v. 13). He ahí el misterio de mi vocación, de mi vida entera, y, sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesús ha querido dispensar a mi alma... El no llama a los que son dignos, sino a los que *él quiere*, o, como dice san Pablo: «Tendré misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca. No es, pues, cosa del que quiere o del que se afana, sino de Dios que es misericordioso» (Cta. a los Romanos, cap. IX, v. 15 y 16).

Durante mucho tiempo me he preguntado por qué tenía Dios preferencias, por qué no recibían todas las almas las gracias en igual medida. Me extrañaba verle prodigar favores extraordinarios a los santos que le habían [2vº] ofendido, como san Pablo o san Agustín, a los que forzaba, por así decirlo, a recibir sus gracias; y cuando leía la vida de aquellos santos a los que el Señor quiso acariciar desde la cuna hasta el sepulcro, retirando de su

camino todos los obstáculos que pudieran impedirles elevarse hacia él y previniendo a esas almas con tales favores que no pudiesen empañar el brillo inmaculado de su vestidura bautismal, me preguntaba por qué los pobres salvajes, por ejemplo, morían en tan gran número sin haber oído ni tan siquiera pronunciar el nombre de Dios...

Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas...

Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a los lirios y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...

Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia [3rº] con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos; y ha creado al pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Estas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...

Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el momento preciso se abra hasta la más humilde margarita, de la misma manera todo está ordenado al bien de cada alma.

Seguramente, Madre querida, te estés preguntando extrañada adónde quiero ir a parar, pues hasta ahora nada he dicho todavía que se parezca a la historia de mi vida. Pero me has pedido que escribiera lo que me viniera al *pensamiento*, sin trabas de ninguna clase. Así que lo que voy a escribir no es mi vida propiamente dicha, sino mis *pensamientos* acerca de las gracias que Dios se ha dignado concederme.

Me encuentro en un momento de mi existencia en el que puedo echar una mirada hacia el pasado; mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas exteriores e interiores. Ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanto la cabeza y veo que en mí se hacen realidad las palabras del salmo XXII: «El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... Aunque camine por cañadas [3vº] oscuras, ningún mal temeré, ¡porque tú, Señor, vas conmigo!» Conmigo el Señor ha sido siempre compasivo y misericordioso..., lento a la ira y rico en clemencia... (Salmo CII, v. 8). Por eso, Madre, vengo feliz a cantar a tu lado las misericordias del Señor... Para *ti sola* voy a escribir la historia de la *florecita* cortada por Jesús. Por eso, te hablaré con confianza total, sin preocuparme ni del estilo ni de las

numerosas digresiones que pueda hacer. Un corazón de madre comprende siempre a su hijo, aun cuando no sepa más que balbucir. Por eso, estoy segura de que voy a ser comprendida y hasta adivinada por ti, que modelaste mi corazón y que se lo ofreciste a Jesús...

Me parece que si una florecilla pudiera hablar, diría simplemente lo que Dios ha hecho por ella, sin tratar de ocultar los regalos que él le ha hecho. No diría, so pretexto de falsa humildad, que es fea y sin perfume, que el sol le ha robado su esplendor y que las tormentas han tronchado su tallo, cuando está íntimamente convencida de todo lo contrario.

La flor que va a contar su historia se alegra de poder pregonar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesús. Reconoce que en ella no había nada capaz de atraer sus miradas divinas, y que sólo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella...

El la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un *perfume virginal*. El hizo que la precedieran ocho lirios deslumbrantes de blancura. El, en su amor, quiso preservar a su florecita del aliento envenenado del mundo; y apenas empezaba a entreabrirse su corola, este divino Salvador la trasplantó a la montaña del Carmelo, donde los dos lirios que la habían rodeado de cariño y acunado dulcemente en la primavera de su vida expandían ya [4rº] su suave perfume...

Siete años han pasado desde que la florecilla echó raíces en el jardín del Esposo de las vírgenes, y ahora *tres* lirios -contándola a ella- cimbread allí sus corolas perfumadas; un poco más lejos, otro lirio se está abriendo bajo la mirada de Jesús. Y los dos tallos benditos de los que brotaron estas flores están ya reunidos para siempre en la patria celestial... Allí se han encontrado con los otros cuatro lirios que no llegaron a abrir sus corolas en la tierra... ¡Ojalá Jesús tenga a bien no dejar por mucho tiempo en tierra extraña a las flores que aún quedan el destierro! ¡Ojalá que pronto el ramo de lirios se vea completo en el cielo<sup>3</sup>!

---

### **Rodeada de amor**

Acabo, Madre, de resumir en pocas palabras lo que Dios ha hecho por mí. Ahora voy a entrar en los detalles de mi vida de niña. Sé muy bien que donde cualquier otro no vería más que un relato aburrido, tu *corazón de madre* encontrará verdaderas delicias... Además, los recuerdos que voy a evocar son también tuyos, pues a tu lado fue transcurriendo mi niñez y tengo la dicha de haber tenido unos padres incomparables que nos rodearon de los mismos cuidados y del mismo cariño. ¡Que ellos bendigan a la más pequeña de sus hijas y le ayuden a cantar las misericordias del Señor...!

En la historia de mi alma, hasta mi entrada en el Carmelo, distingo tres períodos bien definidos<sup>4</sup>. El primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos. Se extiende desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra madre querida para la patria del cielo.

[4vº] Dios me concedió la gracia de despertar mi inteligencia en muy temprana edad y de que los recuerdos de mi infancia se grabasen tan profundamente en mi memoria, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer. Seguramente que Jesús, en su

amor, quería hacerme conocer a la madre incomparable que me había dado y que su mano divina tenía prisa por coronar en el cielo...

Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de *amor*. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho *amor* a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. Y así, quería mucho a papá y a mamá, y les demostraba de mil maneras mi cariño, pues era muy efusiva.. Sólo que los medios que empleaba, a veces eran raros, como lo demuestra este pasaje de una carta de mamá:

«La niña es un verdadero diablillo, que viene a acariciarme deseándome la muerte: "¡Cómo me gustaría que te murieras, mamáita...!" La riñen, y me dice: "¡Pero si es para que vayas al cielo! ¿No dices que tenemos que morirnos para ir allá?" Y cuando está con estos arrebatos de amor, desea también la muerte a su padre». [5<sup>o</sup>]

Y mira lo que el 25 de junio de 1874, cuando yo tenía apenas 18 meses, decía mamá de mí:

«Tu padre acaba de instalar un columpio. Celina está loca de contenta, ¡pero hay que ver columpiarse a la pequeña! Es de risa; se sostiene como una jovencita, no hay peligro de que suelte la cuerda, y cuando va demasiado despacio se pone a gritar. La sujetamos por delante con otra cuerda, pero a pesar de todo yo no me siento tranquila cuando la veo colgada allá arriba.

«Ultimamente me ocurrió una curiosa aventura con la pequeña. Tengo costumbre de ir a la Misa de cinco y media. Los primeros días, no me atrevía a dejarla sola; pero al ver que nunca se despertaba, me decidí a hacerlo. La acuesto en mi cama y arrimo la cuna de manera que sea imposible que se caiga. Pero un día me olvidé de acercar la cuna. Llego, y la pequeña ya no estaba en la cama. En ese mismo momento escuché un grito; miro y la veo sentada en una silla que había frente a la cabecera de mi cama, con la cabecita apoyada en el respaldo y durmiendo un mal sueño, pues estaba enfadada. No puedo explicarme cómo pudo caer sentada en aquella silla, pues estaba acostada. Di gracias a Dios de que no le hubiera pasado nada; fue realmente providencial, pues debería haber caído rodando al suelo. El ángel de la guarda ha velado por ella, y las almas del purgatorio, a las que todos los días rezo una oración por la pequeña, la protegieron. Así me explico yo lo sucedido..., tú explícatelo como quieras...».

Al final de la carta mamá añadía:

«Ahora la niña ha venido a pasarme la manita por la cara y a darme un beso. Esta criatura no quiere dejarme ni un instante y no se aparta de mi lado. Le gusta mucho salir al jardín, [5<sup>o</sup>], pero si yo no estoy allí no quiere quedarse y se echa a llorar y no para de hacerlo hasta que me la traen...»

(Y éste es un pasaje de otra carta):

«Teresita me preguntaba el otro día si iría al cielo. Yo le dije que sí, si se portaba bien, y me contestó: "Ya, y si no soy buena, iré al infierno... Pero sé muy bien lo que haré en ese caso: me echaré a volar contigo, que estarás en el cielo, ¿y cómo se las arreglará Dios para cogerme...? Tú me apretarás muy fuertemente entre tus brazos." Y leí en sus ojos

que estaba firmemente convencida de que Dios no podría hacerle nada mientras estuviese en brazos de su madre...

«María quiere mucho a su hermanita, y dice que es muy buena. No es extraño, pues esta criatura tiene miedo a darle el menor disgusto. Ayer quise darle una rosa, pues sé que le gustan mucho, pero se puso a suplicarme que no la cortase, porque María se lo había prohibido. Estaba excitadísima. No obstante, le di dos y no se atrevía a aparecer por casa. En vano le decía que las rosas eran mías: "Que no, decía ella, que son de María..."»

«Es un niña que se emociona con gran facilidad. Cuando hace algún pequeño desaguisado, todo el mundo tiene que saberlo. Ayer rasgó sin querer una esquinita del empapelado y se puso que daba lástima, había que decírselo enseguida a su padre. Cuando éste llegó, cuatro horas más tarde, ya nadie pensaba en lo sucedido, pero ella fue corriendo a decirle a María: "Dile enseguida a papá que he rasgado el papel". Y estaba allí como un criminal que espera su condena; pero tiene su teoría de que, si se acusa, la perdonarán más fácilmente».

[4vº sigue] Quería mucho a mi *madrina* <sup>6</sup>.

Parecía que no, pero me fijaba mucho en todo lo que se hacía y se decía a mi alrededor, y me parece que juzgaba ya las cosas como ahora. Escuchaba muy atentamente lo que María enseñaba a Celina, para actuar yo como ella. [6rº] Después que salió de la Visitación, para obtener el favor de ser admitida en su cuarto durante las clases que le daba a Celina, me portaba muy bien y hacía todo lo que me mandaba. Por eso, me colmaban de regalos, que, pese a su escaso valor, me hacían mucha ilusión.

Estaba muy orgullosa de mis dos hermanas mayores, pero mi *ideal* de niña era Paulina... Cuando estaba empezando a hablar y mamá me preguntaba «¿En qué piensas?», la respuesta era invariable: «¡En Paulina...!» Otras veces pasaba mi dedito por el cristal de la ventana y decía: «Estoy escribiendo: ¡Paulina...!»

Oía decir con frecuencia que seguramente Paulina sería *religiosa*, y yo entonces, sin saber lo que era eso, pensaba: *Yo también seré religiosa*. Es éste uno de mis primeros recuerdos, y desde entonces ya nunca cambié de intención... Fuiste tú, Madre querida, la persona que Jesús escogió para desposarme con él; tú no estabas entonces a mi lado, pero ya se había creado un lazo entre nuestras almas... Tú eras mi *ideal*, yo quería parecerme a ti, y tu ejemplo fue lo que me arrastró, desde los dos años de edad, hacia el Esposo de la vírgenes. ¡Cuántos hermosos pensamientos quisiera confiarte! Pero tengo que continuar con la historia de la florecilla, con su historia completa y general, pues si quisiera hablar detalladamente de sus relaciones con «Paulina», ¡tendría que dejar de lado todo lo demás...!

Mi querida Leonia ocupaba también un lugar importante en mi corazón. Me quería mucho. Por las tardes, cuando toda la familia salía a dar un paseo, era ella quien me cuidaba... Aún me parece estar escuchando las lindas tonadas que me cantaba para dormirme... Buscaba la forma de contentarme en todo; por eso, me habría dolido mucho darle algún disgusto. [6vº] Me acuerdo muy bien de su primera comunión, sobre todo del momento en que me cogió en brazos para hacerme entrar con ella en la casa rectoral. ¡Me parecía tan bonito ser llevada en brazos por una hermana mayor toda vestida de blanco como yo...! Por la noche, me acostaron temprano, pues yo era muy pequeña para quedarme al

solemne banquete; pero aún estoy viendo a papá trayéndole, a los postres, a su reinecita unos trozos de tarta...

Al día siguiente, o pocos días después, fuimos con mamá a casa de la compañerita de Leonia<sup>7</sup>. Creo que fue ese día cuando nuestra mamaíta nos llevó detrás de una pared para hacernos beber un poco de vino después de la comida (que nos había servido la pobre señora de Dagorau), pues no quería dejar en mal lugar a la buena mujer pero tampoco quería que nos faltase nada... ¡Qué tierno es el corazón de una madre! ¡Y cómo expresa su ternura en mil detalles previsoros en los que nadie pensaría...!

Ahora me falta hablar de mi querida Celina, la compañerita de mi infancia, pero son tantos los recuerdos, que no sé cuáles elegir. Voy a extraer algunos pasajes de las cartas que mamá te escribía a la Visitación, pero no voy a copiarlo todo, pues sería demasiado largo...

El 10 de julio de 1873 (año de mi nacimiento), te decía:

«La nodriza<sup>8</sup> trajo el jueves a Teresita. Se pasó todo el tiempo riendo. La que más le gustó fue la pequeña Celina. Se reía con ella a carcajadas. Se diría que ya tiene ganas de jugar, no tardará en hacerlo. Se sostiene sobre las piernecitas, más tiesa que una estaca. Creo que pronto empezará a andar y que tendrá buen carácter. Parece muy inteligente y tiene pinta de predestinada...»

[7<sup>o</sup>] Pero cuando mostré mi cariño a mi querida Celinita, fue sobre todo después de dejar a mi nodriza. Nos entendíamos muy bien; sólo que yo era mucho más vivaracha y mucho menos ingenua que ella. Aunque tenía tres años y medio menos, me parecía que fuésemos de la misma edad. Este pasaje de una carta de mamá te hará ver lo buena que era Celina y lo mala que era yo:

«Mi Celinita está decididamente inclinada a la virtud. Es ésta una inclinación profunda de su ser. Tiene un alma candorosa y siente horror al pecado. En cuanto al huroncillo, no sabemos lo que saldrá de él. ¡Es tan pequeño y tan atolondrado! Tiene una inteligencia superior a la de Celina, pero es mucho menos dulce, y, sobre todo, de una terquedad casi indomable. Cuando dice "no", no hay nada que la haga ceder; aunque la metiésemos un día entero en el cuarto de los trastos, dormiría allí antes que decir "sí"...

«Sin embargo, tiene un corazón de oro, es muy cariñosa y sincera. Es curioso verla correr tras de mí para acusarse: -Mamá, he empujado a Celina, pero sólo una vez, la he pegado una vez, pero no lo volveré a hacer. (Y así, en todo lo que hace). El jueves por la tarde, fuimos a dar un paseo hacia la estación, y se empeñó en entrar en la sala de espera para ir a buscar a Paulina. Corría delante con una alegría que daba gloria verla. Pero cuando vio que teníamos que volvernos sin subir al tren para ir a buscar a Paulina, se pasó todo el camino llorando».

Esta última parte de la carta me recuerda la dicha que sentía al verte volver de la Visitación. Tú, Madre querida, me cogías en brazos y María cogía en los suyos a Celina. Entonces yo te hacía mil caricias y me echaba [7<sup>o</sup>] hacia atrás para admirar tu larga trenza... Luego me dabas una tableta de chocolate que habías guardado durante tres meses. ¡Imagínate qué reliquia era eso para mí...!

---

## Viaje a Le Mans

Me acuerdo también del viaje que hice a Le Mans<sup>9</sup>. Era la primera vez que iba en tren. ¡Qué alegría verme viajar sola con mamá...! Sin embargo, ya no recuerdo por qué, me eché a llorar, y nuestra pobre mamá sólo pudo presentar a nuestra tía de Le Mans a un feo *bichito* todo enrojecido por las lágrimas que había derramado en el camino... No guardo ningún recuerdo de la visita al locutorio, a no ser del momento en que mi tía me pasó un ratoncito blanco y una cestita de cartulina llena de bombones, sobre los que *campeaban* dos preciosos anillos de azúcar, justamente del tamaño de mi dedo. Inmediatamente exclamé: «¡Qué bien! ¡Ya tengo un anillo para Celina!» Pero, ¡ay dolor!, cojo la cesta por el asa, doy la otra mano a mamá y nos vamos. A los pocos pasos, miro la cesta y veo casi todos los bombones desparramados por la calle, como si fueran los guijarros de Pulgarcito... Miro más atentamente y veo que uno de los preciosos anillos había corrido la suerte fatal de los bombones... ¡Ya no tenía nada que llevar a Celina...! Entonces estalla mi dolor, pido volver sobre mis pasos, pero mamá no parece hacerme caso. ¡Aquello era demasiado! A mis *lágrimas* siguieron mis *gritos*... No podía comprender que mamá no compartiese mi dolor, y eso acrecentaba todavía más mi sufrimiento...

---

## Mi carácter

Vuelvo ahora a las cartas en las que mamá te habla de Celina y de mí. Es el mejor medio que puedo emplear para darte a conocer mi carácter. He aquí un pasaje en el que mis defectos brillan en todo su esplendor:

[8rº] «Celina está entretenida con la pequeña jugando a los dados, y riñen de vez en cuando. Celina cede para añadir una perla a su corona. Yo me veo obligada a reprender a esta pobre niña, que coge unas rabetas terribles cuando las cosas no salen a su gusto y se revuelca por el suelo como una desesperada pensando que todo está perdido. Hay momentos en que es más fuerte que ella, y se le corta la respiración. Es una niña muy nerviosa. De todas maneras, es un encanto, y muy inteligente, y se acuerda de todo».

¡Ya ves, Madre mía, qué lejos estaba yo de ser una niña sin defectos! Ni siquiera se podía decir de mí «que fuese buena cuando estaba dormida», pues de noche era todavía más revoltosa que de día. Mandaba a paseo todas las mantas, y (dormida y todo) me daba golpes contra los largueros de mi camita; el dolor me despertaba, y entonces decía: «¡Mamá, me *he golpeado*...! Nuestra pobre mamá se veía obligada a levantarse y comprobaba que, en efecto, tenía chichones en la frente y me había *golpeado*. Me tapaba bien y volvía a acostarse; pero al cabo de un momento yo volvía a *golpear*. De suerte que se vieron obligados a *atarme* en la cama. Todas las noches, la pequeña Celina venía a anudar las incontables cuerdas destinadas a evitar que el diablillo se *golpease* y despertara a su mamá. Esta medida dio buen resultado, y desde entonces ya fui *buena* mientras *dormía*...

Tenía también otro defecto (estando despierta), del que mamá no habla en sus cartas, que era un gran amor propio. No voy a darte más que dos ejemplos para no alargar demasiado mi narración. Un día, me dijo mamá: «Teresita, si besas el suelo, te doy cinco céntimos». Cinco céntimos eran para mí toda una fortuna, y para ganarlos no tenía que bajar demasiado de mi *altura*, pues mi *exigua* estatura no me separaba muchos palmos de suelo. Sin embargo, mi orgullo se rebeló a [8vº] la sola idea de *besar el suelo*, y

poniéndome muy tiesa le dije a mamá: -¡No, mamáita, prefiero quedarme sin los cinco céntimos...!

En otra ocasión teníamos que ir a Grogny, a visitar a la señora de Monnier. Mamá le dijo a María que me pusiese mi precioso vestido azul celeste, adornado de encajes, pero que no me dejara los brazos al aire, para que el sol no me los tostase. Yo me dejé, con la indiferencia propia de las niñas de mi edad; pero interiormente pensaba que habría estado mucho más bonita con los bracitos al aire.

Con una forma de ser como la mía, si hubiera sido educada por unos padres sin virtud, o incluso si hubiese sido mimada por Luisa<sup>10</sup> como Celina, habría salido muy mala, y tal vez hasta me habría perdido... Pero Jesús velaba por su pequeña prometida y quiso que todo redundase en su bien; incluso sus defectos, que, corregidos a tiempo, le sirvieron para crecer en la perfección...

Como tenía *amor propio* y también *amor al bien*, en cuanto empecé a pensar seriamente (y lo hice desde muy pequeña), bastaba que me dijeran que algo no estaba *bien* para que se me quitasen las ganas de hacérmelo repetir dos veces... Veo con agrado que en las cartas de mamá, a medida que iba creciendo, le daba mayores alegrías. Como no tenía más que buenos ejemplos a mi alrededor, quería seguirlos como la cosa más natural del mundo. Esto es lo que escribía en 1876:

«Hasta Teresa quiere ponerse a veces a hacer prácticas <sup>11</sup>... Es una niña encantadora, más lista que el hambre, muy vivaracha, pero de corazón sensible. Celina y ella se quieren mucho. Se bastan solas para entretenerse. Todos los días, en cuanto acaban de comer, Celina va a buscar su gallo y atrapa al primer golpe la gallina de Teresa. Yo no consigo hacerlo, pero ella es tan hábil que la coge a la primera. Después se van las dos con sus animalitos a sentarse al amor de la [9<sup>ra</sup>] lumbre, y así se entretienen un buen rato. (La gallina y el gallo me los había regalado Rosita, y yo le di el gallo a Celina).

«El otro día Celina durmió conmigo y Teresa se acostó en el segundo piso en la cama de Celina. Había pedido a Luisa que la bajase abajo para vestirla, y cuando Luisa subió a buscarla encontró la cama vacía. Teresa había oído a Celina y había bajado con ella. Luisa le dijo: -¿O sea, que no quieres bajar a vestirme? -No, Luisa, no, nosotras somos como las dos gallinitas, que no pueden separarse. Y al decir esto, se abrazaban y se estrechaban la una contra la otra...

«Luego, por la tarde, Luisa, Celina y Leonia se fueron al Círculo Católico y dejaron en casa a la pobre Teresa, que entendía perfectamente que ella era demasiado pequeña para ir, y decía: -¡Si por lo menos quisieran acostarme en la cama de Celina...! Pero no, no quisieron... Ella no dijo nada y se quedó sola con su lamparita. Al cuarto de hora estaba ya profundamente dormida...»

Otro día, mamá escribía también:

«Celina y Teresa son inseparables, no es fácil ver a dos niñas que se quieran tanto. Cuando María viene a buscar a Celina para la clase, la pobre Teresa se queda hecha un mar de lágrimas. ¡Ay, qué va a ser de ella si se va su amiguita...! María se compadece y se la lleva también, y la pobre criatura se pasa dos o tres horas sentada en una silla. Le dan unas cuentas para que las ensarte o algún trapo para que cosa; no se atreve a



rebullir y lanza con frecuencia profundos suspiros. Cuando se le desenhebra la aguja, intenta volver a enhebrarla, y es curioso verla cuando no lo consigue y sin atreverse a molestar a María. Pronto se ven dos gruesas lágrimas correr por sus mejillas... María [9vº] la consuela inmediatamente y le vuelve a enhebrar la aguja, y el pobre angelito sonríe a través de sus lágrimas...»

Recuerdo, en efecto, que no podía vivir sin Celina, y que prefería levantarme de la mesa sin terminar el postre a no irme tras ella. En cuanto se levantaba, me volvía en mi silla alta, pidiendo que me bajasen, y nos íbamos las dos juntas a jugar.

A veces nos íbamos con la hija de gobernador<sup>12</sup>, lo cual me gustaba mucho a causa del parque y de los preciosos juguetes que nos enseñaba; pero más que nada iba allí por complacer a Celina, ya que prefería quedarme en nuestro jardincito *raspando las tapias*, pues quitábamos todas las brillantes lentejuelas que había en ellas y luego íbamos a vendérsela *a papá* que nos las compraba muy serio.

Los domingos, como yo era muy pequeña para ir a las funciones religiosas, mamá se quedaba a cuidarme. Yo me portaba muy bien y andaba de puntillas mientras duraba la misa. Pero en cuanto veía abrirse la puerta, se producía una explosión de alegría sin igual: me precipitaba al encuentro de mi *preciosa* hermanita, que llegaba *adornada como una capilla*<sup>13</sup>..., y le decía: «¡Celina, dame enseguida pan bendito!» A veces no lo traía, porque había llegado demasiado tarde... ¡Qué hacer entonces? Yo no podía pasarme sin él, era *«mi misa»*... Pronto encontré la solución: «¿No tienes pan bendito? ¡Pues hazlo!» Dicho y hecho: Celina cogía una silla, abría la alacena, cogía el pan, cortaba una rebanada, y rezaba muy *seria* un *Ave María* sobre él. Luego me lo ofrecía, y yo, después de hacer con él la señal de la cruz, lo comía con *gran devoción*, encontrándole exactamente el mismo *gusto* [10º] que el del *pan bendito*...

Con frecuencia hacíamos juntas *conferencias espirituales*. He aquí un ejemplo que entresaco de las cartas de mamá:

«Nuestras dos queridas pequeñas, Celina y Teresa, son ángeles de bendición, tienen una naturaleza verdaderamente angelical. Teresa constituye la alegría y la felicidad de María, y su gloria. Es increíble lo orgullosa que está de ella. La verdad es que tiene salidas de lo más sorprendentes para su edad y le da cien vueltas a Celina, que tiene el doble de años. El otro día decía Celina: "¿Cómo puede estar Dios en una hostia tan pequeña?" Y la pequeña contesto: "Pues no es tan extraño, porque Dios es todopoderoso". "¿Y qué quiere decir todopoderoso?" "¡Pues que hace todo lo que quiere"..."»

---

### Yo lo escojo todo

Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retazos para hacer más. Encima de todo venía acostada su muñeca. «Tomad, hermanitas -nos dijo-, *escoged*, os lo doy todo para vosotras». Celina alargó la mano y cogió un mazo de orlas de colores que le gustaba. Tras un momento de reflexión, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: *«¡Yo lo escojo todo!»*, y *cogí la cesta sin más ceremonias*. A los testigos de la escena la cosa les pareció muy justa, y ni a la misma Celina se le ocurrió quejarse (aunque la

verdad es que juguetes no le faltaban, pues su padrino la colmaba de regalos, y Luisa encontraba la forma de agenciarle todo lo que deseaba).

Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida. Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser *santa* había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma [10vº] era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de *escoger* entre los sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: «Dios mío, *yo lo escojo todo*. No quiero ser *santa a medias*, no me asusta sufrir por ti, sólo me asusta una cosa: conservar mi *voluntad*. Tómala, ¡pues "yo escojo todo" lo que tú quieres...!

Pero tengo que cortar. No debo adelantarme todavía a hablarte de mi juventud, sino de aquel diablillo de cuatro años.

Recuerdo un sueño que debí tener por esta edad, y que se me grabó profundamente en la imaginación. Una noche soñé que salía a dar un paseo, yo sola, por el jardín. Al llegar al pie de la escalera que tenía que subir para llegar él, me paré, sobrecogida de espanto. Delante de mí, cerca del emparrado, había un bidón de cal y sobre el bidón estaban bailando dos *horribles diablillos* con una agilidad asombrosa a pesar de las planchas que llevaban en los pies. De repente, fijaron en mí sus ojos encendidos y luego, en ese mismo momento, como si estuvieran todavía más asustados que yo, saltaron del bidón al suelo y fueron a esconderse en la ropería, que estaba allí enfrente. Al ver que eran tan poco valientes, quise saber lo que iban a hacer y me acerqué a la ventana. Allí estaban los pobres diablillos, corriendo por encima de las mesas y sin saber qué hacer para huir de mi mirada; a veces se acercaban a la ventana mirando nerviosos si yo seguía allí, y, al verme, volvían a echar a correr como desesperados.

Seguramente este sueño no tiene nada de extraordinario. Sin embargo, creo que Dios ha querido que lo recuerde siempre para hacerme ver que un alma en estado de gracia no tiene nada que temer de los demonios, que son unos cobardes, capaces de huir ante la mirada de un niño...

[11rº] Voy a copiar aquí otro pasaje que encuentro en las cartas de mamá. Nuestra pobre mamaíta presentía ya el final de su destierro <sup>14</sup>:

«Las dos pequeñas no me preocupan. Están muy bien las dos, son naturalezas privilegiadas; sin duda alguna, serán buenas. María y tú podréis educarlas perfectamente. Celina no comete nunca la menor falta voluntaria. También la pequeña será buena; no diría una mentira ni por todo el oro del mundo. Tiene una agudeza como no la he visto en ninguna de vosotras».

«El otro día estaba en la tienda con Celina y con Luisa. Hablaba de sus prácticas y discutía animadamente con Celina. La señora le preguntó a Luisa: ¿Qué es lo que quiere decir? Cuando juega en el jardín, no se oye hablar más que de prácticas? La señora de Gaucherin se asoma a la ventana para tratar de entender qué significa esa discusión sobre las prácticas...

«Esta criatura constituye nuestra felicidad. Será buena, se le ve ya el germen: no sabe hablar más que de Dios, y por nada del mundo dejaría de rezar sus oraciones. Me gustaría que la vieras contar cuentos, no he visto nunca cosa más graciosa. Encuentra ella solita la expresión y el tono apropiados, sobre todo cuando dice: "Niño de rubios cabellos, ¿dónde crees que está Dios?" Y cuando llega a aquello de "Allá arriba, en lo alto del cielo azul", dirige la mirada hacia lo alto con una expresión angelical. No nos cansamos de hacérselo repetir, ¡resulta tan hermoso! Hay algo tan celestial en su mirada, que uno se queda extasiado...»

Madre mía querida, ¡qué feliz era yo a esa edad! Empezaba ya a gozar de la vida, se me hacía atractiva la virtud y creo que me hallaba en las mismas disposiciones que hoy, con un gran [11vº] dominio ya sobre mis actos.

¡Ay, qué rápidos pasaron los años soleados de mi niñez! Pero también ¡qué huella tan dulce dejaron en mi alma! Recuerdo ilusionada los días en que papá nos llevaba al *Pabellón*<sup>15</sup>. Hasta los más pequeños detalles se me grabaron en el corazón...

Recuerdo, sobre todo, los paseos del domingo, en los que siempre nos acompañaba mamá... Aún siento en mi interior las profundas y *poéticas* impresiones que nacían en mi alma a la vista de los campos de trigo esmaltados de *acianos* y de flores silvestres. Me gustaban ya los *amplios horizontes*... El espacio y los gigantescos abetos, cuyas ramas tocaban el suelo, dejaban en mi alma una impresión parecida a la que siento hoy todavía a la vista de la naturaleza...

Con frecuencia, durante esos largos paseos, nos encontrábamos con algún pobre, y Teresita era siempre la encargada de llevarles la limosna, cosa que le encantaba. Pero a menudo también, pareciéndole a papá que el camino era demasiado largo para su reinecita, la llevaba a casa antes que a las demás (muy a su pesar); y entonces, para consolarla, Celina llenaba de margaritas su linda cestita y, a la vuelta, se las daba. Pero, ¡ay!, la pobre abuelita<sup>16</sup> pensaba que su nieta tenía demasiadas y cogía una buena parte de ellas para su Virgen... Esto no le gustaba a Teresita, pero se guardaba muy bien de decir nada, pues había adquirido la buena costumbre de no quejarse nunca. Incluso cuando le quitaban lo que era suyo o cuando la acusaban injustamente, prefería callarse y no excusarse, lo cual no era mérito suyo sino virtud natural... ¡Qué lastima que esta buena disposición se haya desvanecido...!

[12rº] Sí, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso que daba, y mi carácter alegre contribuía también a hacerme agradable la vida.

Pero un nuevo período se iba a abrir para mi alma. Tenía que pasar por el crisol de la prueba y sufrir desde mi infancia, para poder ofrecerme mucho antes a Jesús. Igual que las flores de la primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeros rayos del sol, así también la florecita cuyos recuerdos estoy escribiendo tuvo que pasar también por el invierno de la tribulación...

---

Inicio

NOTAS AL CAPÍTULO I

1 Iniciales de Jesús, María, José, Teresa de Avila. Encabezamiento que se usa en el Carmelo, y que encontraremos en Teresa en casi todas partes.

2 La «Virgen de la Sonrisa», que en la actualidad remata la urna de la Santa. Juega un papel fundamental en la vida de Teresa, curándola, en su infancia, de su enfermedad nerviosa (29vº/31rº) y acompañándola en su agonía en la enfermería.

3 Familia de Teresa: en ese momento, *tres lirios* en el Carmelo; *otro lirio* (Leonia) en la Visitación; *los dos tallos benditos* (sus padres), que se han encontrado ya con *los cuatro lirios*, los hermanos y hermanas muertos en temprana edad.

4 Primera infancia en Alençon (hasta la muerte de su madre); infancia en Los Buissonnets (hasta la gracia de Navidad de 1886); y luego, desde 1886 hasta la fecha de redacción del Ms A (1895).

5 En este lugar, Teresa incluye una hoja (5rº/vº), para transcribir varios pasajes de cartas de la señora de Martin que le había facilitado la madre Inés.

6 Su hermana María. Había salido del internado (la Visitación de Le Mans) el 2/8/1875.

7 Armandina Dagorau, su compañera de primera comunión, a la que la señora de Martin había «vestido, según la emotiva costumbre de las familias acomodadas de Alençon. Esta niña no se separó de Leonia un solo instante de este hermoso día; y por la noche, en el banquete solemne, la pusieron en el puesto de honor» (HA).

8 Rosa Taillé, que vivía en Semallé, a dos horas de camino de Alençon. Teresa estuvo a sus cuidados desde el 15 ó el 16 de marzo de 1873 hasta el 2 de abril de 1874.

9 El 29/3/1875, visita a la hermana de la señora de Martin, sor María Dositea, en la Visitación.

10 Luisa Marais, criada de la familia Martin en Alençon.

11 «Sacrificios».

12 El gobierno civil se encontraba en la calle San Blas, enfrente de la casa de la familia Martin.

13 Expresión del señor Martin.

14 La enfermedad, de índole cancerosa, cuyos primeros síntomas aparecieron ya en 1865, se declaró abiertamente en octubre de 1876.

15 Pequeña propiedad que el señor Martin había comprado antes de casarse (actualmente, calle del Pabellón de santa Teresa).

16 La madre del señor Martin.

## CAPÍTULO II

### EN LOS BUISSONNETS (18771881)

#### Muerte de mamá

Todos los detalles de la enfermedad de nuestra querida madre siguen todavía vivos en mi corazón. Me acuerdo, sobre todo, de las últimas semanas que pasó en la tierra.

Celina y yo vivíamos como dos pobres desterradas. Todas las mañanas, venía a buscarnos la señora de Leriche<sup>17</sup> y pasábamos el día en su casa. Un día, no habíamos tenido tiempo de rezar nuestras oraciones antes de salir, y por el camino Celina me dijo muy bajito: -«¿Tenemos que decirle que no hemos rezado...» -«Sí», le contesté, y entonces ella se lo dijo muy tímidamente a la señora de Leriche, que nos respondió: -«Bien, hijitas, ahora las haréis». Y dejándonos solas en una habitación muy grande, se fue... Entonces Celina me miró y dijimos: «¡Ay, no es como con mamá...! Ella nos hacía rezar todos los días...»

Cuando jugábamos con las niñas, nos perseguía de continuo el recuerdo de nuestra madre querida. Una vez que a Celina le dieron un albaricoque, se inclinó hacia mí y me dijo muy bajito: «No lo comeremos, se lo daré a mamá». Pero, ¡ay!, nuestra pobre mamaíta estaba ya demasiado enferma para comer las frutas de la tierra. Ya sólo en el cielo podría *saciarse* con la gloria de Dios y *beber* con Jesús el *vino misterioso* del que él habló en la última cena cuando dijo que lo compartiría con nosotros en el reino de su Padre.

También la impresionante ceremonia de la unción de los enfermos se quedó grabada en mi alma. Aún veo el lugar donde yo estaba, al lado de Celina. Estábamos las cinco colocadas por [12vº] orden de edad, y nuestro pobre papaíto estaba también allí sollozando...

El día de la muerte de mamá<sup>18</sup>, o al día siguiente, me cogió en brazos, diciéndome: «Ve a besar por última vez a tu pobre mamaíta». Y yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de mi madre querida...

No recuerdo haber llorado mucho. No le hablaba a nadie de los profundos sentimientos que me embargaban... Miraba y escuchaba en silencio... Nadie tenía tiempo para ocuparse de mí, así que vi muchas cosas que hubieran querido ocultarme. En un determinado momento, me encontré frente a la tapa del ataúd... Estuve un largo rato contemplándolo. Nunca había visto ninguno. Sin embargo, comprendía... Era yo tan pequeña, que, a pesar de la baja estatura de mamá, tuve que *levantar* la cabeza para verlo entero, y me pareció muy *grande*... y muy *triste*...

Quince años más tarde, me encontré delante de otro ataúd, el de la madre Genoveva . Era del mismo tamaño que el de mamá, ¡y me pareció estar volviendo a los días de mi infancia...! Todos los recuerdos se agolparon en mi mente. Era la misma Teresita la que miraba; pero ahora había *crecido* y el ataúd le parecía *pequeño*: ya no necesitaba *levantar* la cabeza para verlo, tan sólo la *levantaba* para contemplar el *cielo*, que le parecía muy *alegre*, porque todas sus pruebas se habían terminado y el invierno de su alma había pasado para siempre...

El día en que la Iglesia bendijo los restos mortales de nuestra mamáíta del cielo, Dios quiso darme otra madre en la tierra, y quiso que yo misma la eligiese libremente. Estábamos juntas las cinco, mirándonos entristecidas. También Luisa estaba allí, y al vernos a Celina y a mí, dijo: «¡Pobrecitas, ya no tenéis madre!» Entonces Celina se echó en brazos de María, diciendo: «¡Bueno, tú serás mi mamá!» Yo estaba acostumbrada a [13rº] imitarla en todo; sin embargo, me volví hacia ti, Madre mía, y como si el futuro hubiera rasgado ya su velo, me eché en tus brazos, exclamando: «¡Pues mi mamá será Paulina! »

Como ya dije antes, a partir de esta época de mi vida entré en el segundo período de mi existencia, el más doloroso de los tres, sobre todo tras la entrada en el Carmelo de la que yo había escogido para que fuese mi segunda «mamá». Este período se extiende desde la edad de cuatro años y medio hasta la de catorce<sup>19</sup>, época en la que recuperé mi carácter de la niñez, a la vez que entraba en lo serio de la vida.

Tengo que decirte, Madre, que a partir de la muerte de mamá, mi temperamento feliz cambió por completo. Yo, tan vivaracha y efusiva, me hice tímida y callada y extremadamente sensible. Bastaba un mirada para que prorrumpiese en lágrimas, sólo estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mí, no podía soportar la compañía de personas extrañas y sólo en la intimidad del hogar volvía a encontrar mi alegría. Sin embargo, seguía rodeada de la mas delicada *ternura*.. El corazón tan *tierno* de papá había añadido al amor que ya tenía un amor verdaderamente maternal... Y tú, Madre, y María ¿no erais para mí las más tiernas y desinteresadas de las madres...? No, si Dios no hubiese prodigado a su florecilla esos sus rayos bienhechores, nunca ella hubiera podido aclimatarse a la tierra, pues era todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, y necesitaba calor, el suave rocío y las brisas de primavera. Nunca le faltaron [13vº] todas esas ayudas, Jesús hizo que las encontrase incluso bajo la nieve del sufrimiento.

---

## Lisieux

No sentí la menor pena al dejar Alençon; a los niños les gustan los cambios, y vine contenta a Lisieux<sup>20</sup>. Me acuerdo del viaje y de la llegada al anochecer a la casa de mi tía. Aún me parece estar viendo a Juana y a María esperándonos a la puerta... Me sentía muy feliz de tener unas primitas tan buenas. Las quería mucho, lo mismo que a mi tía y, sobre todo, a mi tío; sólo que él me daba miedo y no me hallaba tan a gusto en su casa como en los Buissonnets<sup>21</sup>, donde mi vida sí que fue verdaderamente feliz...

Por la mañana, tú te acercabas a mí, preguntándome si había ofrecido ya mi corazón a Dios; luego me vestías, hablándome de él, y a continuación rezaba mis oraciones a tu lado.

Después venía la clase de lectura. La primera palabra que logré leer sola fue ésta: «cielos». Mi querida madrina se encargaba de las clases de escritura, y tú, Madre, de todas las demás. No tenía gran facilidad para aprender, pero sí buena memoria. El catecismo, y sobre todo la Historia Sagrada, eran mis asignaturas preferidas, las estudiaba con verdadero placer; en cambio la gramática me hizo derramar muchas lágrimas... ¿Te acuerdas del masculino y el femenino?

En cuanto terminaba la clase, subía al mirador<sup>22</sup> para llevarle a papá mi condecoración y mis notas. ¡Qué feliz me sentía cuando podía decirle: «Tengo un 5 sin *excepción*, *Paulina* lo dijo la *primera*...!» Pues cuando te preguntaba yo si tenía 5 sin excepción y tú me contestabas que sí, era para mí como obtener un punto menos. También me dabas vales, y cuando había reunido un cierto número de ellos conseguía un recompensa y un día de asueto. Recuerdo que esos días [14rº] se me hacían mucho más largos que los otros, cosa que a ti te agradaba pues era señal de que no me gustaba estar sin hacer nada.

---

## Delicadezas de papá

Todas la tardes me iba a dar un paseíto con papá. Hacíamos juntos una visita al Santísimo Sacramento, visitando cada día una nueva iglesia. Fue así como entré por vez primera en la capilla del Carmelo. Papá me enseñó la reja del coro, diciéndome que al otro lado había religiosas. ¡Qué lejos estaba yo de imaginarme que nueve años más tarde iba a encontrarme yo entre ellas...!

Terminado el paseo (durante el cual papá me compraba siempre un regalito de cinco o diez céntimos), volvía a casa. Hacía entonces los deberes, y después me pasaba todo el resto del tiempo brincando en el jardín en torno a papá, pues *no sabía* jugar a las muñecas. Una cosa que me encantaba era preparar tisanas con semillas y cortezas de árbol que encontraba por el suelo; luego se las llevaba a papá en una linda tacita; nuestro pobre papaíto suspendía su trabajo y, sonriendo, hacía como que bebía, y antes de devolverme la taza me preguntaba (como a hurtadillas) si había que tirar el contenido; algunas veces yo le decía que sí, pero la mayoría de ellas volvía a llevarme mi preciosa tisana para que me sirviese para más veces...

Me gustaba cultivar mis florecitas en el jardín que papá me había regalado. Me entretenía levantando altarcitos en un hueco que había en medio de la tapia; cuando terminaba, corría a buscar a papá y arrastrándole detrás de mí le decía que cerrase bien los ojos y que no los abriera hasta que yo se lo mandase. El hacía todo lo que yo quería y se dejaba conducir ante mi jardincito. Entonces yo gritaba: «¡Papá, abre los ojos!» El los abría [14vº] y, por complacerme, se quedaba extasiado, admirando lo que a mí me parecía toda una obra de arte...

Si quisiera contar otras mil anécdotas de esta índole que se agolpan en mi memoria, nunca terminaría... ¿Cómo relatar todas las caricias que «*papá*» prodigaba a su reinocita? Hay cosas que siente el corazón y que ni la palabra ni siquiera el pensamiento pueden expresar...

¡Qué hermosos eran para mí los días en que mi rey querido me llevaba con él a pescar! ¡Me gustaban tanto el campo, las flores y los pájaros! A veces intentaba pescar con mi cañita. Pero prefería ir a sentarme *sola* en la hierba florida. Entonces mis pensamientos se hacían muy profundos, y sin saber lo que era meditar, mi alma se abismaba en una verdadera oración... Escuchaba los ruidos lejanos... El murmullo del viento y hasta la música difusa de los soldados, cuyo sonido llegaba hasta mí, me llenaban de dulce melancolía el corazón... La tierra me parecía un lugar de destierro y soñaba con el cielo...

La tarde pasaba rápidamente, y pronto había que volver a los Buissonnets. Pero antes de partir, tomaba la merienda que había llevado en mi cestita. La *hermosa* rebanada de pan

con mermelada que tú me habías preparado había cambiado de aspecto: en lugar de su vivo color, ya no veía más que un pálido color rosado, todo rancio y revenido... Entonces la tierra me parecía aún más triste, y comprendía que sólo en el cielo la alegría sería sin nubes...

Hablando de nubes, me acuerdo que un día el hermoso cielo azul de la campaña se encapotó y que pronto se puso a rugir la tormenta. Los relámpagos hacían surcos en las nubes oscuras y vi caer un rayo a corta distancia. Lejos de asustarme, estaba encantada: ¡me parecía que Dios [15rº] estaba muy cerca de mí...! Papá no estaba en absoluto tan contento como su reinécita; no porque tuviese miedo a la tormenta, sino porque la hierba y las grandes margaritas (que levantaban más que yo) centelleaban de piedras preciosas y teníamos que atravesar varios prados antes de encontrar un camino; así que mi querido papaíto, para que los diamantes<sup>23</sup> no mojasen a su hijita, se la echó a hombros a pesar de su equipo de pesca.

Durante los paseos que daba con papá, le gustaba mandarme a llevar la limosna a los pobres con que nos encontrábamos. Un día, vimos a uno que se arrastraba penosamente sobre sus muletas. Me acerqué a él para darle una moneda; pero no sintiéndose tan pobre como para recibir una limosna, me miró sonriendo tristemente y rehusó tomar lo que le ofrecía. No puedo decir lo que sentí en mi corazón. Yo quería consolarle, aliviarle, y en vez de eso, pensé, le había hecho sufrir. El pobre enfermo, sin duda, adivinó mi pensamiento, pues lo vi volverse y sonreírme. Papá acababa de comprarme un pastel y me entraron muchas ganas de dárselo, pero no me atreví. Sin embargo, quería darle algo que no me pudiera rechazar, pues sentía por él un afecto muy grande. Entonces recordé haber oído decir que el día de la primera comunión se alcanzaba todo lo que se pedía. Aquel pensamiento me consoló, y aunque todavía no tenía más que seis años, me dije para mí: «El día de mi primera comunión rezaré por *mi pobre*». Cinco años más tarde cumplí mi promesa, y espero que Dios habrá escuchado la oración que él mismo me había inspirado que le dirigiera por uno de sus miembros dolientes...

[15vº] Amaba mucho a Dios y le ofrecía con frecuencia mi corazón, sirviéndome de la breve fórmula que mamá me había enseñado<sup>24</sup>. Sin embargo, un día, o mejor una tarde del mes de mayo, cometí una falta que vale la pena contar aquí. Esta falta me ofreció una buena ocasión para humillarme y creo que he tenido de ella perfecta contrición.

Como era demasiado pequeña para ir al mes de María, me quedaba en casa con Victoria<sup>25</sup> y hacía con ella mis devociones ante *mi altarcito de María*, que yo arreglaba a mi manera. Era todo tan pequeño, candeleros y floreros, que dos *cerillas*, que hacían de velas, bastaban para alumbrarlo. En alguna que otra ocasión, Victoria me daba la sorpresa de regalarme dos cabitos de vela, pero raras veces. Una tarde, estaba todo preparado para ponernos a rezar, y le dije: «Victoria, ¿quieres comenzar el Acordaos? Voy a encender». Ella hizo ademán de empezar, pero no dijo nada y me miró riéndose. Yo, que veía que mis *preciosas cerillas* se consumían rápidamente, le supliqué que dijese la oración. Ella continuó callada. Entonces, levantándome, le dije a gritos que era mala y, saliendo de mi dulzura habitual, empecé a patear con todas mis fuerzas.... A la pobre Victoria se le quitaron las ganas de reír, me miró asombrada y me enseñó los cabos de vela que había traído...Y yo, después de haber derramado lágrimas de rabia, lloré lágrimas de sincero arrepentimiento, con el firme propósito de no volver a hacerlo nunca...



En otra ocasión me ocurrió una nueva aventura con Victoria, pero de ésta no tuve que arrepentirme, pues conservé perfectamente la calma. Yo quería un tintero, que estaba sobre la chimenea de la cocina. Como era muy pequeña para cogerlo, le pedí muy *amablemente* a Victoria que [16rº] me lo diese, pero ella se negó, diciéndome que me subiese a una silla. Cogí una silla sin replicar, pero pensando que ella no había sido nada amable que digamos. Y queriendo hacérselo saber, busqué en mi cabecita el insulto que más me ofendía. Ella, cuando estaba enfadada conmigo, solía llamarme «mocosa», lo cual me humillaba mucho. Así que, *antes de bajarme* de la *silla*, me volví hacia ella con gran *dignidad* y le dije: «¡Victoria, eres una *mocosa!*» Y me escapé corriendo, dejándola que meditase las profundas palabras que acababa de dirigirle... El resultado no se hizo esperar, pues pronto la oí gritar: «¡Señorita María..., Teresa acaba de llamarme *mocosa!*» Vino María y me hizo pedirle perdón, pero lo hice sin contrición, pues me parecía que si Victoria no había querido estirar su *largo brazo* para hacerme un *pequeño favor*, merecía bien el título de *mocosa*...

Sin embargo, Victoria me quería mucho, y yo también a ella. Un día me sacó de un *gran aprieto*, en el que yo había caído por mi culpa. Victoria estaba planchando y tenía a su lado un cubo de agua. Yo estaba mirándola, balanceándome (como de costumbre) en una silla. De repente, me falló la silla y caí, pero no al suelo, sino *¡¡¡dentro del cubo...!!!* Estaba tocando la cabeza con los pies, y llenaba el *cubo* como un pollito llena el huevo... La pobre Victoria me miraba enormemente sorprendida, pues nunca había visto cosa igual. Yo no veía la hora de salir del *cubo*, pero imposible, la prisión era tan justa que no podía hacer el menor movimiento. Con cierta dificultad, Victoria me salvó del *gran aprieto*; lo que no pudo salvar fue mi vestido y todo lo demás, y se vio obligada a cambiarme, pues estaba hecha una sopa.

Otra vez me caí en la chimenea. Por suerte el fuego no estaba [16vº] encendido, y Victoria no tuvo más trabajo que el de levantarme y sacudirme la ceniza que me cubría de pies a cabeza. Todas estas aventuras me sucedían los miércoles, mientras tú y María estabais en el canto.

---

### Primera confesión

Fue también un miércoles cuando vino a visitarnos el Sr. Ducellier<sup>26</sup>. Cuando Victoria le dijo que no había nadie en casa, más que Teresita, entró a la *cocina* para verme, y estuvo mirando mis deberes. Me sentí muy orgullosa de recibir a mi confesor, pues había hecho poco antes mi primera confesión.

¡Qué dulce recuerdo aquel...! ¡Con cuánto esmero me preparaste, Madre querida, diciéndome que no era a un hombre a quien iba a decir mis pecados, sino a Dios! Estaba profundamente convencida de ello, por lo que me confesé con gran espíritu de fe, y hasta te pregunté si no tendría que decirle al Sr. Ducellier que lo amaba con todo el corazón, ya que era a Dios a quien le iba a hablar en su persona...

Bien instruida acerca de todo lo que tenía que decir y hacer, entré al confesonario y me puse de rodillas; pero al abrir la ventanilla, el Sr. Ducellier no vio a nadie: yo era tan pequeña, que mi cabeza quedaba por debajo de la tabla de apoyar las manos. Entonces me mandó ponerme de pie. Obedecí en seguida, me levanté y, poniéndome exactamente frente a él para verle bien, me confesé como una persona *mayor*, y recibí su bendición

con *gran fervor*, pues tú me habías dicho que en esos momentos las *lágrimas* del Niño Jesús purificarían mi alma. Recuerdo que en la primera exhortación que me hizo me invitó, sobre todo, a que tener devoción a la Santísima Virgen, y yo prometí redoblar mi ternura hacia ella. Al salir del confesonario, me sentía tan contenta y ligera, que nunca había sentido tanta alegría en mi [17rº] alma. Después volví a confesarme en todas las fiestas importantes, y cada vez que lo hacía era para mí una verdadera *fiesta*.

---

## Fiestas y domingos en familia

¡Las *fiestas*...! ¡Cuántos recuerdos me trae esta palabra...! ¡Cómo me gustaban las *fiestas*...! Tú, Madre querida, sabías explicarme tan bien todos los misterios que en cada una de ellas se encerraban, que eran para mí auténticos días de cielo. Me gustaban, sobre todo, las procesiones del Santísimo. ¡Qué alegría arrojar flores al paso del Señor...! Pero en vez de dejarlas caer, yo las lanzaba lo más alto que podía, y cuando veía que mis hojas deshojadas tocaban la sagrada custodia, mi felicidad llegaba al colmo...

¡Las fiestas! Si bien las grandes eran raras, cada semana traía una muy entrañable para mí: «el domingo». ¡Qué día el domingo...! Era la fiesta de Dios, la fiesta del *descanso*. Empezaba por quedarme en la cama más tiempo que los otros días; además, mamá Paulina mimaba a su hijita llevándole el chocolate a la cama, y después la vestía como a una reinicita...

La madrina venía a peinar los rizos de su *ahijada*, que no siempre era buena cuando le alisaban el pelo, pero luego se iba muy contenta a coger la mano de su *rey*, que ese día la besaba con mayor ternura aún que de ordinario.

Después toda la familia iba a misa. Durante todo el camino, y también en la iglesia, la reinicita de papá le daba la mano. Su sitio estaba junto al de él, y cuando teníamos que sentarnos para el sermón, había que encontrar también dos sillas, una junto a otra. Esto no resultaba muy difícil, pues todo el mundo parecía encontrar tan entrañable el ver a un anciano tan *venerable*<sup>27</sup> con una *hija tan pequeña*, que la gente se apresuraba a cedernos el asiento. Mi tío, que ocupaba los bancos de los mayordomos, gozaba al vernos llegar y decía que yo era su [17vº] rayito de sol...

No me preocupaba lo más mínimo que me mirasen. Escuchaba con mucha atención los sermones, aunque no entendía casi nada. El primero que *entendí*, y que me *impresionó profundamente*, fue uno sobre la pasión, predicado por el Sr. Ducellier, y después entendí ya todos los demás. Cuando el predicador hablaba de santa Teresa, papá se inclinaba y me decía muy bajito: «Escucha bien, reinicita, que está hablando de tu santa patrona». Y yo escuchaba bien, pero miraba más a papa que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermoso rostro...! A veces sus ojos se llenaban de *lágrimas* que trataba en vano de contener. Tanto le gustaba a su alma abismarse en las verdades eternas, que parecía no pertenecer ya a esta tierra... Sin embargo, su carrera estaba aún muy lejos de terminar: tenían que pasar todavía largos años antes de que el hermoso cielo se abriera ante sus ojos extasiados y de que el Señor enjugara las *lágrimas* de su servidor fiel y cumplidor...

Pero vuelvo a mi jornada del domingo. Aquella *alegre* jornada, que pasaba con tanta rapidez, tenía también su fuerte tinte de *melancolía*. Recuerdo que mi felicidad era total hasta Completas<sup>28</sup>. Durante esta Hora del Oficio, me ponía a pensar que el día de

*descanso* se iba a terminar, que al día siguiente había que volver a empezar la vida normal, a trabajar, a estudiar las lecciones, y mi corazón sentía el peso del *destierro* de la tierra... y suspiraba por el descanso eterno del cielo, por el *domingo* sin ocaso de la *patria*...

Hasta los paseos que dábamos antes de volver a los Buissonnets dejaban en mi alma un sentimiento de tristeza. En ellos la familia ya no estaba completa, pues papá, por dar gusto a mi tío, le dejaba a María o a *Paulina* la tarde de los domingos. [18rº] Sólo me sentía realmente contenta cuando me quedaba yo también. Prefería eso a que me invitasen a mí sola, pues así se fijaban menos en mí.

Mi mayor placer era oír hablar a mi tío, pero no me gustaba que me hiciese preguntas, y sentía mucho miedo cuando me ponía sobre *una* de sus rodillas y cantaba con voz de trueno la canción de Barba Azul...

Cuando papá venía a buscarnos, me ponía muy contenta. Al volver a casa, iba mirando las *estrellas*, que titilaban dulcemente, y esa visión me fascinaba... Había, sobre todo, un grupo de *perlas de oro* en las que me fijaba muy gozosa, pues me parecía que tenían forma de T (poco más o menos esta forma). Se lo enseñaba a papá, diciéndole que mi nombre estaba escrito en el cielo, y luego, no queriendo ver ya cosa alguna de esta tierra miserable, le pedía que me guiase él. Y entonces, sin mirar dónde ponía los pies, levantaba bien alta la cabeza y caminaba sin dejar de contemplar el cielo estrellado...

¿Y qué decir de las veladas de invierno, sobre todo de las de los domingos? ¡Cómo me gustaba sentarme con Celina, después de la *partida de damas*, en el regazo de papá...! Con su hermosa voz, cantaba tonadas que llenaban el alma de pensamientos profundos..., o bien, meciéndonos dulcemente, recitaba poesías impregnadas de verdades eternas.

Luego subíamos para rezar las oraciones en común, y la reinécita se ponía solita junto a su rey, y no tenía más que mirarlo para saber cómo rezan los santos...

Finalmente, íbamos todas, por orden de edad, a dar las buenas noches a papá y a recibir un beso. La *reina* iba, naturalmente, la última, y el *rey*, para besarla, la [18vº] cogía por los *codos*, y ella exclamaba bien alto: «Buenas noches, papá, hasta mañana, que duermas bien». Y todas las noches se repetía la escena...

Después mi mamáita me cogía en brazos y me llevaba hasta la cama de Celina, y yo entonces le decía: «Paulina, ¿he sido hoy bien buenecita...? ¿Vendrán los *angelitos a volar a mi alrededor*?» La respuesta era siempre *sí*, pues de otro modo me hubiera pasado toda la noche llorando... Después de besarme, al igual que mi querida madrina, *Paulina* volvía a bajar y la pobre Teresita se quedaba completamente sola en la oscuridad. Y por más que intentaba imaginarse a los *angelitos volando a su alrededor*, no tardaba en apoderarse de ella el terror; las tinieblas le daban miedo, pues desde su cama no alcanzaba a ver las estrellas que titilaban dulcemente...

Considero una auténtica gracia el que tú, Madre querida, me hayas acostumbrado a superar mis miedos. A veces me mandabas sola, por la noche, a buscar un objeto cualquiera en alguna habitación alejada. De no haber sido tan bien dirigida, me habría vuelto muy miedosa, mientras que ahora es difícil que me asuste por nada...

A veces me pregunto cómo pudiste educarme con tanto *amor* y delicadeza, y sin mimarme, pues la verdad es que no me dejabas pasar ni una sola imperfección. Nunca me reprendías sin motivo, pero tampoco te volvías *nunca* atrás de una decisión que hubieras tomado. Tan convencida estaba yo de esto, que no hubiera podido ni querido dar un paso si tú me lo habías prohibido. Hasta papá se veía obligado a someterse a tu voluntad. Sin el consentimiento de *Paulina*, yo no salía de paseo; y si cuando papá me pedía que fuese, yo respondía: «Paulina no quiere», [19rº] entonces él iba a implorar gracia para mí. A veces Paulina, por complacerlo, decía que sí, pero Teresita leía en su cara que no lo decía de corazón y entonces se echaba a llorar y no había forma de consolarla hasta que *Paulina* decía que *sí* y la *besaba* de *corazón*.

Cuando Teresita caía enferma, como le sucedía todos los inviernos, es imposible decir con qué ternura maternal era cuidada. Paulina la acostaba en su propia cama (merced incomparable) y le daba todo lo que le apetecía. Un día, Paulina sacó de debajo de la almohada una *preciosa navajita suya* y se la regaló a su hijita, dejándola sumida en un arrobamiento imposible de describir. -«¡Paulina!, exclamó, ¿así que me quieres tanto, que te privas por mí de tu preciosa navajita que tiene una *estrella de nácar*...? Y si me quieres tanto, ¿sacrificarías también tu *reloj* para que no me muriera...» -«No sólo sacrificaría mi reloj para que no te murieras, sino que lo sacrificaría ahora mismo por verte pronto curada». Al oír esas palabras de *Paulina*, mi asombro y mi gratitud llegaron al colmo...

En verano, a veces tenía mareos, y Paulina me cuidaba con la misma ternura. Para distraerme -y éste era el mejor de los remedios-, me *paseaba* en *carretilla* alrededor del jardín; y luego, bajándome a mí, ponía en mi lugar una matita de margaritas y la *paseaba* con mucho *cuidado* hasta mi jardín, donde la colocaba con gran solemnidad...

Paulina era quien recibía todas mis confidencias íntimas y aclaraba todas mis dudas... En cierta ocasión, le manifesté mi extrañeza de que Dios no [19vº] diera la misma gloria en el cielo a todos los elegidos y mi temor de que no todos fueran felices. Entonces Paulina me dijo que fuera a buscar el vaso grande de papá y que lo pusiera al lado de mi dedalito, y luego que los llenara los dos de agua. Entonces me preguntó cuál de los dos estaba más lleno. Yo le dije que estaba tan lleno el uno como el otro y que era imposible echar en ellos más agua de la que podían contener. Entonces mi Madre querida me hizo comprender que en el cielo Dios daría a sus elegidos tanta gloria como pudieran contener, y que de esa manera el último no tendría nada que envidiar al primero. Así, Madre querida, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, sabías tú dar a mi alma el alimento que necesitaba...

¡Con qué alegría veía yo llegar cada año la entrega de premios...! Entonces como siempre, se hacía *justicia*, y yo no recibía más recompensas que las que había merecido. *Sola* y de pie en medio de la *noble asamblea*, escuchaba la sentencia, que era leída por el rey de Francia y Navarra. El corazón me latía muy fuerte al recibir los premios y la corona..., ¡era para mí como una imagen del juicio...! Inmediatamente después de la entrega, la reinescita se quitaba su vestido blanco, y se apresuraban a disfrazarla para que tomara parte en la *gran representación*...!

---

## Visión profética

¡Qué alegres eran aquellas fiestas familiares...! ¡Y qué lejos estaba yo entonces, viendo a mi rey querido tan radiante, de presagiar las tribulaciones que iban a visitarlo...!

Un día, sin embargo, Dios me mostró, en una *visión* verdaderamente extraordinaria, la imagen *viva* de la prueba que él quería prepararnos de antemano, pues su cáliz se estaba ya llenando.

Papá se encontraba de viaje desde hacía varios días, y aún faltaban dos [20rº] para su regreso. Serían las dos o las tres de la tarde, el sol brillaba con vivo resplandor y toda la naturaleza parecía estar de fiesta.

Yo estaba sola, asomada a la ventana de una buhardilla que daba a la huerta grande. Miraba al frente, con el alma ocupada en pensamientos risueños, cuando vi delante del lavadero, que se encontraba justamente allí enfrente, a un hombre vestido exactamente igual que papá, de la misma estatura y con la misma forma de andar; sólo que estaba *mucho más encorvado*... Tenía la *cabeza* cubierta<sup>29</sup> con una especie de delantal de color indefinido, de suerte que no le puede ver la cara. Llevaba un sombrero parecido a los de papá. Lo vi avanzar con paso regular, bordeando mi jardincito... De pronto un sentimiento de pavor sobrenatural invadió mi alma; pero inmediatamente pensé que seguramente papá había regresado y que se ocultaba para darme una sorpresa. Entonces le llamé a gritos, con voz trémula de emoción: «¡Papá, papá...!» Pero el misterioso personaje no pareció oírme y prosiguió su marcha regular sin siquiera volverse. Siguiéndole con la mirada, le vi dirigirse hacia el bosquecillo que cortaba en dos la avenida principal. Esperaba verlo reaparecer al otro lado de los grandes árboles, ¡pero la visión profética se había desvanecido...!

Todo esto no duró más que un instante, pero se grabó tan profundamente en mi corazón, que aún hoy, quince años después..., conservo tan vivo su recuerdo como si la visión estuviese todavía delante de mis ojos...

María estaba contigo, Madre mía, en una habitación que tenía comunicación con aquella en la que yo me encontraba. Y al oírme llamar a papá, tuvo una sensación de pavor y pensó, según me dijo después, que debía estar ocurriendo algo extraordinario. Disimulando su emoción corrió junto a mí, preguntándome qué me pasaba para estar llamando a papá que estaba en Alençon. [20vº] Entonces le conté lo que acababa de ver. Para tranquilizarme, María me dijo que seguramente habría sido Victoria, que, para meterme miedo, se había cubierto la cabeza con el delantal. Pero al preguntarle, Victoria aseguró que ella no había salido de la cocina. Además, yo estaba bien segura de haber visto a un hombre y de que ese hombre tenía todas las trazas de papá. Entonces fuimos las tres al otro lado del macizo de árboles, y al no encontrar la menor huella de que alguien hubiese pasado por allí, tú me dijiste que no pensara más en ello...

Pero no pensar más en ello era algo que no estaba en mi poder. Mi imaginación me representaba una y otra vez la escena misteriosa que había visto... Muchas veces también intenté levantar el velo que me ocultaba su significado, pues en el fondo del corazón abrigaba la íntima convicción de que esta visión tenía un *sentido* que algún día se me iba a revelar...

Ese día se hizo esperar largo tiempo, pero catorce años más tarde Dios mismo rasgó ese velo misterioso. Estábamos en licencia sor María del Sagrado Corazón y yo, y

hablábamos como siempre de cosas de la otra vida y de nuestros recuerdos de la infancia. Yo le recordé la visión que había tenido a la edad de seis a siete años, y de pronto, al contar los detalles de aquella extraña escena, comprendimos las dos a la vez lo que significaba... Era a *papá* a quien yo había visto, caminando encorvado por la edad... Era él, llevando en su rostro venerable y en su cabeza encanecida el signo de su prueba *gloriosa*<sup>30</sup>... Así como la Faz adorable de Jesús estuvo velada durante su Pasión, así tenía que estar también velada la faz de su fiel servidor en los días de sus sufrimientos, para que en la patria celestial pudiera resplandecer junto a su Señor, el Verbo eterno... Y desde el seno de esa gloria inefable, nuestro querido padre, que reina ya en el cielo, nos ha alcanzado la gracia de comprender la visión [21rº] que su reinecta había tenido a una edad en la que no era de temer que sufriera una ilusión. Desde el seno de la gloria, nos ha alcanzado el dulce consuelo de comprender que, diez años antes de nuestra gran tribulación, Dios quiso mostrárnosla ya, como un padre hace vislumbrar a sus hijos el porvenir glorioso que les tiene preparado y se complace en considerar por adelantado las riquezas incalculables que constituirán su herencia...

¿Pero por qué Dios me concedió precisamente a mí esta revelación? ¿Por qué mostró a una niña tan pequeña algo que ella no podía comprender, algo que, de haberlo comprendido, la hubiera hecho morir de dolor? ¿Por qué...? Es éste, sin duda, uno de esos misterios que comprenderemos en el cielo ¡y que será para nosotras causa de eterna admiración...!

¡Qué bueno es el Señor...! El acompasa siempre sus pruebas a las fuerzas que nos da. Como acabo de decir, yo nunca hubiera podido soportar ni tan siquiera la idea de los amargos sufrimientos que me reservaba el porvenir... Era incapaz hasta de pensar, sin estremecerme, que papá *pudiese morir*...

Una vez, estaba subido a lo alto de una escalera, y como yo quedaba justamente debajo de él, me gritó: «Apártate, chiquitita, que si caigo te voy a aplastar». Al oír eso, me sublevé interiormente, y, en vez de apartarme, me pegué más a la escalera, pensando: «Por lo menos, si papá se cae, no tendré el dolor de verle morir, pues yo moriré con él».

Me es imposible decir lo mucho que quería a papá. Todo en él me causaba admiración. Cuando me explicaba sus ideas (como si yo fuese ya una jovencita), yo le decía ingenuamente que seguro que si decía [21vº] todas esas cosas a los hombres importantes del gobierno, vendrían a buscarlo para hacerlo rey, y entonces Francia sería feliz como no lo había sido nunca... Pero en el fondo me alegraba (y me lo reprochaba a mí misma como si fuese un pensamiento egoísta) de que no hubiese nadie más que yo que *conociere bien* a papá, pues sabía que si llegara a ser rey de Francia, sería desdichado, porque ésta es la suerte de todos los monarcas; y, sobre todo, ya no sería mi rey, ¡un rey sólo para mí...!

---

## Trouville

Tenía yo seis o siete años cuando papá nos llevó a Trouville. Nunca olvidaré la impresión que me causó el mar. No me cansaba de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios.

Recuerdo que, durante el paseo que dimos por la playa, un señor y una señora me miraban correr feliz junto a papá y, acercándose, le preguntaron si *era suya*, y dijeron que era una niña muy guapa. Papá les respondió que sí, pero me di cuenta de que les hizo señas de que no me dirigiesen elogios...

Era la primera vez que yo oía decir que era guapa, y me gustó, pues no creía serlo. Tú ponías gran cuidado, Madre querida, en alejar de mí todo lo que pudiese empañar mi inocencia, y sobre todo en no dejarme escuchar ninguna palabra por la pudiese deslizarse la vanidad en mi corazón. Y como yo sólo hacía caso a tus palabras y a las de María, y vosotras nunca me habíais dirigido un solo piropo, no di mayor importancia a las palabras y a las miradas de admiración de aquella señora.

Al atardecer, a esa hora en la que el sol parece querer bañarse en la inmensidad de las olas, dejando tras de sí un *surco luminoso*, iba a sentarme, a solas con Paulina, en una roca... Y allí recordé el cuento conmovedor de «El surco de oro»<sup>31</sup>...

Estuve contemplando durante mucho tiempo aquel surco luminoso, imagen de la gracia que ilumina el camino que debe recorrer la barquilla de airosa vela blanca... Allí, al lado de Paulina, hice el propósito de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesús, para que pueda navegar en paz hacia la patria del cielo...

Mi vida discurría serena y feliz. El cariño de que vivía rodeada en los *Buissonnets* me hacía, por decirlo así, crecer. Pero ya era, sin duda, lo suficientemente grande para empezar a luchar, para empezar a conocer el mundo y las miserias de que está lleno...

---

## Inicio

---

### NOTAS AL CAPÍTULO II

17 Esposa de un sobrino del señor Martin, que le había cedido la joyería en 1870.

18 El 28 de agosto de 1877; tenía cuarenta y cinco años.

19 La gracia de Navidad de 1886; pronto va a cumplir 14 años (cf Ms A 45r<sup>o</sup>/v<sup>o</sup>).

20 El 15/11/1877. El señor Martin había decidido vivir en Lisieux para acercarse a sus hijas a su familia materna: el señor Guérin y su esposa, y sus dos hijas, Juana y María. Isidoro Guérin tenía una farmacia en la plaza de San Pedro. El en persona vino a buscar a sus sobrinas.

21 La HA precisa: «Al día siguiente nos llevaron a nuestra nueva casa, quiero decir a los Buissonnets, un barrio solitario situado muy cerca del precioso paseo llamado "Jardín de la Estrella». La casa me pareció encantadora: un mirador, desde donde se extendía la vista hasta muy lejos, un jardín inglés delante de la fachada, otra huerta grande detrás de la casa. Todo aquello era una hermosa novedad para mi joven imaginación. Y en efecto, esta risueña morada se convirtió en escenario de muchas y gratas alegrías y de inolvidables escenas familiares». El barrio se llamaba de los «Buissonnets», y las hermanas Martin cambiaron ese nombre, para su nueva vivienda, por el de los «Buissonnets», que muy probablemente era la denominación primitiva del barrio.

22 Segundo piso, tipo buhardilla, en la fachada de los Buissonnets.

23 Las gotas de lluvia o las lágrimas de Teresa (cf 54r<sup>o</sup>/v<sup>o</sup>, 63v<sup>o</sup>, 78v<sup>o</sup>).

24 Teresa repetía con frecuencia esta ofrenda a lo largo del día: *Dios mío, te ofrezco mi corazón; tómale si quieres, para que ninguna criatura pueda adueñarse de él, sino sólo tú, mi buen Jesús* (citado por S. PIAT, *Historia de una familia*, Burgos, Monte Carmelo, 1950, p. 208).

25 Victoria Pasquer, sirvienta de la familia Martin.

26 Párroco de la catedral de San Pedro.

27 En 1880 el señor Martin tenía cincuenta y siete años.

28 En aquella época se rezaban inmediatamente después de Vísperas, al principio de la tarde.

29 Sor María del Sagrado Corazón confirma el aspecto profético de este detalle, cuando indica que al principio de su terrible enfermedad «se veía con mucha frecuencia (al señor Martin) cubrirse la cabeza» (PA pp. 244-245).

30 La parálisis cerebral, que obscurecerá las facultades del señor Martin al final de su vida y que lo obligará a ingresar en un sanatorio psiquiátrico. Cf 71v<sup>o</sup> al 75v<sup>o</sup>.

31 De un libro de lecturas. *La Tirelire aux histoires [La hucha de los cuentos]*, de Luisa S.W. Belloc (bajo el título de «El sendero de oro»). Se trata del sueño simbólico de una niña que va navegando sobre el surco de oro del sol poniente, imagen de la gracia. Pero este episodio hay que situarlo, sin duda alguna, en otro año, en 1879 ó 1881.

---

## Inicio

---

### CAPÍTULO III

AÑOS DOLOROSOS (1881 - 1883)

#### Alumna en la Abadía

Tenía yo ocho años y medio cuando Leonia salió del internado y yo ocupé su lugar en la Abadía<sup>32</sup>.

He oído decir muchas veces que el tiempo pasado en el internado es el mejor y el más feliz de la vida. Para mí no lo fue. Los cinco años que pasé en él fueron los más tristes de toda mi vida. Si no hubiera tenido a mi lado a mi querida Celina, no habría aguantado allí ni un mes sin caer enferma... La pobre florecita había sido acostumbrada a hundir sus frágiles raíces en una *tierra selecta*, hecha expresamente para ella. Por eso se le hizo muy duro verse en medio de flores de toda especie, que tenían a menudo raíces muy poco delicadas, y obligada a encontrar en una *tierra ordinaria* la savia que necesitaba para vivir...



Tú me habías educado tan bien, Madre querida, que cuando llegué al internado era la más adelantada de las niñas de mi edad. Me pusieron en [22vº] una clase en la que todas las alumnas eran mayores que yo.

Una de ellas, de 13 a 14 años de edad, era poco inteligente, pero sabía imponerse a las alumnas, e incluso a las profesoras. Al verme tan joven, casi siempre la primera de la clase y querida por todas las religiosas, se ve que sintió envidia -muy comprensible en una pensionista- y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños éxitos...

Dado mi natural tímido y delicado, no sabía defenderme, y me contentaba con sufrir en silencio, sin quejarme *ni siquiera a ti* de lo que sufría. Pero no tenía la suficiente virtud para sobreponerme a esas miserias de la vida y mi pobre corazoncito sufría mucho...

Gracias a Dios, todas las tardes volvía al hogar paterno, y allí se expansionaba mi corazón. Saltaba al regazo de mi rey, diciéndole las notas que me habían dado, y sus besos me hacían olvidar todas las penas...

¡Con qué alegría anuncié el resultado de mi *primera composición* (una composición sobre la *Historia Sagrada*)! Sólo me faltó *un punto* para llegar al máximo, por no haber sabido el nombre del padre de Moisés. Era, por lo tanto, la primera de la clase y traía una hermosa condecoración de plata. Como premio, papá me regaló una *preciosa monedita* de veinte céntimos que eché en un bote destinado a recibir casi todos los jueves una nueva moneda, siempre del mismo *valor...* (De este bote sacaba yo dinero en determinadas fiestas solemnes, cuando quería dar de mi bolsillo una limosna para la colecta de la Propagación de la Fe u otras obras parecidas.) *Paulina*, encantada con el triunfo de su pequeña alumna, le regaló un [23rº] aro muy bonito, para animarla a seguir siendo tan estudiosa.

Buena necesidad tenía la pobre niña de estas alegrías de la familia. Sin ellas, la vida del internado habría sido demasiado dura para ella.

---

Inicio

### NOTAS AL CAPÍTULO III

32 Internado de las benedictinas, que funcionaba en la Abadía de NotreDameduPré [Nuestra Señora del Prado], en Lisieux. Allí se encontrará Teresa con sus primas Guérin y con su hermana Celina, medio pensionista como ella.

Inicio

### Días de vacación

Los jueves por la tarde nos daban asueto. Pero no era como los *asuetos* de *Paulina*, y no los pasaba con papa en el mirador... Tenía que jugar, no con mi *Celina*, cosa que me gustaba mucho cuando estábamos *las dos solas*, sino con mis primitas y con las pequeñas Maudelonde<sup>33</sup>. Era para mí un verdadero martirio, y como no sabía jugar como las demás niñas, no era una compañera agradable. Sin embargo, hacía todo lo posible por imitar a las otras, sin conseguirlo, y me aburría enormemente, sobre todo cuando había que pasarse toda la tarde *bailando cuadrillas*. Lo único que me gustaba era ir al

*jardín de la estrella*<sup>34</sup>. Allí era la primera en todo: como cogía flores en cantidad y sabía encontrar las más bonitas, despertaba la envidia de mis compañeras...

Otra cosa que también me gustaba era quedarme sola con María, lo cual sólo ocurría por casualidad: como entonces no tenía a Celina Maudelonde que la arrastrase a *juegos corrientes*, me dejaba elegir a mí, y yo elegía alguno totalmente nuevo. María y Teresa se convertían en *ermitañas*, que no tenían más que una pobre cabaña, un pequeño campo de trigo y unas pocas legumbres que cultivar. Su vida transcurría en continua contemplación; o sea, una de las ermitañas reemplazaba a la otra en la oración cuando había que ocuparse de la vida activa. Todo se hacía con tal armonía, con tal silencio y con un estilo tan religioso, que resultaba perfecto. Cuando nuestra tía venía a buscarnos para ir a dar un paseo, continuábamos el juego también en la calle. Las dos ermitañas rezaban [23v<sup>o</sup>] juntas el rosario, sirviéndose de los dedos para no exhibir su devoción ante un público indiscreto. Pero un día, la más joven de las ermitañas se olvidó: le habían dado un pastel para la merienda, y ella, antes de comerlo, hizo una gran señal de la cruz, lo que hizo reír a todos los profanos del siglo...

María y yo nos entendíamos a la perfección. Hasta tal punto teníamos los mismos gustos, que una vez nuestra *unión de voluntades* se pasó de la raya. Volviendo una tarde de la Abadía, yo le dije a María: «Guíame, voy a cerrar los ojos». «Yo también quiero cerrarlos», me respondió. Dicho y hecho. Cada una hizo *su propia voluntad* sin *discutir*... Ibamos por la acera, por lo que no teníamos por qué temer a los coches. Tras un delicioso paseo de varios minutos, y de saborear el placer de caminar a ciegas, las dos pequeñas atolondradas cayeron sobre unas cajas colocadas a la puerta de una tienda, o, mejor dicho, las tiraron al suelo. El tendero salió, todo furioso, a recoger su mercancía. Las dos ciegas voluntarias se levantaron ellas solas y escaparon *a todo correr*, con los ojos *bien* abiertos y perseguidas por los justos reproches de Juana, que estaba tan enfadada como el tendero...

En consecuencia, como castigo, decidió separarnos, y desde aquel día María y Celina fueron juntas, mientras que yo iba con Juana. Eso puso fin a nuestra excesiva *unión de voluntades* y no les vino mal a las mayores, que nunca estaban de acuerdo y se pasaban todo el camino discutiendo. De esa manera, la paz fue completa.

---

### Primera comunión de Celina

Aún no he dicho nada de mi íntima relación con Celina. [24r<sup>o</sup>] Si fuera a contarlo todo, nunca acabaría...

En Lisieux se cambiaron los papeles: Celina se convirtió en un travieso diablillo y Teresa ya no era más que una niñita muy buena, pero excesivamente *llorona*... Eso no era obstáculo para que Celina y Teresa se quisiesen cada día más. A veces había entre ellas pequeñas discusiones, pero no era nada serio, y en el fondo estaban siempre de acuerdo.

Puedo decir que *nunca* mi querida hermanita me dio el menor *disgusto*, sino que fue para mí como un rayo de sol, una fuente continua de alegría y de consuelo... ¿Quién podrá decir con qué intrepidez me defendía en la Abadía cuando alguien me acusaba...? Se preocupaba tanto por mi salud, que a veces me cansaba. De lo que no me cansaba era de *verla jugar*. Ponía en fila a toda la tropa de nuestras muñecas y les daba clase como

una maestra consumada; sólo que tenía mucho cuidado de que las suyas se portasen siempre bien, mientras que a las mías las echaba a menudo de clase por su mala conducta...

Me contaba todas las cosas nuevas que aprendía en clase, lo cual me divertía mucho, y la tenía por un pozo de ciencia.

Me había dado el título de «hijita de Celina», y así, cuando se enfadaba conmigo, su mejor muestra de que estaba enojada era decirme: «¡Ya no eres mi hijita, se acabó, me *acordaré por toda la vida...*!» Entonces yo no tenía más remedio que echarme a llorar como una Magdalena, suplicándole que me volviese a admitir como su hijita. Inmediatamente me besaba y me prometía que ya no se volvería a *acordar* de *nada...* Y para consolarme, cogía una de sus muñecas y le [24vº] decía: «Cariño, besa a tu tía». Una vez, la muñeca tenía tanta prisa por besarme tiernamente, que me metió sus dos bracitos por *la nariz...* Celina, que no lo había hecho adrede, me miraba estupefacta, viendo a la muñeca colgándome de la nariz. La *tía* no tardó mucho en rechazar las efusiones demasiado tiernas de su *sobrina*, y se echó a reír con todas las ganas ante tan singular aventura.

Lo más divertido era vernos comprar las dos a la vez, en la tienda, los aguinaldos. Nos escondíamos cuidadosamente la una de la otra. Con sólo 50 céntimos teníamos que comprar, por lo menos, cinco o seis objetos diferentes, y la cuestión era quién compraría las *cosas más bonitas*. Encantadas con nuestras compras, esperábamos con impaciencia el primer día del año para poder ofrecernos una a otra nuestros *magníficos regalos*. La primera que se despertaba se apresuraba a felicitarle a la otra el año nuevo. Luego nos entregábamos los *aguinaldos* y las dos nos quedábamos extasiadas ante los *tesoros* que la otra había conseguido con 50 céntimos...

Esos regalitos nos causaban casi tanto placer como los *ricos aguinaldos* de mi *tío*.

Por lo demás, eso no era más que el principio de nuestras alegrías. Aquel día nos vestíamos a toda prisa y estábamos al acecho para saltar al cuello de papá. En cuanto salía de su habitación, toda la casa se llenaba de gritos de alegría y nuestro papaito se mostraba feliz de vernos tan contentas...

Los aguinaldos que María y Paulina daban a sus hijitas no eran de gran valor, pero les causaban también *una gran alegría...* Y es que en esa edad aún no estábamos *embotadas*; nuestra alma, en toda su lozanía, se abría como una flor, feliz de recibir el rocío de la mañana... Un mismo soplo mecía nuestras corolas, y lo que hacía gozar o sufrir a [25rº] una hacía gozar o sufrir a la vez a la otra.

Sí, nuestras alegrías eran comunes. Lo comprobé muy bien el día de la primera comunión de mi querida Celina. Yo no iba aún a la Abadía, pues sólo tenía siete años; pero conservo en mi corazón el dulcísimo recuerdo de la preparación que tú, Madre querida, le hiciste hacer a Celina. Todas las tardes la sentabas en tu regazo y le hablabas del acto tan importante que iba a realizar. Yo escuchaba, ávida de prepararme también, pero muy frecuentemente me decías que me fuera porque era todavía demasiado pequeña. Entonces me ponía muy triste y pensaba que cuatro años no eran demasiados para prepararse a recibir a Dios...

Una tarde, te oí decir que a partir de la primera comunión había que empezar una nueva vida. En ese mismo momento decidí no esperar a ese día, sino comenzarla al mismo tiempo que Celina...

Nunca supe cuánto la quería como durante su retiro de tres días. Era la primera vez en mi vida que estaba lejos de ella y que no me acostaba en su cama... El primer día me olvidé de que no iba a volver, y guardé un manojito de cerezas, que papá me había comprado, para comerlo con ella; cuando vi que no llegaba, sentí mucha pena. Papá me consoló diciéndome que al día siguiente me llevaría a la Abadía para ver a mi Celina y que podría darle otro manojito de cerezas...

El día de la primera comunión de Celina me dejó una impresión parecida a la de la mía. Al despertarme por la mañana, yo sola en aquella cama tan grande, me sentí *inundada* de *alegría*. «¡Es hoy...! Ha llegado el gran día...» No me cansaba de [25vº] repetir estas palabras. Me parecía que era yo la que iba a hacer la primera comunión. Creo que ese día recibí grandes gracias, y lo considero como uno de los más *hermosos* de mi vida...

---

### Paulina en el Carmelo

He vuelto un poco atrás para evocar este delicioso y dulce recuerdo. Ahora quiero hablarte de la dolorosa prueba que vino a destrozar el corazón de Teresita cuando Jesús le arrebató a su querida *mamá*, a su *Paulina* ¡a la que tan tiernamente quería...!

Un día, yo había dicho a Paulina que me gustaría ser solitaria, irme con ella a un desierto lejano. Ella me contestó que ése era también su deseo y que *esperaría* a que yo fuese mayor para marcharnos. La verdad es que aquello no lo dijo en serio, pero Teresita sí lo había tomado en serio. Por eso, ¿cuál no sería su dolor al oír un día hablar a su querida Paulina con María de su próxima entrada en el Carmelo...?

Yo no sabía lo que era el Carmelo, pero comprendí que Paulina iba a dejarme para entrar en un convento, comprendí que no me *esperaría* y que iba a perder a mi segunda *madre*... ¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón...? En un instante comprendí lo que era la vida. Hasta entonces no me había parecido tan triste, pero entonces se me apareció en todo su realismo, y vi que no era más que un puro sufrimiento y una continua separación<sup>35</sup>. Lloré lágrimas muy amargas, pues aún no comprendía la *alegría* del sacrificio. Era *débil*, tan *débil*, que considero una gracia muy grande el haber podido soportar una prueba como aquella, que parecía muy superior a mis fuerzas... Si me hubiese ido enterando poco a poco de la partida de mi Paulina querida, tal vez no hubiera sufrido tanto; pero [26rº] al saberlo de repente, fue como si me hubieran clavado una espada en el corazón.

Siempre recordaré, Madre querida, con qué ternura me consolaste... Luego me explicaste la vida del Carmelo, que me pareció muy hermosa. Evocando en mi interior todo lo que me habías dicho, comprendí que el Carmelo era el *desierto* adonde Dios quería que yo fuese también a esconderme... Lo comprendí con tanta evidencia, que no quedó la menor duda en mi corazón. No era un sueño de niña que se deja entusiasmar fácilmente, sino la *certeza* de una llamada de Dios: quería ir al Carmelo, no por *Paulina*, sino *sólo* por *Jesús*... Pensé *muchas* cosas que las palabras no pueden traducir, pero que dejaron una gran paz en mi alma.

Al día siguiente, confié mi secreto a Paulina, quien, viendo en mis deseos la voluntad del cielo, me dijo que pronto iría con ella a ver a la madre priora del Carmelo y que tendríamos que decirle lo que Dios me hacía sentir...

Se escogió un domingo para esta solemne visita, y mi apuro fue grande cuando supe que María G.<sup>36</sup> debería acompañarme, por ser yo aún demasiado pequeña para ver a las carmelitas<sup>37</sup>. Sin embargo, yo tenía que encontrar la forma de quedarme a solas con la priora, y he aquí lo que se me ocurrió. Le dije a María que, ya que teníamos el privilegio de ver a la madre priora, debíamos ser muy amables y educadas con ella, y que por eso debíamos confiarle nuestros *secretos*; así que cada una tendría que salir un momento, y dejar a la otra a solas con la Madre. María creyó lo que le decía, y, a pesar de su repugnancia a confiar *secretos que no tenía*, nos quedamos a solas, una después de otra, con la madre María de Gonzaga.

[26v<sup>o</sup>] Después de escuchar mis *importantes confidencias*, la Madre creyó en mi vocación, pero me dijo que no recibían postulantes de *nueve años*, y que tendría que esperar hasta los dieciséis... Yo me resigné, a pesar de mis vivos deseos de entrar cuanto antes y de hacer la primera comunión el día de la toma de hábito de Paulina...

Ese día me echaron piropos por segunda vez. Sor Teresa de San Agustín, que había bajado a verme, no se cansaba de llamarme guapa. Yo no pensaba venir al Carmelo para recibir alabanzas; así que, después de la visita, no cesaba de repetirle a Dios que yo quería ser carmelita *sólo por él*.

Durante las pocas semanas que mi querida Paulina permaneció todavía en el mundo, procuré aprovecharme bien de ella. Todo los días, Celina y yo le comprábamos un pastel y bombones, pensando que ya pronto no volvería a comerlos. Estábamos continuamente a su lado, sin dejarle ni un minuto de descanso.

Por fin, llegó el *2 de octubre*, día de lágrimas y de bendiciones, en que Jesús cortó la primera de sus flores, destinada a ser la *madre* de las que pocos años después irían a reunirse con ella.

Aún me parece estar viendo el lugar donde recibí el último beso de *Paulina*. Luego, mi tía nos llevó a todas a Misa, mientras papá subía a la montaña del Carmelo para ofrecer su *primer sacrificio*...

Toda la familia lloraba, de modo que, al vernos entrar en la iglesia, la gente nos miraba extrañada. A mí me daba igual, y no por eso dejé de llorar. Creo que, si el mundo entero se hubiera derrumbado a mi alrededor, no me habría dado cuenta. Miraba al hermoso cielo azul, y me maravillaba de que el sol pudiese seguir brillando con [27r<sup>o</sup>] tanto resplandor mientras mi alma estaba inundada de tristeza...

Tal vez, Madre querida, te parezca que exagero la pena que sentí... Comprendo muy bien que no debiera haber sido tan grande, pues tenía la esperanza de volver a encontrarte en el Carmelo, pero mi alma estaba LEJOS de estar *madura* y tenía que pasar por muchos crisoles antes de alcanzar la meta que tanto deseaba...

El 2 de octubre era el día fijado para volver a la Abadía, y no tuve más remedio que ir, a pesar de mi tristeza...

Por la tarde, nuestra tía vino a buscarnos para ir al Carmelo, y vi a mi *Paulina querida* detrás de las *rejas*... ¡Ay, cuánto he sufrido en ese locutorio del Carmelo...!

Como estoy escribiendo la historia de mi alma, debo decírselo todo a mi Madre querida, y confieso que los sufrimientos que precedieron a su entrada no fueron nada en comparación con los que vinieron después...

Todos los jueves, íbamos *en familia* al Carmelo. Y yo, que estaba acostumbrada a hablar con *Paulina* de corazón a corazón, apenas si conseguía dos o tres minutos al final de la visita, que, por supuesto, me pasaba llorando, y luego me iba con el corazón desgarrado... No comprendía que si tú dirigías preferentemente la palabra a Juana y María, en vez de hablar con tus hijitas, era por delicadeza hacia nuestra tía... No lo comprendía, y pensaba en lo más hondo del corazón: «¡¡¡He perdido a Paulina!!!»

---

### **Extraña enfermedad**

Es asombroso ver cómo se desarrolló mi espíritu en medio del sufrimiento. Se desarrolló de tal manera, que no tardé en caer enferma.

La enfermedad que me aquejó provenía, ciertamente, del demonio. Furioso por tu entrada en el Carmelo, quiso vengarse en mí del daño que nuestra familia iba a causarle en el futuro. Pero lo que él no sabía era que la [27vº] amorosa Reina del cielo velaba por su frágil florecilla, que ella le *sonreía* desde lo alto de su trono y que se aprestaba a calmar la tempestad en el mismo momento en que su flor iba a quebrarse sin remedio...

Hacia finales de año, me sobrevino un continuo dolor de cabeza, pero que se podía aguantar bien. Podía seguir estudiando, y nadie se preocupó por mí. Esto duró hasta el día de Pascua de 1883<sup>38</sup>.

Papá había ido a París con María y Leonia, y nuestra tía nos llevó a su casa a Celina y a mí. Una tarde, nuestro tío me llevó con él y empezó a hablarme de mamá y de recuerdos pasados con tal bondad, que me emocionó profundamente y me hizo llorar. Entonces me dijo que era demasiado sensible y que necesitaba mucho distraerme, y que mi tía y él habían decidido tratar de hacérselo pasar bien durante las vacaciones de Pascua. Esa tarde teníamos que ir al Círculo Católico; pero viendo que estaba demasiado cansada, mi tía me hizo acostar. Al desnudarme, me entró un extraño temblor. Creyendo que tenía frío, mi tía me envolvió entre mantas y me puso botellas calientes, pero nada pudo reducir mi agitación, que duró casi toda la noche. Al volver mi tío del Círculo Católico con mis primas y Celina, se quedó muy sorprendido al encontrarme en aquel estado, que juzgó muy grave, pero no quiso decirlo por no asustar a mi tía. Al día siguiente, fue a buscar al doctor Notta<sup>39</sup>, el cual coincidió con mi tío en que tenía una enfermedad muy grave, que nunca había padecido una niña tan joven como yo.

Todos estaban consternados. Mi tía tuvo que dejarme en su casa y me cuidó con una solicitud verdaderamente *maternal*.

Cuando papá volvió de París con mis hermanas mayores, Amada<sup>40</sup> los recibió con una cara tan triste, que María [28rº] creyó que me había muerto... Pero esta enfermedad no era de muerte, sino, como la de Lázaro, para que Dios fuera glorificado...

Y así lo fue, en efecto, por la admirable resignación de mi pobre *papaíto*, que creyó que «su hijita se iba a volver loca o que se iba a morir».

¡Lo fue también por la de *María*...! ¡Cuánto sufrió por causa mía...! ¡Y qué agradecida le estoy por los cuidados que tan desinteresadamente me prodigó...! Su corazón le dictaba lo que yo necesitaba, y, verdaderamente, un *corazón* de *madre* es mucho más *sabio* que el de un médico y sabe *adivinar* lo que conviene para la enfermedad de su hijo...

La pobre María tuvo que venir a instalarse en casa de mi tío, pues era imposible trasladarme por entonces a los Buissonnets.

Entretanto, se acercaba la toma de hábito de Paulina. Delante de mí evitaban hablar de ello, pues sabían la pena que sentía por no poder ir; pero yo hablaba de ello con frecuencia, diciendo que para entonces ya estaría lo bastante bien para ir a ver a mi Paulina querida.

Y en efecto, Dios no quiso negarme ese consuelo, o, mejor, quiso consolar a su querida *prometida*, que tanto había sufrido con la enfermedad de su hijita... He observado que Jesús no quiere probar a su hijas en el día de sus esponsales, esta fiesta debe ser una fiesta sin nubes, un anticipo de las alegrías del paraíso. ¿No lo ha demostrado ya cinco veces<sup>41</sup> ...?

Pude, pues, *abrazar* a mi Madre querida, *sentarme* en su regazo y colmarla de caricias... Pude contemplarla radiante con su blanco vestido de desposada... ¡Sí, fue un *hermoso día*, en medio de mi oscura prueba! Pero aquel día pasó veloz... Pronto hube de subir al coche que me llevó muy lejos de Paulina..., muy lejos de mi Carmelo querido.

Al llegar a los Buissonnets, me hicieron acostar a mi pesar, pues aseguraba [28v<sup>o</sup>] que estaba totalmente curada y que ya no necesitaba más cuidados. ¡Pero, ay, sólo estaba todavía en los comienzos de mi prueba...! Al día siguiente, volví a estar igual que antes, y la enfermedad se agravó tanto, que, según los cálculos humanos, no tenía remedio...

No sé cómo describir una enfermedad tan extraña. Hoy estoy convencida de que fue obra del demonio<sup>42</sup>, pero durante mucho tiempo después de mi curación creí que había fingido estar enferma, y eso fue para mi alma un verdadero *martirio*.

Se lo dije así a María, que me tranquilizó lo mejor que pudo con su *bondad* habitual. Lo dije en la confesión, y también mi confesor intentó tranquilizarme, diciéndome que no era posible que hubiese simulado estar enferma hasta el punto que yo lo había estado. Dios, que, sin duda, quería purificarme, y sobre todo *humillarme*, me dejó en este *martirio íntimo* hasta mi entrada en el Carmelo, donde el Padre de nuestras almas<sup>43</sup> barrió como con la mano todas mis dudas, y desde entonces quedé totalmente tranquila.

No es extraño que temiese haber fingido estar enferma sin estarlo de verdad, pues decía y hacía cosas que no pensaba. Parecía estar en un continuo delirio, diciendo palabras que no tenían sentido, y sin embargo estoy *segura* de que no perdí *ni un solo instante el uso de la razón*... Con frecuencia me quedaba como desmayada, sin hacer el menor movimiento; en esos momentos, me habría dejado hacer todo lo que hubieran querido, incluso matarme; sin embargo, oía todo lo que se decía a mi alrededor, y todavía me

acuerdo de todo. En una ocasión me aconteció estar mucho tiempo sin poder abrir los ojos, y abrirlos un instante al encontrarme sola...

Pienso que el demonio había recibido un poder *exterior* sobre mí, pero [29<sup>o</sup>] que no podía acercarse a mi alma ni a mi espíritu, a no ser para inspirarme grandísimos *terrores* a ciertas cosas, por ejemplo a las medicinas sencillísimas que intentaban en vano hacerme tomar..

Pero si Dios permitía al demonio acercarse a mí, me enviaba también ángeles visibles...

María no se separaba de mi cama, cuidándome y consolándome con la ternura de una madre. Nunca me demostró el más ligero enfado, y eso que yo le daba mucho trabajo, pues no soportaba que se alejase de mi lado. Sin embargo, tenía necesariamente que ir a comer con papá, pero yo no cesaba de llamarla durante todo el tiempo que no estaba. Victoria, que se quedaba a mi cuidado, a veces no tenía más remedio que ir a buscar a mi querida «mamá», como yo la llamaba... Si María quería salir, tenía que ser para ir a Misa o para ver a *Paulina*; sólo entonces yo no decía nada...

Nuestros tíos eran también muy buenos conmigo. Mi querida tía venía *todos los días* a verme y me traía mil golosinas.

También fueron a visitarme otras personas amigas de la familia; pero yo pedí a María que les dijese que no quería recibir visitas. No me gustaba «ver a la gente sentada alrededor de mi cama como *ristras de cebollas* y mirándome como a un bicho raro». La única visita que me gustaba era la de nuestros tíos.

Me sería imposible decir cuánto creció mi cariño hacia ellos a partir de esta enfermedad. Comprendí como nunca que ellos no eran para nosotros unos parientes cualquiera. ¡Qué razón tenía nuestro papá cuando nos repetía tantas veces estas palabras que acabo de escribir! Más tarde él mismo supo por experiencia que no se había equivocado, y seguro que ahora protege y bendice a quienes le prodigaron tan generosos cuidados... Yo todavía estoy en el destierro, y no sabiendo cómo demostrarles mi gratitud, sólo tengo una manera de aligerar mi corazón: ¡rezar por estos familiares tan queridos que fueron y que siguen siendo tan buenos conmigo!

También Leonia era muy buena conmigo, y hacía todo lo posible por distraerme. Yo, a veces, la hacía sufrir, pues se daba perfectamente cuenta de que María era insustituible a mi lado...

¿Y mi Celina querida? ¿Qué no hizo por su Teresa...? Los domingos, en vez de salir de paseo, venía a encerrarse horas enteras con una pobre niña que parecía idiota. Verdaderamente, [29<sup>vº</sup>] se necesitaba mucho amor para no huir de mí... ¡Hermanitas queridas, cuánto os hice sufrir...! Nadie os hizo *sufrir* tanto como yo, y nadie recibió nunca tanto *amor* como el que vosotras me prodigasteis... Gracias a Dios, tendré el cielo para resarcirme. Mi Esposo es enormemente rico, y yo meteré la mano en sus tesoros de *amor* para poder devolveros centuplicado todo lo que sufristeis por causa mía...

Mi mayor consuelo mientras estuve enferma era recibir carta de *Paulina*. La leía y la releía hasta sabérmela de memoria... Un día, Madre querida, me mandaste un reloj de arena y una de mis muñecas vestida de carmelita. Es imposible decir la alegría que sentí... A mi



tío no le gustó. Decía que, en vez de hacerme pensar en el Carmelo, habría que alejarlo de mi mente. Yo, por el contrario, pensaba que la esperanza de ser un día carmelita era lo único que me hacía vivir...

Me encantaba trabajar para Paulina. Le hacía pequeños trabajos en cartulina, y mi ocupación preferida era hacer coronas de margaritas y de miosotis para la Santísima Virgen. Estábamos en el mes de mayo. Toda la naturaleza se vestía de flores y respiraba alegría. Sólo la «florecita» languidecía y parecía marchita para siempre...

---

## La sonrisa de la Virgen

Sin embargo, tenía un sol cerca de ella. Ese sol era la *estatua milagrosa* de la Santísima Virgen, que le había hablado por dos veces a mamá<sup>44</sup>, y la florecita volvía muchas, muchas veces su corola hacia aquel astro bendito...

Un día vi que papá entraba en la habitación de María, donde yo estaba acostada, y, dándole varias monedas de oro con expresión muy triste, le dijo que escribiera a París y encargase unas misas a Nuestra Señora de las Victorias para que le curase a su pobre hijita. ¡Cómo me emocionó ver la fe y el amor de mi querido rey! [30<sup>o</sup>] Hubiera deseado poder decirle que estaba curada, ¡pero le había dado ya tantas alegrías falsas! No eran mis deseos los que podían hacer ese *milagro*, pues la verdad es que para curarme se necesitaba un milagro...

Se necesitaba un *milagro*, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo hizo.

Un domingo<sup>45</sup> (durante el novenario de misas), María salió al jardín, dejándome con Leonia, que estaba leyendo al lado de la ventana.

Al cabo de unos minutos, me puse a llamar muy bajito: «Mamá... mamá». Leonia, acostumbrada a oírme llamar siempre así, no hizo caso. Aquello duró un largo rato. Entonces llamé más fuerte, y, por fin, volvió María. La vi perfectamente entrar, pero no podía decir que la reconociera, y seguí llamando, cada vez más fuerte: «Mamá...» *Sufría mucho* con aquella lucha violenta e inexplicable, y María sufría quizás todavía más que yo. Tras intentar inútilmente hacerme ver que estaba allí a mi lado, se puso de rodillas junto a mi cama con Leonia y Celina. Luego, volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una *madre* que pide la vida de su hija, *María* alcanzó lo que deseaba...

También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cielo, suplicándole con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella...

De repente, la Santísima Virgen me pareció *hermosa*, tan *hermosa*, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen».

En aquel momento, todas mis penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de pura

alegría... ¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Sí, [30vº] pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces *desaparecería mi felicidad*.

Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido...

Precisamente a ella y a sus súplicas fervientes debía yo la gracia de las *sonrisa* de la Reina de los cielos. Al ver mi mirada fija en la Santísima Virgen, pensó: «¡Teresa está curada!» Sí, la florecita iba a renacer a la vida. El *rayo* luminoso que la había reanimado no iba ya a interrumpir sus favores. No actuó de golpe, sino que lentamente, suavemente fue levantando a su flor y la fortaleció de tal suerte, que cinco años más tarde abría sus pétalos en la montaña del Carmelo.

Como he dicho, María había adivinado que la Santísima Virgen me había concedido alguna gracia secreta. Así que, cuando me quedé a solas con ella, me preguntó qué había visto. No pude resistirme a sus tiernas e insistentes preguntas; y sorprendida de ver que mi secreto había sido descubierto sin que yo lo revelara, se lo confié enteramente a mi querida María...

Pero, ¡ay!, como lo había imaginado, mi dicha iba a desaparecer y a convertirse en amargura... El recuerdo de aquella gracia inefable que había recibido fue para mí, durante cuatro años, un verdadero *sufrimiento del alma*. Sólo volvería en encontrar mi dicha a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, y entonces la recibí en *toda* su *plenitud*... Más adelante volveré a hablar de esta segunda gracia de la Santísima Virgen. Ahora quiero contarte, Madre mía, cómo mi dicha se convirtió en tristeza.

María, después de escuchar el ingenuo y sincero relato de «mi gracia», me pidió permiso para contarlo en el Carmelo, y no podía decirle que no....

En mi primera visita a ese Carmelo querido me sentí inundada de gozo al ver a mi *Paulina* vestida con el hábito de la Virgen. [31rº] Fue un momento muy dulce para las dos... Teníamos tantas cosas que decirnos, que a mí no me salía nada, me ahogaba de emoción...

La madre María de Gonzaga también estaba allí y me daba mil muestras de cariño. Vi también a otras hermanas, y delante de ellas me preguntaron por la gracia que había recibido, y [María] me preguntó si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús, y si había mucha luz, etc.

Todas estas preguntas me turbaron y me hicieron sufrir. Yo no podía decir más que una cosa: «La Santísima Virgen me había parecido *muy hermosa*..., y la había visto *sonreírme*. Lo *único* que me había impresionado era su rostro.

Por eso, al ver que las carmelitas se imaginaban otra cosa muy distinta (mis sufrimientos del alma respecto a mi enfermedad ya había comenzado), me imaginé que *había mentido*...

Seguramente, si hubiera guardado mi secreto, habría conservado también mi felicidad. Pero la Santísima Virgen permitió este tormento para bien de mi alma. Sin él, tal vez hubiera tenido algún pensamiento de vanidad, mientras que, tocándome en suerte la *humillación*, no podía mirarme a mí misma sin un sentimiento de *profundo horror*...

¡Sólo en el cielo podré decir cuánto sufrí...!

Inicio

---

### NOTAS AL CAPÍTULO III

33 Primas carnales de las hijas de los Guérin.

34 Parque en forma de estrella, en el camino de Pontl'Evêque [Puente del Obispo], no lejos de los Buissonnets, que más tarde fue parcelado.

35 La separación es una de las obsesiones de Teresa, de la que nunca llegará a liberarse por completo (cf Ms A 9<sup>o</sup>, 41<sup>r</sup>o, 43<sup>v</sup>o, 62<sup>r</sup>o, 68<sup>v</sup>o; Cta 21, 134, 167, entre otras). Sin embargo, en Ms C 9<sup>r</sup>o/v<sup>o</sup> puede verse el heroísmo con que habría aceptado el exilio de sus hermanas a Indochina.

36 María Guérin, futura sor María de la Eucaristía.

37 En aquella época sólo los familiares cercanos y las jóvenes podían *ver a las carmelitas*.

38 El 25 de marzo; Teresa tenía diez años.

39 Este médico, al que consultó la señora de Martin durante su enfermedad, atendió al señor Martin desde 1887 hasta 1889; al parecer, no entendió nada de la enfermedad de Teresa.

40 Amada Roger, cocinera de la familia Guérin.

41 Las tomas de hábito de las cinco hermanas Martin (incluida Leonia).

42 Esta era la opinión de los Guérin, como lo declaró Juana de La Néele en el PO (pp. 240241). Según el Dr. Gayral, se trataba de una neurosis tras seis meses de angustia: «Al vivir en la impresión de que su segunda mamá la había abandonado, cayó en una conducta de regresión a la infancia para hacerse mimar como un bebé» (revista *Carmel*, 1959,2, pp. 8196).

43 El P. Almiro Pichon, jesuita.

44 Una sola vez, después de la muerte de la pequeña Elena, según una nota de la madre Inés.

45 El día de Pentecostés, 13/5/1883; Teresa llevaba cuarenta y nueve días enferma.

Inicio

---

### CAPÍTULO IV

PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (18831886)

Al hablar de las visitas a las carmelitas, me viene a la memoria la primera, que tuvo lugar poco después de la entrada de *Paulina*. Me olvidé de hablar de ella más arriba, pero hay un detalle que no quiero omitir.

La mañana del día en que debía ir al locutorio, reflexionando sola en la cama (pues era allí donde hacía yo mis meditaciones más profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba yo siempre a mi Amado), me preguntaba cómo me llamaría en el Carmelo. Sabía que había ya en él una sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podían quitarme mi bonito nombre de Teresa. De pronto, pensé [31vº] en el *Niño* Jesús, a quien tanto quería, y me dije: «¡Cómo me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús!»

En el locutorio *no dije nada* del *sueño* que había tenido completamente despierta. Pero al preguntar la madre *María de Gonzaga* a las hermanas qué nombre me pondrían, se le ocurrió darme el nombre que yo había *soñado*... Me alegré enormemente, y aquella feliz coincidencia de pensamientos me pareció una delicadeza de mi Amado, el Niño Jesús.

---

## Estampas y lecturas

Me he olvidado también de algunos pequeños detalles de niñez de antes de tu entrada en el Carmelo. No te he hablado de mi amor a las estampas y a la lectura... Y, sin embargo, a las preciosas estampas que tú me dabas como premio debo una de las más dulces alegrías y de las más fuertes impresiones que me han incitado a la práctica de la virtud... Me pasaba las horas muertas mirándolas. Por ejemplo, la «*florecita* del divino Prisionero» era tan sugestiva, que me quedaba ensimismada mirándola. Al ver que el nombre de *Paulina* estaba escrito al pie de la florecita, me hubiera gustado que el de Teresa estuviera también allí, y me ofrecía a Jesús para ser su *florecita*...

No sabía jugar, pero me gustaba mucho la lectura<sup>46</sup>, y me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente tenía unos *ángeles* de la tierra que me elegían unos libros que, a la vez que me distraían, alimentaban mi espíritu y mi corazón. Además, no podía dedicar a la lectura más que un determinado tiempo, lo cual era para mí motivo de grandes sacrificios, pues muchas veces tenía que interrumpirla en lo más interesante de un pasaje...

Esta afición a la lectura duró hasta mi entrada en el Carmelo. Me sería imposible decir el número de libros que pasaron por mis manos; pero nunca permitió Dios que leyera ni uno sólo que pudiera hacerme daño. Es cierto que, al leer ciertos relatos caballerescos, no siempre percibía en un primer momento la *realidad* de la *vida*; pero pronto Dios me daba a [32rº] entender que la verdadera gloria es la que ha de durar para siempre y que para alcanzarla no es necesario hacer obras deslumbrantes, sino esconderse y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha...

Así, al leer los relatos de las hazañas patrióticas de las heroínas francesas, y en especial las de la *venerable* JUANA DE ARCO, me venían grandes deseos de imitarlas. Me parecía sentir en mi interior el mismo ardor que las había animado a ellas y la misma inspiración celestial.

Por entonces recibí una gracia que siempre he considerado como una de las más grandes de mi vida, ya que en esa edad no recibía las *luces* de que ahora me veo inundada.

Pensé que había nacido para la *gloria*, y, buscando la forma de alcanzarla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de escribir. Me hizo también comprender que mi *gloria* no brillaría ante los ojos de los mortales, sino que consistiría en ¡¡¡llegar a ser una gran *santa*...!!!

Este deseo podría parecer temerario, si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era, y que aún soy después de siete años vividos en religión. No obstante, sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos -que no tengo *ninguno*-, sino en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Sólo él, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará *santa*.

Yo no pensaba entonces que para llegar a la santidad había que sufrir mucho. Dios no tardó en mostrármelo, enviándome las pruebas que he contado antes...

Ahora he de reanudar mi relato en el punto en que lo había dejado.

Tres meses después de mi curación, papá nos llevó de viaje a Alençon. Era la primera vez que volvía allí, y fue muy grande mi alegría al volver a ver los parajes en los que había transcurrido niñez, [32vº] y sobre todo al poder rezar sobre la tumba de mamá y pedirle que me protegiera siempre...

Dios me concedió la gracia de no conocer el mundo, a no ser justo para despreciarlo y alejarme de él. Podría decir que durante mi estancia en Alençon fue cuando hice mi *presentación* en *sociedad*. Todo era alegría y felicidad en torno a mí. Me veía festejada, mimada, admirada. En una palabra, durante quince días mi vida sólo se vio sembrada de flores... Y confieso que aquella vida tenía sus encantos para mí. La Sabiduría tiene mucha razón cuando dice: «El hechizo de las bagatelas del mundo seduce hasta a las mentes sin malicia». A los diez años, el corazón se deja fácilmente deslumbrar. Por eso considero como una gracia muy grande el no haberme quedado en Alençon. Los amigos que teníamos allí eran demasiado mundanos y compaginaban demasiado las alegrías de la tierra con el servicio de Dios. No pensaban lo bastante en la *muerte*, y sin embargo la *muerte* ha venido a visitar a un gran número de personas a las que yo conocí, ¡¡¡jóvenes, ricos y felices!!! Me gusta volver con el pensamiento a los lugares *encantadores* donde vivieron, preguntarme dónde están, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida... Y veo que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol..., y que el *único bien* que vale la pena es amar a Dios con todo el corazón y ser *pobres* de espíritu aquí en la tierra...

Tal vez Jesús quiso mostrarme el mundo antes de hacerme la *primera visita*, para que eligiera más libremente el camino que iba a prometerle seguir.

---

## Primera comunión

La época de mi primera comunión ha quedado grabada en mi corazón como un recuerdo sin nubes. Creo que no podía estar mejor preparada de lo que lo estuve, y mis sufrimientos del alma desaparecieron durante casi un año. Jesús quería darme a gustar la alegría más plena posible en este valle de lágrimas...

[33rº] ¿Recuerdas, Madre querida, el precioso librito que me preparaste<sup>47</sup> tres meses antes de mi primera comunión...? Aquel librito me ayudó a preparar metódica y rápidamente mi corazón; pues si bien es cierto que ya lo venía preparando desde hacía mucho tiempo, era necesario darle un nuevo impulso, llenarlo de *flores nuevas* para que Jesús pudiese descansar a gusto en él...

Todos los días hacía un gran número de prácticas, que eran otras tantas *flores*. Decía también un número todavía mayor de jaculatorias, que tú me habías escrito para cada día en el librito, y esos actos de amor eran los *capullos* de las flores...

Todas las semanas tú me escribías una linda cartita, que me llenaba el alma de pensamientos profundos y me ayudaba a practicar la virtud. Aquella carta era un consuelo para tu pobre hijita, que hacía un *sacrificio tan grande* al aceptar que no fueras tú quien la preparara cada tarde en tu regazo, como lo habías hecho con Celina....

María reemplazó a Paulina. Me sentaba en su regazo y allí escuchaba *con avidez* lo que me decía. Creo que todo su corazón, tan *grande* y tan *generoso*, se volcaba en el mío. Como los grandes guerreros enseñan a sus hijos el oficio de las armas, así me hablaba ella de las *luchas* de la vida y de la palma que se entregará a los vencedores... María me hablaba también de las riquezas inmortales que podemos atesorar fácilmente cada día, y de la desgracia que sería pasar junto a ellas sin querer tomarse la molestia de extender la mano para cogerlas. Luego me enseñaba la forma de ser *santa* por la fidelidad en las cosas más pequeñas. Me dio la hojita «El renunciamento», que yo meditaba con auténtico placer...

¡Y qué elocuente que era mi querida madrina! Me hubiera gustado no ser yo la única que escuchase sus profundas enseñanzas. Me *legaban tan a lo hondo*, que, en mi ingenuidad, pensaba que hasta los más grandes pecadores se habrían conmovido como yo, y que, abandonando sus riquezas percederas, sólo querrían ganar ya [33vº] las del cielo...

Hasta entonces, nadie me había enseñado todavía la forma de hacer oración, a pesar de que tenía muchas ganas. Pero María pensaba que era ya bastante piadosa, y no me dejaba hacer más que mis oraciones.

Un día, una de las profesoras de la Abadía me preguntó qué hacía los días libres cuando estaba sola. Yo le contesté que me metía en un espacio vacío que había detrás de mi cama y que podía cerrar fácilmente con la cortina, y que allí *«pensaba»*. -¿Y en qué piensas?, me dijo. -Pienso, en Dios, en la vida..., en la ETERNIDAD, bueno, *pienso*<sup>48</sup>... La religiosa se rió mucho de mí. Más tarde, le gustaba recordarme aquel tiempo en que yo *pensaba*, y me preguntaba si todavía seguía *pensando*... Ahora comprendo que, sin saberlo, hacía oración y que ya Dios me instruía en lo secreto.

Los tres meses de preparación pasaron rápidamente, y pronto tuve que entrar en ejercicios, y para ello hacerme pensionista interna y dormir en la Abadía.

Me resulta imposible expresar el dulce recuerdo que me dejaron estos ejercicios. Verdaderamente, si había sufrido mucho en el internado, la dicha inefable de aquellos pocos días pasados a la espera de Jesús me compensó abundantemente... No creo que se puedan saborear estas alegrías en otra parte que en las comunidades religiosas.

Como éramos pocas niñas, era fácil ocuparse de cada una en particular, y nuestras profesoras nos prodigaron en esos días unos cuidados verdaderamente maternos. De mí se ocupaban aún más que de las otras. Todas las noches, la primera profesora venía con su linternita a darme un beso en la cama y me demostraba un gran cariño. Una noche, ganada por su bondad, le dije que iba a confiarle un secreto; y sacando misteriosamente mi *precioso librito* de debajo de la almohada, se lo enseñé con los ojos resplandecientes de alegría...

Por la mañana, me resultaba muy divertido ver a todas las alumnas levantarse apenas nos despertaban [34rº], y hacer lo que todas. Pero yo no estaba acostumbrada a arreglarme sola, y María no estaba allí para *rizarme* el pelo. Así que tenía ir tímidamente a presentar mi peine a la profesora encargada del cuarto de tocador, la cual se reía al ver a una jovencita de once años que no sabía arreglarse por sí sola; pero me peinaba, aunque no con la *delicadeza* de María; sin embargo, no me atrevía a *chillar*, como hacía todos los días bajo la *delicada* mano de mi *madrina*...

Durante estos ejercicios pude comprobar que era una niña mimada y rodeada de cariño como pocas en el mundo, sobre todo entre las niñas huérfanas de madre... Todos los días, María y Leonia venían a verme con papá, que me colmaba de caricias. Así que no sufrí por estar lejos de la familia y no hubo nada que oscureciese el hermoso cielo de mis ejercicios.

Escuchaba con mucha atención las pláticas que nos daba el Sr. abate Domin<sup>49</sup>, y hasta escribía un resumen de las mismas. En cuanto a mis propios *pensamientos*, no quise escribir ninguno, segura de que me acordaría bien de ellos, como así fue...

Me gustaba mucho ir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre mis compañeras por un *gran crucifijo* que me había regalado Leonia y que llevaba puesto en el cinturón como los misioneros. Aquel crucifijo despertaba la envidia de las religiosas, que pensaban que, al llevarlo, yo quería imitar a mi *hermana la carmelita*...

¡Y sí, hacia ella volaban mis pensamientos! Yo sabía que *mi Paulina* estaba de ejercicios como yo<sup>50</sup>, no para que Jesús se entregase a ella, sino para entregarse ella a Jesús<sup>51</sup>, y aquella soledad, pasada en la espera, me resultaba por eso doblemente grata...

Recuerdo que una mañana me habían llevado a la enfermería porque tosía mucho (desde mi enfermedad, las profesoras se preocupaban mucho por mi salud: por un ligero dolor de cabeza, o si me veían más pálida que de [34vº] costumbre, me mandaban ya a tomar el aire o a descansar en la enfermería). Vi entrar a mi *Celina querida*; había conseguido permiso para verme, a pesar de estar en ejercicios, para regalarme una estampa que me gustó mucho; era «La florecita del Divino Prisionero». ¡Cómo me gustó recibir este recuerdo de manos de *Celina*...! ¡Cuántos sentimientos de amor no me ha inspirado...!

La víspera del gran día recibí por segunda vez la absolución. La confesión general me dejó una gran paz en el alma, y Dios no permitió que viniera a turbarla ni la más ligera nube.

Por la tarde pedí perdón a *toda la familia*, que fue a verme, pero sólo pude hablar el lenguaje de las lágrimas, pues estaba demasiado emocionada... Paulina no estaba allí,

pero sabía que estaba muy cerca de mí con el corazón. Me había mandado con María un *preciosa estampa*, que no me cansaba de admirar y de hacer admirar a todo el mundo...

Había escrito al P. Pichon para encomendarme a sus oraciones, y diciéndole también que pronto sería carmelita y que entonces él sería mi director espiritual. (Y así ocurrió efectivamente cuatro años más tarde, pues en el Carmelo pude abrirle mi alma...). María me entregó una carta *suya*. ¡Realmente, era feliz...! Todas las alegrías me llegaban juntas. Lo que más me gustó de su carta fue esta frase: «¡Mañana celebraré el santo sacrificio por ti y por Paulina!» El 8 de mayo Paulina y Teresa quedaron más unidas que nunca, pues Jesús parecía fundirlas en una, inundándolas de sus gracias...

Finamente llegó el más hermoso de los días. ¡Qué inefables recuerdos han dejado en mi alma hasta los *más pequeños detalles* de esta jornada de cielo...! El gozoso despertar de la aurora, los besos *respetuosos* y tiernos de las profesoras y de las [35rº] compañeras mayores... La gran sala repleta de *copos de nieve*, con los que nos iban vistiendo a las niñas una tras otra. Y sobre todo, la entrada en la capilla y el precioso canto *matinal* «¡Oh altar sagrado, que rodean los ángeles!»

Pero no quiero entrar en detalles. Hay cosas que si se exponen al aire pierden su perfume, y hay *sentimientos* del *alma* que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin que pierdan su sentido íntimo y celestial. Son como aquella «piedra blanca que se dará al vencedor, en la que hay escrito un nombre nuevo que *sólo conoce* el que la recibe».

¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de *amor*. Me sentía amada, y decía a mi vez: «Te amo y me entrego a ti para siempre».

No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo, Jesús y la pobre Teresita se habían *mirado* y se habían comprendido... Aquel día no fue ya una *mirada*, sino una *fusión*. Ya no eran *dos*: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano. Sólo quedaba Jesús, él era el dueño, el rey. ¿No le había pedido Teresa que le quitara su *libertad*, pues su *libertad* le daba miedo? ¡Se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fuerza divina...!

Su alegría era demasiado grande y demasiado profunda para poder contenerla. Pronto la inundaron lágrimas deliciosas, con gran asombro de sus compañeras, que más tarde comentaban entre ellas: «-¿Por qué lloraba? ¿Habría algo que la atormentaba? -No, sería porque no tenía a su madre a su lado, o a su hermana la carmelita a la que tanto quiere». No comprendían que cuando toda la alegría del cielo baja a un corazón, este corazón *desterrado* no puede soportarlo sin deshacerse en lágrimas...

No, el día de mi primera comunión, no me entristecía la ausencia de mamá: ¿no estaba el cielo [35vº] dentro de mi alma, y no ocupaba en él un lugar mi mamá desde hacía mucho tiempo? Entonces, al recibir la visita de Jesús, recibía también la de mi madre querida, que me bendecía y se alegraba de mi felicidad...

Y no lloraba tampoco la ausencia de Paulina. Qué duda cabe que me habría encantado verla a mi lado, pero hacía mucho tiempo que había aceptado ese sacrificio. Aquel día, sólo la alegría llenaba mi corazón; y yo me unía a mi Paulina, que se estaba entregando de manera irrevocable a Quien tan amorosamente se entregaba a mí...



Por la tarde, fui yo la encargada de pronunciar el acto de consagración a la Santísima Virgen. Era justo que yo, que había sido privada tan joven de la madre de la tierra, *hablase* en nombre de mis compañeras a mi Madre del cielo. Puse toda mi alma al *hablarle* y al consagrarme a ella, como una niña que se arroja en los brazos de su Madre y le pide que vele por ella. Y creo que la Santísima Virgen debió de mirar a su florecita y *sonreírle*. ¿No la había curado ella con su *sonrisa visible...?* ¿No había ella depositado en el cáliz de su florecita a su Jesús, la Flor de los campos y el Lirio de los valles...?

Al atardecer de aquel hermoso día, volví a encontrarme con mi familia de la tierra. Ya por la mañana, después de Misa, había abrazado a *papá* y a todos mis queridos parientes. Pero ahora fue la verdadera reunión. Papá, tomando de la mano a su reinecita, se dirigió al *Carmelo...* Allí vi a mi *Paulina*, convertida en esposa de Cristo. La vi con su velo, blanco como el mío, y con su corona de rosas... ¡Fue una alegría sin amarguras! ¡Esperaba reunirme pronto con ella, y esperar juntas el *cielo!*

No fui insensible a la fiesta de familia que tuvo lugar en aquel atardecer de mi primera comunión. El precioso reloj que me regaló mi rey me gustó muchísimo. Pero mi alegría era serena, y nada vino a turbar mi paz interior.

María me acostó con ella la noche que siguió a aquel hermoso día, pues a los días más radiantes les sigue la oscuridad, y sólo el día de la primera, de la única, [36rº] de la eterna comunión del cielo será un día sin ocaso...

El día siguiente a mi primera comunión fue también un día hermoso, pero estuvo teñido de melancolía. Ni el precioso vestido que María me había comprado, ni todos los regalos que había recibido me llenaban el corazón. Sólo Jesús podía saciarme. Ansiaba el momento de poder recibirle por segunda vez.

Aproximadamente un mes después de mi primera comunión, fui a confesarme para la fiesta de la Ascensión, y me atreví a pedir permiso para comulgar. Contra toda esperanza, el Sr. abate me lo concedió, y tuve la dicha de arrodillarme a la Sagrada Mesa entre papá y María. ¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron las lágrimas con inefable dulzura. Me repetía a mí misma sin cesar estas palabras de san Pablo: «Ya no vivo yo, ¡es Jesús quien vive en mí...!»

A partir de esta comunión, se fue haciendo cada vez mayor mi deseo de recibir al Señor. Obtuve permiso para comulgar en todas las fiestas importantes. La víspera de estos días dichosos, María me ponía al atardecer en su regazo y me preparaba como lo había hecho para mi primera comunión. Recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que probablemente yo no transitaría por ese camino, sino que Dios me llevaría siempre como a una niña...

Al día siguiente, después de comulgar, me volvieron a la memoria las palabras de María. Y sentí nacer en mi corazón un *gran deseo* de *sufrir*<sup>52</sup>, y, al mismo tiempo, la íntima convicción que Jesús me tenía reservado un gran número de cruces. Y me sentí inundada de tan *grandes* consuelos, que los considero como una de las *mayores* gracias de mi vida.

El sufrimiento se convirtió en mi sueño dorado. Tenía un hechizo que me fascinaba, aun sin acabar de conocerlo. Hasta entonces, había sufrido sin *amar* el sufrimiento; a partir de ese día, sentí por él [36v<sup>o</sup>] un verdadero amor.

Sentía también el deseo de no amar más que a Dios y de no hallar alegría fuera de él. Con frecuencia, durante las comuniones, le repetía estas palabras de la Imitación: «¡Oh, Jesús, *dulzura* infinita, cámbiame en *amargura* todos los consuelos de la tierra<sup>53</sup>...!» Esta oración brotaba de mis labios sin esfuerzo y sin dificultad alguna. Me parecía repetirla, no por propia voluntad, sino como una niña que repite las palabras que le inspira un amigo...

Más adelante te diré, Madre querida, cómo tuvo a bien Jesús hacer realidad mi deseo y cómo sólo él fue siempre mi *dulzura* inefable. Si te hablase de ello ahora, tendría que anticipar el relato de mis años de juventud, y aún me quedan por contar muchos detalles de mi vida de niña.

---

## Confirmación

Poco después de mi primera comunión entré de nuevo en ejercicios espirituales para la confirmación<sup>54</sup>. Me preparé con gran esmero para recibir la visita del Espíritu Santo. No entendía cómo no se cuidaba mucho la recepción de este sacramento de *amor*. Normalmente, para la confirmación sólo se hacía un día de retiro. Pero como Monseñor no pudo venir para el día fijado, tuve el consuelo de pasar dos días de soledad. Para distraernos, la profesora nos llevó al Monte Casino<sup>55</sup>, donde cogí a manos llenas *margaritas gigantes* para la fiesta del Corpus.

¡Qué gozo sentía en el alma! Al igual que los apóstoles, esperaba jubilosa la visita del Espíritu Santo... Me alegraba al pensar que pronto sería una cristiana perfecta, y, sobre todo, que iba a llevar eternamente marcada en la frente la cruz misteriosa que traza el obispo al administrar este sacramento...

Por fin, llego el momento feliz. No sentí ningún viento impetuoso al descender el Espíritu Santo, sino más bien aquella *brisa tenue* cuyo susurro escuchó Elías en el monte Horeb...

Aquel día recibí la fortaleza para *sufrir*, ya que pronto iba a comenzar el martirio de mi alma...

[37r<sup>o</sup>] Mi Leonia querida fue la madrina, y estaba tan emocionada, que no dejó de llorar durante toda la ceremonia. Recibió conmigo la sagrada comunión, pues aquel día feliz tuve la dicha de volver a unirme a Jesús.

Pasadas estas fiestas deliciosas e inolvidables, mi vida volvió a la *normalidad*; es decir, tuve que reanudar la vida de pensionista, que tan penosa me resultaba.

Aquellos días que rodearon mi primera comunión, me gustaba convivir con las niñas de mi edad, todas ellas llenas de buena voluntad y decididas, como yo, a tomar en serio la práctica de la virtud. Pero ahora tenía que volver a ponerme en contacto con alumnas muy diferentes, disipadas, que no querían guardar el reglamento, y eso me hacía muy desgraciada.

Yo era de carácter alegre, pero no sabía jugar a los juegos de las niñas de mi edad. Muchas veces, en el recreo, me apoyaba en un árbol y desde allí contemplaba el *espectáculo* sumida en profundas reflexiones.

Había inventado un juego que me gustaba mucho. Consistía en enterrar a los pobres pajaritos que encontrábamos muertos bajo los árboles. Muchas alumnas se animaron a ayudarme, de forma que nuestro cementerio quedó muy bonito, todo plantado de árboles y flores proporcionados al tamaño de nuestros pajaritos.

También me gustaba contar historietas que yo misma inventaba a medida que me iban viniendo a la imaginación. Entonces mis compañeras me rodeaban presurosas, y a veces algunas de las mayores se unían al grupo de las oyentes. Una misma historia solía durar varios días, pues me gustaba hacerla cada vez más interesante a medida que iba viendo en los rostros de mis compañeras la impresión que producía. Pero la profesora no tardó en prohibirme ese oficio de *orador*, pues quería vernos jugar y *correr*, en lugar de *discurrir*...

Retenía con facilidad el sentido de lo que estudiaba, pero me costaba trabajo aprender de memoria. Por eso, el año que precedió a mi primera comunión, pedía [37vº] permiso casi todos los días para estudiar el catecismo durante el recreo. Mi esfuerzos se vieron coronados por el éxito, y fui siempre la primera. Si, por casualidad, perdía ese puesto por una *sola palabra que hubiera olvidado*, mi dolor se exteriorizaba en lágrimas amargas que el Sr. abate Domin no sabía cómo calmar... Estaba muy contento de mí (excepto cuando lloraba) y me llamaba su *doctorcito*, debido a mi nombre de Teresa.

Una vez, la alumna que me seguía no supo hacer a su compañera la pregunta del catecismo<sup>56</sup>. El Sr. abate preguntó en vano a toda la fila de alumnas, hasta llegar a mí, y entonces dijo que quería ver si merecía el primer puesto. Yo, en mi *profunda humildad*, no deseaba otra cosa, y, levantándome, muy segura de mí misma, contesté a lo que se me preguntaba sin cometer ni un solo error, con gran asombro de toda la clase...

Mi interés por el catecismo continuó, después de mi primera comunión, hasta que salí del internado.

Me iba muy bien en los estudios y era casi siempre la primera. En lo que más descollaba era en historia y en redacción. Todas mis profesoras me tenían por una alumna muy inteligente. Pero no sucedía lo mismo en casa de mi tío, donde pasaba por ser una pequeña ignorante, buena y dulce, sí, pero poco capaz y torpe...

No me extraña esa opinión que mis tíos tenían de mí, y que sin duda aún siguen teniendo, pues apenas hablaba y era muy tímida, y cuando escribía, mi *letra* de *gato* y mi ortografía, que no es más que normalita, no eran para *entusiasmar* a nadie...

Verdad es que las pequeñas labores de costura, de bordado y otras por el estilo se me daban bien y a gusto de mis profesoras. Pero la manera *torpe* y desmañada de sujetar la *labor* justificaba la opinión poco favorable que tenían de mí.

Todo esto lo considero como una gracia, pues Dios, que quería mi corazón [38rº] sólo para él, escuchaba ya mi súplica, «cambiándome en amargura todos los consuelos de la tierra»<sup>57</sup>. Y, por cierto, que tenía una gran necesidad de ello, pues no era precisamente

insensible a los elogios. Con bastante frecuencia alababan delante de mí la inteligencia de las demás, pero nunca la mía, por lo que llegué a la conclusión de que no era inteligente, y me resigné a no serlo...

Mi corazón sensible y cariñoso se hubiera entregado fácilmente si hubiera encontrado un corazón capaz de comprenderlo.

Intenté trabar amistad con algunas niñas de mi edad, sobre todo con dos de ellas. Yo las quería, y también ellas me querían a mí en la medida en que *podían*. Pero, ¡¡¡ay, qué *raquítico* y *voluble* es el corazón de las criaturas...!!! Pronto comprobé que mi amor no era correspondido. Una de mis amigas tuvo que irse a su casa, y regresó pocos meses después. Durante su ausencia, yo la *había recordado* y había guardado cuidadosamente un pequeña sortija que me había regalado. Al ver de nuevo a mi compañera, me alegré mucho, pero, ¡ay!, sólo logré de ella una mirada indiferente... Mi amor no era comprendido. Lo sentí mucho, y no quise *mendigar* un cariño que me negaban. Pero Dios me ha dado un corazón tan fiel, que cuando ama a alguien limpiamente, lo ama para siempre; por eso, seguí rezando por mi compañera y aún la sigo queriendo...

Al ver que Celina se había *encariñado* de una de nuestras profesoras, yo quise imitarla; pero como no sabía *ganarme* la simpatía de las criaturas, no pude conseguirlo.

¡Feliz ignorancia, que me ha librado de tantos males...! ¡Cómo le agradezco a Jesús que no me haya hecho encontrar más que «amargura en las amistades de la tierra»! Con un corazón como el mío, me habría dejado atrapar y cortar las alas, y entonces ¿cómo hubiera podido «volar y hallar reposo»? ¿Cómo va a poder unirse íntimamente a Dios un corazón entregado al afecto de las criaturas?<sup>58</sup>.. Pienso que es imposible. Aunque no he llegado a beber de la copa emponzoñada [38v<sup>o</sup>] del amor demasiado ardiente de las criaturas, sé que no me equivoco. ¡He visto a tantas almas volar como pobres mariposas y quemarse las alas, seducidas por esta *luz engañosa*, y luego volver a la verdadera, a la dulce luz del *amor*, que les daba nuevas alas, más brillantes y más ligeras, para poder volar hacia Jesús, ese Fuego divino «que arde sin consumirse»!

¡Sí, lo sé! Jesús me veía demasiado débil para exponerme a la tentación. Tal vez me hubiera dejado quemar toda entera por esa *luz engañosa*, si la hubiera visto brillar ante mis ojos... Pero no fue así. Yo sólo he encontrado amargura donde otras almas más fuertes encuentran alegría y se desasen de ella por fidelidad.

No tengo, pues, ningún mérito por no haberme entregado al amor de las criaturas, ya que sólo la misericordia de Dios me preservó de hacerlo... Reconozco que, sin El, habría podido caer tan bajo como santa María Magdalena, y las profundas palabras de Nuestro Señor a Simón resuenan con gran dulzura en mi alma... Lo sé muy bien: «Al que poco se le perdona, poco ama»<sup>59</sup>. Pero sé también que a mí Jesús me ha *perdonado mucho más* que a *santa María Magdalena*, pues me ha perdonado *por adelantado*, impidiéndome caer.

¡Cómo me gustaría saber explicar lo que pienso...! Voy a poner un ejemplo.

Supongamos que el hijo de un doctor muy competente encuentra en su camino una piedra que le hace caer, y que en la caída se rompe un miembro. Su padre acude enseguida, lo levanta con amor y cura sus heridas, valiéndose para ello de todos los

recursos de su ciencia; y pronto su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. ¡Qué duda cabe de que a ese hijo le sobran motivos para amar a su padre!

Pero voy a hacer otra suposición. El padre, sabiendo que en el camino de su hijo hay una piedra, se apresura a ir antes que él y la retira (sin que nadie lo vea). Ciertamente que el hijo, [39rº] objeto de la ternura previsor de su padre, si DESCONOCE la desgracia de que su padre lo ha librado, no le manifestará su gratitud y le *amará menos* que si lo hubiese curado... Pero si llega a saber el peligro del que acaba de librarse, ¿no lo *amará todavía mucho más?*

Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un *Padre* que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los *justos* sino a los *pecadores*. El quiere que yo le *ame* porque me ha *perdonado*, no mucho, sino *todo*. No ha esperado a que yo le *ame mucho*, como santa María Magdalena, sino que ha querido que YO SEPA hasta qué punto él me ha amado a mí, con un amor de admirable prevención, para que ahora yo le ame a él ¡con *locura*<sup>60</sup>...!

He oído decir que no se ha encontrado todavía un alma pura que haya amado más que un alma arrepentida. ¡Cómo me gustaría desmentir esas palabras...!

---

## Enfermedad de los escrúpulos

Veo que me he alejado mucho del tema, así que me apresuro a volver a él.

El año que siguió a mi primera comunión transcurrió, casi todo él, sin pruebas interiores para mi alma. Pero durante el retiro para la segunda comunión<sup>61</sup> me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos... Hay que pasar por ese martirio para saber lo que es. ¡Imposible decir lo que sufrí durante un año y *medio*...! Todos mis pensamientos y mis acciones, aun los más sencillos, se me convertían en motivo de turbación. La única forma de recobrar la paz era contárselo a María<sup>62</sup>, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a decirle hasta los pensamientos extravagantes que tenía acerca de ella misma. En cuanto soltaba mi carga, disfrutaba por un momento de paz; pero esa paz pasaba como un relámpago, y enseguida volvía a comenzar mi martirio.

¡Cuánta paciencia tuvo que tener mi querida María para escucharme [39vo] sin dar nunca muestras de cansancio...!

Apenas volvía de la Abadía, ya se ponía a rizarme el pelo para el día siguiente (pues, para dar gusto a papá, la reynecita llevaba todos los días el pelo rizado, con gran admiración de sus compañeras, y especialmente de las profesoras, que no veían a niñas tan bien atendidas por sus padres). Durante la sesión, yo no dejaba de llorar, contando todos mis escrúpulos.

Al terminar el año, Celina terminó sus estudios y regresó a casa. Y la pobre Teresa, que tuvo que volver sola al colegio, no tardó en caer enferma. El único atractivo que la retenía en el internado era vivir con su inseparable Celina; sin ella, «su hijita» ya no podía seguir allí...

---

## Señora de Papinau

Salí, pues, de la Abadía a la edad de 13 años, y continué mi educación recibiendo varias clases a la semana en casa de la «Sra. de Papinau»<sup>63</sup>. Era una persona muy buena, y *muy culta*, pero con ciertos aires de solterona. Vivía con su madre, y era una maravilla ver las buenas migas que hacían las tres (pues la *gata* era también de la *familia*, y yo tenía que soportar que ronronease sobre mis cuadernos, e incluso admirar su linda figura).

Tenía la ventaja de vivir en la intimidad de la familia. Como los Buissonnets quedaban demasiado lejos para las piernas ya un poco viejas de mi profesora, había pedido que fuera yo a su casa para las clases.

Cuando llegaba, normalmente no encontraba más que a la anciana señora de Cochain, que me miraba «con sus grandes ojos claros» y luego llamaba con voz serena y juiciosa: «¡Señora de Papinau..., la se...ñorita Te...resa está aquí...!» Su hija le contestaba inmediatamente, con voz *infantil*: «Ya voy, mamá». Y luego empezaba la clase.

Estas clases tenían también la ventaja (además de la instrucción que en ellas recibía) de hacerme conocer el mundo... ¡Quién lo hubiera creído...! En aquella sala, amueblada a la antigua, yo asistía con frecuencia, rodeada de libros y de cuadernos, [40rº] a visitas de toda índole: sacerdotes, señoras, señoritas, etc. La señora de Cochain llevaba la batuta de la conversación todo lo que podía, para que su hija pudiera darme la clase; pero esos días no aprendía apenas nada: con la nariz encima del libro, escuchaba todo lo que decían, e incluso lo que más me valiera no haber escuchado, pues la vanidad se desliza muy fácilmente en el corazón... Una señora decía que yo tenía un pelo precioso; otra, al despedirse, creyendo que yo no la oía, preguntaba quién era aquella muchacha tan bonita. Y esas palabras, tanto más halagadoras cuanto que no se decían delante de mí, dejaban en mi alma una sensación de placer que me demostraba a las claras lo llena de amor propio que yo estaba.

¡Qué lástima me dan las almas que se pierden...! Es tan fácil extraviarse por los senderos floridos del mundo... Ciertamente, para un alma un tanto elevada, la dulzura que él ofrece va mezclada de amargura, y el vacío *inmenso* de los *deseos*<sup>64</sup> nunca podrá llenarse con las alabanzas de un instante... Pero si mi corazón no se hubiese *elevado hacia Dios desde su primer despertar*, si el mundo me hubiese sonreído desde mi entrada en la vida, ¿qué habría sido de mí...?

¡Madre querida, con cuánta gratitud canto las misericordias del Señor...! ¿No me retiró él del mundo, según las palabras de la Sabiduría, «antes que la malicia pervirtiera mi conciencia y que la perfidia sedujera mi alma...»?

También la Santísima Virgen velaba por su florecita, y no queriendo que se marchitase al contacto con las cosas de la tierra, se la llevó a *su montaña* antes de que se abriese su corola... Mientras esperaba la llegada de ese momento feliz, Teresita iba creciendo en el amor a su Madre del cielo, y para demostrarle ese amor hizo *algo* que le *costó mucho* y que voy a contar en pocas palabras a pesar de su *extensión*.

---

## Hija de María

[40vº] Casi inmediatamente después de mi entrada en la Abadía, ingresé en la Congregación de los Santos Angeles. Me gustaban mucho los ejercicios de devoción que en ella se prescribían, pues sentía una especial inclinación a invocar a los bienaventurados espíritus celestiales, y en particular al que Dios me dio para que fuera el compañero de mi destierro .

Poco tiempo después de mi primera comunión, la banda de aspirante a las Hijas de María sustituyó a la de los Santos Angeles, pero abandoné la Abadía sin haber sido recibida en esa congregación de la Santísima Virgen. Como salí antes de terminar los estudios, no se me permitía entrar en ella como antigua alumna. Confieso que ese privilegio no me atraía demasiado; pero pensando que todas mis hermanas habían sido «hijas de María», no quería ser menos hija que ellas de mi Madre del cielo, y fui muy humildemente (a pesar de lo mucho que costaba) a pedir permiso para ingresar en la congregación de la Santísima Virgen, en la Abadía. La primera profesora no quiso negármelo, pero me puso como condición que tenía que venir al colegio dos días a la semana , por la tarde, para demostrar que era digna de ser admitida.

Este permiso, lejos de agradarme, me costó enormemente. Yo no tenía, como las demás alumnas, una *profesora amiga* con quien poder ir a pasar el tiempo. Así es que me conformaba con ir a saludar a la profesora, y luego trabajaba en silencio hasta que terminaba la clase de labores. Nadie se fijaba en mí. Así que subía a la tribuna de la capilla y me estaba allí delante del Santísimo hasta que papá venía a buscarme.

Este era mi único consuelo. ¿No era, acaso, Jesús mi *único amigo*...? No sabía hablar con nadie más que con él. Las conversaciones con las criaturas, incluso las conversaciones piadosas, me cansaban el alma... Sentía que vale más hablar con Dios que [41rº] hablar de Dios, ¡pues se suele mezclar tanto amor propio en las conversaciones espirituales...!

¡Sólo por la Santísima Virgen iba a la Abadía...!

A veces me sentía *sola*, muy sola. Como en los días de mi vida de internado, cuando me paseaba triste y enferma por el enorme patio, yo repetía siempre estas palabras, que hacían renacer siempre la paz y la fuerza en mi corazón: «La vida es tu navío, no tu morada<sup>65</sup>». Cuando era pequeñita, estas palabras me levantaban la moral. Y todavía hoy, a pesar de los años, que hacen que desaparezcan tantos sentimientos de piedad infantil, la imagen del navío sigue cautivando mi alma y la ayuda a soportar el destierro... ¿No dice la Sabiduría que la vida es «como nave que surca las aguas agitadas sin dejar rastro alguno de su travesía...?»

Cuando pienso en estas cosas, mi alma se abisma en el infinito y me parece estar tocando ya las riberas eternas... Me parece estar ya recibiendo el abrazo de Jesús... Creo ver a mi Madre del cielo salirme al encuentro con papá..., con mamá... y con los cuatro angelitos... Creo estar gozando, por fin, para siempre de la verdadera, de la única vida de familia...

---

## Nuevas separaciones

Pero antes de ver a la familia reunida en el *hogar paterno* del cielo, tenía que sufrir aún muchas separaciones.

El mismo año en que fui recibida como hija de la Santísima Virgen, ésta me arrebató a mi querida María<sup>66</sup>, el único sostén de mi alma... María era quien me guiaba, quien me consolaba, quien me ayudaba a practicar la virtud, ella era mi único oráculo. Es cierto que Paulina ocupaba un lugar privilegiado en mi corazón, pero Paulina estaba lejos, muy lejos de mí... Me había costado un verdadero martirio acostumbrarme a vivir sin ella, a ver interpuestos entre ella y yo unos muros infran[41vº]queables, pero al fin había acabado por aceptar la triste realidad: había perdido a Paulina, casi como si se hubiera muerto. Ella me seguía queriendo, sí, y rezaba por mí; pero a mis ojos, *mi Paulina* querida se había convertido en una santa que ya no sabía de las cosas de la tierra, y las miserias de su pobre Teresa, si las conociera, le extrañarían y la llevarían a no quererla tanto... Además, aunque hubiera querido confiarle mis secretos, como en los Buissonnets, no hubiera podido hacerlo, pues las visitas en el locutorio eran sólo para María. Celina y yo no teníamos permiso para entrar más que al *final*, y justo el tiempo para que se nos oprimiese el corazón...

Por eso, no tenía en realidad más que a María, que me era, por así decirlo, indispensable. Sólo a ella le contaba mis escrúpulos; y la obedecía tan ciegamente, que mi confesor nunca llegó a conocer mi vergonzosa enfermedad: yo sólo le decía el número de pecados que María me permitía confesar, ni uno más. Así que podría haber pasado por el alma menos escrupulosa del mundo, a pesar de serlo en sumo grado.

María sabía, pues, todo lo que pasaba en mi alma y conocía también mis deseos del Carmelo; y yo la quería tanto, que no podía vivir sin ella. Todos los años, nuestra tía nos invitaba a ir, turnándonos, a su casa de Trouville. A mí me gustaba mucho ir, pero con María; cuando no la tenía a mi lado, me aburría mucho.

Una vez, sin embargo, me lo pasé bien en Trouville<sup>67</sup>. Fue el año en que papá realizó el viaje a Constantinopla. Para distraernos un poco (pues estábamos muy tristes porque papá estaba tan lejos), María nos mandó a Celina y a mí a pasar quince días en la playa. Yo me divertí mucho, porque tenía conmigo a Celina. Nuestra tía nos daba todos los gustos posibles: paseos en burro, pesca de agujas, etc.

Yo era todavía muy niña [42rº], a pesar de mis doce años y medio. Me acuerdo de la alegría que sentí cuando me puse las preciosas cintas azules que mi tía me regaló para el pelo; y también me acuerdo que me confesé en Trouville de esa complacencia infantil, que me parecía pecado...

Una noche, tuve una experiencia que me abrió mucho los ojos. María (Guérin), que casi siempre estaba enferma, *lloriqueaba* con frecuencia, y entonces mi tía la mimaba y le prodigaba los nombres más tiernos, sin que por eso mi querida primita dejase de lloriquear y de quejarse de que le dolía la cabeza. Yo, que tenía también casi todos los días dolor de cabeza, y no me quejaba, quise una noche imitar a María y me puse a lloriquear echada en un sillón, en un rincón de la sala. Enseguida Juana y mi tía vinieron solícitas a mi lado, preguntándome qué tenía. Yo les contesté, como María: «Me duele la cabeza». Pero al parecer eso de quejarme no se me daba bien, pues no puede convencerlas de que fuese el dolor de cabeza lo que me hacía llorar. En lugar de mimarme, me hablaron como a una persona mayor y Juana me reprochó el que no tuviera



confianza con mi tía, pues pensaba que lo que yo tenía era un problema de conciencia... En fin, salí sin más daño que el haber trabajado en balde y muy decidida a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fábula de «El asno y el perrito<sup>68</sup>». Yo era como el *asno*, que, viendo las caricias que le hacían al *perrito*, fue a poner su pesada pata sobre la mesa para recibir también él su ración de besos. Pero, ¡ay!, si no recibí palos, como el pobre animal, recibí realmente el pago que me merecía, y la lección me curó para toda la vida del deseo de atraer sobre mí la atención de los demás. ¡El único intento que hice para ello me costó demasiado caro...!

Al año siguiente, que fue el de la partida de mi querida madrina, nuestra tía me volvió a invitar, pero en esta ocasión a mí sola, y me encontré tan perdida y tan fuera de lugar, que al [42vº] cabo de dos o tres días caí enferma y tuvieron que llevarme de vuelta a Lisieux<sup>69</sup>. La enfermedad, que temían que fuese grave, no era más que nostalgia de los Buissonnets, y apenas puse los pies en ellos me curé ...

Bien, pues a esa niña iba Dios a arrebatarle el único apoyo que la ataba a la vida...

En cuanto supe la decisión de María, tomé la resolución de no volver a apegar mi corazón a nada en la tierra...

Después de salir del internado, me había instalado en el cuarto de pintura de *Paulina* y lo había arreglado a mi gusto. Era una verdadera leonera, una mezcla de objetos de piedad y curiosidades, un jardín y una pajarera...

Así, por ejemplo, en el fondo destacaba sobre la pared una *gran cruz* de madera negra, sin Cristo, y unos dibujos que me gustaban. En otra pared, una cesta adornada con muselina y con cintas de color rosa con hierbas finas y flores. Finalmente, en la otra pared, campeaba el retrato de *Paulina* a los diez años. Y bajo este retrato tenía una mesa sobre la que estaba colocada una *gran jaula* en la que había encerrados un *gran* número de pájaros cuyo gorjeo melodioso aturdía a los visitantes, pero no a su amita, que los quería mucho...

Tenía también el «mueblecito blanco», repleto de mis libros de texto, cuadernos, etc.; y sobre este mueble tenía colocada una estatua de la Santísima Virgen con floreros siempre llenos de flores naturales y con candeleros; y, todo alrededor, una gran cantidad de imagencitas de santos y santas, cestitas de conchas, cajas de cartulina, etc. Por último, delante de la ventana, mi jardín *colgante*, en el que cuidaba macetas (con las flores más raras que lograba encontrar). Tenía también, en el interior de «mi museo», una jardinera, en la que ponía mi planta favorita...

Frente a la [43rº] ventana, estaba colocada la mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre el tapete, en el medio, tenía puesto un *reloj de arena*, una imagencita de san José, un portarrelojes, cestas de flores, un tintero, etc... Algunas sillas *rotas* y la preciosa cuna de muñecas de *Paulina* completaban mi ajuar.

Realmente, esta pobre buhardilla era un mundo para mí, y, como el Sr. de Maistre, también yo podría componer un libro titulado «Paseo alrededor de mi cuarto». En esta habitación me gustaba pasarme horas enteras, estudiando y meditando ante el hermoso panorama que se abría ante mis ojos...

Al conocer la partida de María, mi *cuarto* perdió para mí todo su encanto. No quería separarme ni un solo instante de la hermana querida que pronto iba a levantar el vuelo... ¡Cuántos actos de paciencia le hice practicar! *Cada vez* que pasaba ante la puerta de su habitación, llamaba hasta que me abría y la besaba con toda el alma; quería hacer provisión de besos para todo el tiempo que iba a verme privada de ellos.

Un mes antes de su entrada en el Carmelo, papá nos llevó a Alençon, pero este viaje estuvo muy lejos de parecerse al primero: todo fue para mí tristeza y amargura. Imposible decir cuántas lágrimas lloré sobre la tumba de mamá porque me había olvidado de llevar un ramillete de acianos que había cogido para ella.

Verdaderamente, en *todo* encontraba motivos para sufrir. Todo lo contrario que ahora, pues Dios me concede la gracia de no abatirme por nada pasajero. Cuando me acuerdo del pasado, mi alma desborda de gratitud al ver los favores que he recibido del cielo. Se ha operado en mí tal cambio, que estoy desconocida... Verdad es que deseaba alcanzar la gracia «de tener un dominio absoluto sobre mis acciones, de ser su dueña y no su esclava<sup>70</sup>». [43v<sup>o</sup>] Estas palabras de la Imitación me llegaban muy a lo hondo, pero, por así decirlo, tenía que comprar con mis deseos esta gracia inestimable. No era todavía más que una niña que no parecía tener otra voluntad que la de los demás, lo cual hacía decir a la gente de Alençon que era débil de carácter...

Fue durante este viaje cuando Leonia entró a prueba en las clarisas<sup>71</sup>. A mí me dolió su *extraña* entrada, pues la quería mucho y no pude darle un abrazo antes de que se fuera.

Nunca olvidaré la bondad y la confusión de nuestro pobre papaíto cuando vino a comunicarnos que Leonia vestía ya el hábito de clarisa... A él, igual que a nosotras, le parecía una cosa muy rara, pero no quería decir nada al ver lo disgustada que estaba María. Nos llevó al convento y allí sentí una *congoja* como nunca la había sentido a la vista de un monasterio. Me produjo el efecto contrario al del Carmelo, donde todo me dilatava el alma... Tampoco me entusiasmó más la vista de las religiosas, y no sentí la menor tentación de quedarme con ellas.

No obstante, nuestra pobre Leonia estaba muy guapa con su nuevo traje. Nos dijo que la miráramos bien a *los ojos*, pues ya no volveríamos a verlos (las clarisas no se dejan ver más que con los ojos bajos). Pero Dios se conformó con dos meses de sacrificio, y Leonia volvió a enseñarnos *sus ojos* azules, muy a menudo bañados en lágrimas...

Al dejar Alençon, yo pensé que Leonia se quedaría con las clarisas, por lo que me alejé de la *triste* calle de la *Media Luna* con el corazón muy apenado. Ya no quedábamos más que tres, y pronto nuestra querida María nos iba también a dejar...

¡El 15 de octubre fue el día de la separación! De la alegre y numerosa familia de los Buissonnets ya sólo quedaban las dos últimas hijas... Las palomas habían huido del nido paterno, y las que aún quedaban hubiesen querido volar tras ellas, pero sus alas [44r<sup>o</sup>] eran aún demasiado débiles para que pudieran levantar el vuelo...

Dios, que quería llamar hacia sí a la más pequeña y más débil de todas, se apresuró a hacerle crecer las alas. El, que se complace en mostrar su bondad y su poder sirviéndose de los instrumentos menos dignos, quiso llamarme a mí antes que a Celina, que sin duda

merecía más que yo este favor. Pero Jesús conocía muy bien mi debilidad, y por eso me escondió a mí primero en las cavernas de la roca.

Cuando María entró en el Carmelo, yo era todavía muy escrupulosa. Como ya no podía confiarme a ella, me volví hacia el cielo. Me dirigí a los cuatro angelitos<sup>72</sup> que me habían precedido allá arriba, pues pensé que aquellas almas inocentes, que nunca habían conocido ni las turbaciones ni los miedos, deberían tener compasión de su pobre hermanita que estaba sufriendo en la tierra.

Les hablé con la sencillez de un niño, haciéndoles notar que, al ser la última de la familia, siempre había sido la más querida y la más colmada de ternuras por mis hermanas, y que si ellos hubieran permanecido en la tierra me habrían dado también sin duda alguna pruebas de cariño... Su partida para el cielo no me parecía una razón suficiente para que me olvidasen; al contrario, ya que se hallaban en situación de disponer de los tesoros divinos, debían tomar de ellos la *paz* para mí y mostrarme así que también en el cielo se sabe amar...

La respuesta no se hizo esperar. Pronto la paz vino a inundar mi alma con sus olas deliciosas, y comprendí que si era amada en la tierra, también lo era en el cielo...

A partir de aquel momento, fue creciendo mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas, y me gusta conversar a menudo con ellos y hablarles de las tristezas del destierro... y de mi deseo de ir pronto<sup>73</sup> a reunirme con ellos en la patria...

---

#### Inicio

---

#### NOTAS AL CAPÍTULO IV

46 Esta afición a la lectura la conservará siempre, pero se concentrará casi exclusivamente en la Sagrada Escritura, san Juan de la Cruz, la Imitación de Cristo (que aprenderá casi de memoria) y algunos autores espirituales, como Arminjon; cf Ms A 83v°; Ms B 1v°; Ms C 25r°.

47 Era un método que proponía para cada día una serie de sacrificios y de breves oraciones, simbolizados en flores y perfumes.

48 Cf PO pp. 548 y ss. Y un recuerdo más antiguo de Celina: «Soñaba con la vida eremítica, y a veces se aislaba (...) detrás de las cortinas de su cama, para hablar con Dios. Tenía entonces siete u ocho años» (PO p. 269).

49 Capellán de las benedictinas y confesor de Teresa en la Abadía. Esas primeras pláticas están sin duda en el origen de su *terrible enfermedad de escrupulos* (cf 39r°).

50 Para su profesión, que estaba prevista para el mismo día (8 de mayo).

51 Hermoso paralelismo entre la eucaristía y la profesión; pero después de su primera comunión, Teresa *se entregará para siempre* (35r°).

52 La reacción de Teresa es asombrosa: *desea el sufrimiento*, pide que se le *cambien en amargura todos los consuelos de la tierra* (36vº). En una palabra, *a partir de ese día, lo elige todo* (cf Ms A 10rº, 30vº; CA 25.7.1; y UC p. 413).

53 *Imitación*, III, 26, 3.

54 El sábado, 14/6/1884, dirigidos por Mons. Hugonin. Celina da fe del extraordinario entusiasmo de Teresa (PO p. 266267).

55 Una pequeña colina en la parte posterior de la huerta de las benedictinas; el Corpus era al día siguiente de la confirmación.

56 Las preguntas y respuestas había que aprenderlas de memoria, y tenían que decirlas de carrerilla, preguntándose unas a otras.

57 De nuevo *Imitación*, III, 26, 3.

58 Cf SAN JUAN DE LA CRUZ: «Y por tanto, el alma que en él [en el ser de la criaturas] pone su afición (...) en ninguna manera podrá unirse (...) con el infinito ser de Dios» (*Subida al Monte Carmelo*, 1,4,4).

59 La palabra *ama*, escrita en grandes caracteres, parece querer salirse de la página.

60 Esa es la característica del amor de Teresa a Jesús; cf Ms A 52vº, 82vº, 83vº; Ms B 3rº, 4rº/vº, 5vº; y siete veces en las Cartas. La letra y los subrayados de todo este párrafo muestran a las claras que Teresa escribe bajo una fuerte emoción, arrastrada por el tema que trata, y en el que está legando algo fundamental para ella.

61 1720/5/1885.

62 Cuenta María: Los escrúpulos «se redoblaban, sobre todo, la víspera de sus confesiones. Venía a contarme todos sus supuestos pecados. Yo trataba de curarla diciéndole que tomaba sobre mí sus pecados, que ni siquiera eran imperfecciones, y no le permitía acusarse más que de dos o tres que yo misma le indicaba. (...) Pronto volvió a inundar su alma la paz» (PO pp. 241242). Ese martirio duró por lo menos año y medio.

63 Una señora de cincuenta y un años. El ritmo de las clases parece haber sido flexible y espaciado.

64 Una expresión análoga en Cta 93 (a propósito de las tentaciones de María Guérin): *Las criaturas son demasiado pequeñas para llenar el vacío inmenso que Jesús ha abierto en ti.*

65 Teresa cita, con un error, un verso de *Réflexion*, poema de Lamartine que al señor Martin le gustaba recitar: «El tiempo es tu navío, no tu morada».

66 El 15/10/1886.

67 Finales de septiembre de 1885, durante el viaje del señor Martin a Constantinopla (cf DR. CADÉOT, *Louis Martin*, pp. 78ss).

68 Fábula de Lafontaine (libro IV, 5).

69 En julio de 1886.

70 *Imitación*, III, 38,1.

71 Leonia entró por una cabezonada en las clarisas de Alençon, amigas de su madre, el 7/10/1886, y salió el 1 de diciembre.

72 Sus hermanitos y hermanitas muertos en temprana edad.

73 Una palabra favorita de Teresa (218 veces en los escritos). Este *pronto* de la impaciencia por ir al cielo se encuentra en todas las épocas en las cartas y en las poesías.

Inicio

## CAPÍTULO V

### DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD

(18861887)

Si el cielo me colmaba de gracias, no era porque yo lo mereciese, pues era aún muy imperfecta. Es cierto que tenía un gran deseo de practicar [44vº] la virtud, pero lo hacía de una manera muy peregrina. He aquí un ejemplo.

Como era la más pequeña, no estaba acostumbrada a arreglármelas yo sola. Celina arreglaba la habitación donde dormíamos las dos juntas, y yo no hacía ni la menor labor de la casa. Después de la entrada de María en el Carmelo, a veces, por agradar a Dios, intentaba hacer la cama, o bien, cuando Celina no estaba, le metía por la noche sus macetas de flores. Como he dicho, hacía esas cosas *únicamente por Dios*, y por tanto no tenía por qué esperar el *agradecimiento* de las criaturas. Pero sucedía todo lo contrario: si Celina tenía la desgracia de no parecer feliz y sorprendida por mis pequeños servicios, yo no estaba contenta y se lo hacía saber con mis lágrimas...

Debido a mi extremada sensibilidad, era verdaderamente insoportable. Si, por ejemplo, sucedía que hacía sufrir involuntariamente un poquito a un ser querido, en vez de sobreponerme y no *llorar*, *lloraba* como una Magdalena, lo cual aumentaba mi falta en lugar de atenuarla, y cuando comenzaba a consolarme de lo sucedido, *lloraba* por *haber llorado*. Todos los razonamientos eran inútiles, y no lograba corregirme de tan feo defecto.

No sé cómo podía ilusionarme con la idea de entrar en el Carmelo estando todavía, como estaba, en *los pañales* de la *infancia*<sup>74</sup>...

Era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme *crecer* en un momento, y ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad<sup>75</sup>. En esa *noche* luminosa que esclarece las delicias de la Santísima Trinidad, Jesús, el dulce *niñito* recién nacido, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz... En esta *noche*, en la que él se hizo *débil* y doliente por mi amor, me hizo a mí *fuerte* y valerosa; me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por así decirlo, «una carrera de gigante».

[45rº] Se secó la fuente de mis lágrimas, y en adelante ya no volvió a abrirse sino muy raras veces y con gran dificultad, lo cual justificó estas palabras que un día me habían dicho: «Lloras tanto en la niñez, que más tarde no tendrás ya lágrimas que derramar...»

Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión.

Volvíamos de la Misa de Gallo, en la que yo había tenido la dicha de recibir al Dios *fuerte* y *poderoso*.

Cuando llegábamos a los Buissonnets, me encantaba ir a la chimenea a buscar mis zapatos. Esta antigua costumbre nos había proporcionado tantas alegrías durante la infancia, que Celina quería seguir tratándome como a una niña, por ser yo la pequeña de la familia... Papá gozaba al ver mi alborozo y al escuchar mis gritos de júbilo a medida que iba sacando las sorpresas de mis *zapatos encantados*, y la alegría de mi querido rey aumentaba mucho más mi propia felicidad.

Pero Jesús, que quería hacerme ver que ya era hora de que me liberase de los defectos de la niñez, me quitó también sus inocentes alegrías: permitió que papá, que venía cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de mis zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que me traspasaron el corazón: «¡Bueno, menos mal que éste es el último año...!»

Yo estaba subiendo las escaleras, para ir a quitarme el sombrero. Celina, que conocía mi sensibilidad y veía brillar las lágrimas en mis ojos, sintió también ganas de llorar, pues me quería mucho y se hacía cargo de mi pena. «¡No bajes, Teresa! -me dijo-, sufrirías demasiado al mirar así de golpe dentro de los zapatos».

Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! Reprimiendo las lágrimas, bajé rápidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazón, cogí los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fui sacando *alegremente* todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recobrado ya su buen humor, y Celina creía estar *soñando* ... Felizmente, era una hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la conservaría ya para siempre...!

[45vº] Aquella *noche* de *luz* comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...

La obra que yo no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi *buena voluntad*, que nunca me había faltado.

Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús *mismo cogió* la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de *almas*, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la *caridad*, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto<sup>76</sup> a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!

---

## La sangre de Jesús

Un domingo<sup>77</sup>, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas...

También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: «¡*Tengo sed!*!». Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la *sed* de *almas*... No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los *grandes pecadores*; *ardía* en deseos de arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado.

---

## Pranzini, mi primer hijo

Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles<sup>78</sup>. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno<sup>79</sup>, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables.

Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí [46rº] a Dios todos los méritos infinitos<sup>80</sup> de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal.

Tampoco quería decírselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que acabé por confiarle mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a *mi pecador*. Yo acepté, agradecida, pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable.

En el fondo de mi corazón yo tenía la plena *seguridad* de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se *confesase* ni diese *muestra alguna de arrepentimiento*, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo «*una señal*» de arrepentimiento...

Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papá nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico «La Croix». Lo abrí apresuradamente, ¿y qué fue lo que vi...? Las lágrimas traicionaron mi emoción y tuve que esconderme... Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el *crucifijo* que le presentaba el sacerdote ¡y *besó* por *tres veces* sus *llagas sagradas*...! Después su alma voló a recibir la sentencia *misericordiosa*<sup>81</sup> de Aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse...

Había obtenido «la señal» pedida, y esta señal era la fiel reproducción de las [46v<sup>o</sup>] gracias que Jesús me había concedido para inclinarme a rezar por los pecadores. ¿No se había despertado en mi corazón la sed de almas precisamente ante las *llagas de Jesús*, al ver gotear su sangre divina? Yo quería darles a beber esa *sangre inmaculada* que los purificaría de sus manchas, ¡¡¡y los labios de «mi *primer hijo*» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...!

A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!»

Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la *sangre* de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su *rocío divino*. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le debía de *beber*, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor...

En poco tiempo Dios supo sacarme del estrecho círculo en el que yo daba vueltas y vueltas sin acertar a salir. Al contemplar ahora el camino que él me hizo recorrer, es grande mi gratitud.

Pero he de reconocer que, si el paso más importante estaba dado, todavía eran muchas las cosas que tenía que dejar.

Mi espíritu, liberado ya de los escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, comenzó a desarrollarse. Yo siempre había amado lo grande, lo bello, pero en esta época me entraron unos deseos enormes de *saber*. No me conformaba con las clases y con los deberes que me ponía mi profesora, y me dediqué a hacer por mi cuenta estudios extras de *historia* y de *ciencias*. Las otras materias me eran indiferentes, pero estos dos campos del saber despertaban todo mi interés. Y así, en pocos meses adquirí más conocimientos que durante todos mis años de estudio.

¡Pero eso no era más que vanidad y aflicción de espíritu...! Me venía con frecuencia a la memoria el capítulo de la Imitación en que se habla de las *ciencias*. Pero, no obstante, yo encontraba la forma de seguir, diciéndome a mí misma que, estando en edad de estudiar, ningún mal había [47r<sup>o</sup>] en hacerlo.

No creo haber ofendido a Dios (aunque reconozco que perdí inútilmente el tiempo), pues sólo le dedicaba un número limitado de horas, que no quería rebasar, a fin de mortificar mi deseo exacerbado de saber...



Estaba en la edad más peligrosa para las chicas. Pero Dios hizo conmigo lo que cuenta Ezequiel<sup>82</sup> en sus profecías: «Al pasar junto a mí, Jesús vio que yo estaba ya en la edad del amor. Hizo alianza conmigo, y fui *suya*... Extendió su manto sobre mí, me lavó con perfumes preciosos, me vistió de bordados y me adornó con collares y con joyas sin precio... Me alimentó con flor de harina, miel y aceite *en abundancia*... Me hice cada vez más hermosa a sus ojos y llegué a ser como una reina...»

Sí, Jesús hizo todo eso conmigo. Podría repetir esas palabras que acabo de escribir y demostrar que todas ellas, una por una, se han realizado en mí; pero las gracias que he referido más arriba son ya prueba suficiente de ello. Sólo voy a hablar del alimento que me dio «*en abundancia*».

---

## La Imitación y Arminjon

Desde hacía mucho tiempo yo me venía alimentando con «la flor de harina» contenida en la Imitación. Este era el único libro que me ayudaba, pues no había descubierto todavía los tesoros escondidos en el Evangelio. Me sabía de memoria casi todos los capítulos de mi querida Imitación, y ese librito no me abandonaba nunca; en verano lo llevaba en el bolsillo, y en invierno en el manguito, era ya una costumbre. En casa de mi tía se divertían mucho a costa de eso, y abriéndolo al azar, me hacían recitar el capítulo que tenían ante los ojos.

A mis 14 años, con mis deseos de saber, Dios pensó que era necesario añadir a «la flor de harina miel y aceite en abundancia». Esa miel y ese aceite me los hizo encontrar en las charlas del Sr. abate Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura. Este libro se lo habían prestado a papá mis queridas carmelitas; por eso, contra mi [47v<sup>o</sup>] costumbre (pues yo no leía los libros de papá), le pedí permiso para leerlo.

Esa lectura fue también una de las mayores gracias de mi vida. La hice asomada a la ventana de mi cuarto de estudio, y la impresión que me produjo es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla...

Todas las grandes verdades de la religión y los misterios de la eternidad sumergían mi alma en una felicidad que no era de esta tierra... Vislumbraba ya lo que Dios tiene reservado para los que le aman (pero no con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón). Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción con los insignificantes sacrificios de la vida, quería *amar, amar apasionadamente* a Jesús y darle mil muestras de amor mientras pudiese...

Copié varios pasajes sobre el amor perfecto y sobre la acogida que Dios dispensará a sus elegidos cuando *él mismo* sea su grande y eterna recompensa. Y repetía sin cesar las palabras de amor que habían abrasado mi corazón...

Celina se había convertido en la confidente íntima de mis pensamientos. Desde la noche de Navidad ya podíamos comprendernos: la diferencia ya no existía, pues yo había crecido en estatura<sup>83</sup>, y sobre todo en gracia.

Anteriormente a esta época, yo me quejaba con frecuencia de no conocer los secretos de Celina; ella me contestaba que yo era demasiado pequeña, y que tendría que crecer la altura de un taburete para que pudiese tener confianza en mí... A mí me gustaba subirme a aquel precioso taburete cuando estaba junto a ella, y le decía que me hablase íntimamente; pero la treta no me daba resultado, la distancia nos seguía separando...

Jesús, que quería hacernos progresar juntas, formó en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo *hermanas del alma*. Se hicieron realidad en nosotras las palabras del Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz<sup>84</sup> (cuando la esposa exclama, hablando al Esposo):

«A zaga de tu huella,  
las jóvenes discurren al camino,  
al toque de [48r<sup>o</sup>] centella,  
al adobado vino,  
emisiones de bálsamo divino».

Sí, seguíamos muy ligeras las huellas de Jesús. Las centellas de amor que él sembraba a manos llenas en nuestras almas y el vino fuerte y delicioso que nos daba a beber hacían desaparecer de nuestra vista las cosas pasajeras, y de nuestros labios brotaban emisiones de amor inspiradas por él.

¡Qué dulces eran las conversaciones que todas las noches teníamos en el mirador! Con la mirada hundida en la lejanía, contemplábamos la blanca luna que se elevaba lentamente por detrás de los altos árboles... y los reflejos plateados que derramaba sobre la naturaleza dormida, las brillantes estrellas que titilaban en el azul profundo..., el soplo ligero de la brisa nocturna que hacía flotar las nubes de nieve. Y todo elevaba nuestras almas hacia el cielo, del que no contemplábamos todavía más que «el límpido reverso»...

No sé si me equivoco, pero creo que la expansión de nuestras almas se parecía a la de santa Mónica y su hijo, cuando en el puerto de Ostia caían los dos sumidos en éxtasis a la vista de las maravillas del creador...

Me parece que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos. Como dice la Imitación, a veces Dios se comunica en medio de un fuerte resplandor, a veces «tenuemente velado, bajo sombras y figuras»<sup>85</sup>. De esta manera se dignaba manifestarse a nuestra alma, ¡pero qué *fino* y *transparente* era el velo que ocultaba a Jesús de nuestras miradas...! No había lugar para la duda, ya no eran necesarias la fe ni la esperanza: el *amor* nos hacía encontrar en la tierra al que buscábamos. «Al encontrarlo solo en la calle, nos besó, para que en adelante nadie pudiera despreciarnos».

Gracias tan grandes no podían quedar sin frutos, y éstos fueron abundantes. La práctica de la virtud se nos hizo dulce y natural. Al principio, mi rostro delataba muchas veces el combate, pero poco a poco esa impresión fue desapareciendo y la renuncia se me hizo fácil, incluso desde el primer momento. Ya lo dijo Jesús: «Al [48v<sup>o</sup>] que tiene se le dará, y tendrá de sobra». Por una gracia acogida con fidelidad, me otorgaba cantidad de gracias nuevas...

Se entregaba a mí en la sagrada comunión con mucha más frecuencia de la que yo me hubiera atrevido a esperar. Yo tenía como norma de conducta comulgar todas las veces que el confesor me lo permitiera, sin fallar una sola vez, pero dejando que fuese él quien decidiese cuántas, sin pedírselo nunca yo. En esa época no tenía la *audacia* que ahora tengo; de haberla tenido, hubiera actuado de distinta manera, pues estoy convencida de que un alma debe decir a su confesor el deseo que siente de recibir a su Dios. El no baja del cielo *un día y otro día* para quedarse en un copón dorado<sup>86</sup>, sino para encontrar otro cielo que le es infinitamente más querido que el primero: el cielo de nuestra alma, creada a su imagen y templo vivo de la adorable Trinidad...

Jesús, que veía mis deseos y la rectitud de mi corazón, permitió que mi confesor me dijese que durante el mes de mayo comulgase cuatro veces por semana; y cuando pasó ese hermoso mes, todavía añadió una quinta más cada vez que cayese alguna fiesta. Al salir del confesonario, brotaron de mi ojos lágrimas muy dulces. Me parecía como si Jesús mismo quisiera entregarse a mí, pues echaba muy poco tiempo para confesarme y nunca dije ni una palabra acerca de mis sentimientos interiores.

El camino por el que iba eran tan recto y luminoso, que no necesitaba más guía que a Jesús... Comparaba a los directores a espejos fieles que reflejaban a Jesús en las almas, y decía que en mi caso Dios no se servía de intermediarios, sino que actuaba directamente él...

---

### **Deseos de entrar en el Carmelo**

Cuando un jardinero rodea de cuidados a una fruta que quiere que madure antes de tiempo, no es para dejarla colgada en el árbol, sino para presentarla en una mesa ricamente servida. Con parecida intención [49r<sup>o</sup>] prodigaba Jesús sus gracias a su florecita... El, que en los días de su vida mortal exclamó en un transporte de alegría: «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla», quería hacer resplandecer en mí su misericordia. Porque yo era débil y pequeña, se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las *cosas* de su *amor*. Si los sabios que se pasan la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme, se hubieran quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu...

Como dice san Juan de la Cruz en su Cántico:

«Sin otra luz ni guía  
sino la que en el corazón ardía.  
Aquesta me guiaba  
más cierto que la luz del mediodía  
adonde me esperaba  
quien yo bien me sabía<sup>87</sup>».

Ese lugar era el Carmelo. Pero antes de «sentarme a la sombra de Aquel a quien deseaba», tenía que pasar por muchas pruebas. Pero la llamada divina era tan

apremiante, que si hubiera tenido que *pasar* entre *llamas*, lo habría hecho por ser fiel a Jesús...

*Sólo* encontré *un alma* que me animase en mi vocación: la de mi *Madre querida*... Mi corazón encontró en el suyo un eco fiel; y sin ella, yo no habría llegado en modo alguno a la ribera bendita que la había acogido a ella cinco años antes en su suelo impregnado del rocío celestial...

Sí, hacía cinco años que yo estaba separada de ti, *Madre querida*, y creía que te había perdido. Pero en el momento de la prueba fue tu mano la que me indicó el camino que debía seguir... Necesitaba ese consuelo, pues las visitas al locutorio del Carmelo me resultaban cada vez más penosas; no podía hablar de mis deseos de entrar, sin verme rechazada. María pensaba que era demasiado joven y hacía todo lo posible por impedirme entrar; y tú misma, Madre, a fin de probarme, tratabas a veces de moderar mi entusiasmo [49vº]. En fin, que si no hubiese tenido verdadera vocación, me hubiera vuelto atrás desde el primer momento, pues en cuanto empecé a responder a la llamada de Jesús me encontré con obstáculos.

No quise hablarle a Celina de mis deseos de entrar tan joven en el Carmelo, y eso aumentó mi sufrimiento, pues me resultaba muy difícil ocultarle nada... Pero este sufrimiento no duró mucho, pues pronto mi hermanita querida se enteró de mi determinación, y, lejos de intentar disuadirme, aceptó con un valor admirable el sacrificio que Dios le pedía; para entender cuán grande era ese sacrificio, habría que saber hasta qué punto estábamos unidas...

Una misma alma, por así decirlo, nos hacía vivir. Desde hacía algunos meses, disfrutábamos juntas de la vida más dulce que unas jóvenes puedan soñar. Todo alrededor de nosotras respondía a nuestros gustos. Teníamos una gran libertad. En una palabra, yo solía decir que nuestra vida era en la tierra el *ideal* de la *felicidad*...

Pero apenas habíamos comenzado a saborear este *ideal* de la *felicidad*, tuvimos que renunciar libremente a él, y mi querida Celina no se rebeló ni por un instante.

Sin embargo, podría haberse quejado, ya que Jesús no la llamaba a ella la primera... Tenía la misma vocación que yo, por lo cual le tocaba a ella partir antes... Pero así como, en tiempos de los mártires, los que quedaban en la cárcel daban gozosos el beso de paz a sus hermanos que partían primero para combatir en la arena, y se consolaban pensando que tal vez a ellos se les reservaba para combates todavía mayores, igualmente *Celina* dejó alejarse a su Teresa y se quedó sola para el glorioso y sangriento combate al que Jesús la tenía destinada como *privilegiada* de su *amor*...

Celina, pues, se convirtió en confidente de mis luchas y de mis sufrimientos, y tomó en ellos tanta parte como si se hubiera tratado de su propia vocación. De parte de ella no temía yo ninguna oposición.

---

## Confidencia a mi padre

Lo que no sabía era qué medio emplear para decírselo a papá... ¿Cómo hablarle de separarse de su reina, a él que acababa de sacrificar a sus tres hijas mayores<sup>88</sup>...?

¡Cuántas luchas interiores no tuve que sufrir antes [50rº] de sentirme con ánimos para hablar...! Sin embargo, tenía que decidirme. Yo iba cumplir catorce años y medio, y sólo seis meses nos separaban de la hermosa *noche* de *Navidad*, en que había decidido ingresar a la misma hora en que el año anterior había recibido «mi gracia».

Escogí el día de *Pentecostés* para hacerle a papá mi gran confianza. Todo el día estuve suplicando a los santos apóstoles que intercedieran por mí y que me inspiraran ellos las palabras que habría de decir... ¿No eran ellos, en efecto, quienes tenían que ayudar a aquella niña tímida que Dios tenía destinada a ser apóstol de apóstoles por medio de la oración y el sacrificio...?

Hasta por la tarde, al volver de Vísperas, no encontré la ocasión de hablar a mi papaíto querido. Había ido a sentarse al borde del aljibe, y desde allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol, cuyos rayos habían perdido ya su ardor, doraba las copas de los altos árboles, en los que los pajarillos cantaban alegres su oración de la tarde.

El hermoso rostro de papá tenía una expresión celestial. Comprendí que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos bañados ya en lágrimas. Me miró con ternura, y cogiendo mi cabeza la apoyó en su pecho, diciéndome: »¿Qué te pasa, reíncita... Cuéntamelo...» Luego, levantándose, como para disimular su propia emoción, echó a andar lentamente, manteniendo mi cabeza apoyada en su pecho.

A través de las lágrimas, le confié mi deseo de entrar en el Carmelo, y entonces sus lágrimas se mezclaron con las mías; pero no dijo ni una palabra para hacerme desistir de mi vocación. Simplemente se contentó con hacerme notar que yo era todavía muy joven para tomar una decisión tan grave.

Pero yo defendí tan bien mi causa, que papá, con su modo de ser sencillo y recto, quedó pronto convencido<sup>89</sup> de que mi deseo era el de Dios; y con su fe profunda, me dijo que Dios le hacía un gran honor al pedirle así a sus hijas.

Seguimos paseando un largo rato. Mi corazón, confortado por la bondad con que aquel padre incomparable había acogido mis confianzas, [50vº] se volcó dulcemente en el suyo. Papá parecía gozar de esa alegría serena que da el sacrificio consumado. Me habló como un santo, y me gustaría acordarme de sus palabras para transcribirlas aquí, pero sólo conservo de ellas un recuerdo demasiado perfumado para poderlo expresar.

De lo que sí me acuerdo perfectamente es de la acción *simbólica* que mi querido rey realizó sin saberlo. Acercándose a un muro poco elevado, me mostró unas *floreçillas blancas*, parecidas a lirios en miniatura ; y tomando una de aquellas flores, me la dio, explicándome con cuánto esmero Dios la había hecho nacer y la había conservado hasta aquel día. Al oírle hablar, me parecía estar escuchando mi propia historia, tanta semejanza había entre lo que Jesús había hecho con aquella *floreçilla* y con *Teresita* ...

Recibí aquella flor como una reliquia, y observé que, al querer cogerla, papá había arrancado todas sus *raíces* sin troncharlas, como si estuviera destinada a seguir viviendo en otra tierra más fértil que el blando musgo en el que habían transcurrido sus primeras alboradas... Era exactamente lo mismo que papá acababa de hacer conmigo poco antes

al permitirme subir a la montaña del Carmelo y abandonar el dulce valle testigo de mis primeros pasos por la vida.

Puse mi florecita blanca en mi libro de la Imitación, en el capítulo titulado: «Del amor a Jesús sobre todas las cosas», y todavía sigue allí. Sólo el tallo se ha roto muy cerca de la raíz, y Dios parece decirme con eso que pronto romperá los lazos de su florecita y que no la dejará marchitarse en la tierra.

Una vez obtenido el consentimiento de papá, pensé que podría volar ya sin temor alguno hacia el Carmelo. Pero muchos y muy dolorosos contratiempos debían aún someter a prueba mi vocación.

---

### **Mi tío cambia de opinión**

Cuando fui a comunicarle a mi tío la decisión que había tomado, lo hice temblando<sup>90</sup>. Me prodigó las mayores muestras de ternura, pero no me dio permiso para irme; al contrario, me prohibió [51r<sup>o</sup>] hablarle de mi vocación antes de cumplir los 17 años. Era un atentado a la prudencia humana, decía, dejar entrar en el Carmelo a una niña de 15 años. Siendo la vida de las carmelitas a los ojos del mundo una vida propia de filósofos, sería hacer un grave daño a la religión permitir que la abrazase una niña sin experiencia... Todo el mundo hablaría, etc... etc... Hasta llegué a decir que para decidirle a dejarme partir haría falta un *milagro*.

Vi claro que todos mis razonamientos serían inútiles, así que me fui con el corazón sumido en la más profunda amargura.

Mi único consuelo era la oración. Suplicaba a Jesús que hiciese el *milagro* que exigía mi tío, ya que sólo a ese precio podría yo responder a su llamada.

Pasó bastante tiempo<sup>91</sup> hasta que me atreví a volver a hablarle a mi tío; me costaba horrores ir a su casa. El, por su parte, no parecía pensar ya en mi vocación; pero supe más tarde que mi enorme tristeza lo predispuso mucho a mi favor.

Antes de hacer brillar en mi alma un rayo de esperanza, Dios quiso enviarme un martirio sumamente doloroso, que duró *tres días*<sup>92</sup>. Nunca como en aquella prueba comprendí de bien el dolor de la Santísima Virgen y de san José mientras buscaban al divino Niño Jesús... Me encontraba en un triste desierto, o, mejor, mi alma parecía un frágil esquiife, abandonado sin piloto a merced de las olas tempestuosas...

Lo sé, Jesús estaba allí, dormido en mi barquilla; pero la noche era tan negra, que me era imposible verle. Ni una luz. Ni siquiera un relámpago que viniese a surcar las sombrías nubes... Es cierto que es muy triste el resplandor de los relámpagos; pero, al menos, si la tormenta hubiese estallado abiertamente, habría podido ver por un momento a Jesús... Pero era la *noche*, la noche profunda del alma... Y como Jesús en el huerto de la agonía, me sentía *sola*, sin encontrar consuelo alguno ni en la tierra ni en el cielo. ¡¡¡Como si el mismo Dios me hubiese abandonado...!!!

La naturaleza parecía participar también de mi amarga tristeza: durante esos tres días, el sol no hizo brillar ni uno de [51v<sup>o</sup>]sus rayos y la lluvia cayó a torrentes. (He observado que

en todas las ocasiones importantes de mi vida la naturaleza ha sido como una imagen de mi alma. En los días de lágrimas el cielo lloraba conmigo; en los días de alegría el cielo enviaba con profusión sus alegres rayos y ni una sola nube oscurecía el cielo azul...)

Por fin, al cuarto día, que era *sábado*, día dedicado a la dulce Reina del cielo, fui a ver a mi tío. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al ver que me miraba y que me hacía entrar en su despacho sin que yo le hubiese manifestado deseo alguno de hacerlo...! Empezó dirigiéndome tiernos reproches por portarme con él como si le tuviera miedo, y luego me dijo que no hacía falta pedir un *milagro*: que él sólo había pedido a Dios que le diera «una simple inclinación del corazón», y que había sido escuchado...

Ya no sentí la tentación de pedir un *milagro*, pues para mí el *milagro ya estaba concedido*: mi tío no era el mismo.

Sin hacer la menor alusión a la «prudencia humana», me dijo que yo era una florecita que Dios quería cortar, y que él no seguiría oponiéndose a ello...

Esta respuesta definitiva era realmente digna de él. Por tercera vez, este cristiano de otros tiempos permitía que una de las hijas adoptivas de su corazón fuera a sepultarse lejos del mundo.

También mi tía fue admirable por su ternura y su prudencia. No recuerdo que, durante el tiempo de mi prueba, me haya dicho una sola palabra que pudiera aumentarla. Yo veía que le daba mucha pena su pobre Teresita. Por eso, cuando obtuve el consentimiento de mi tío, también ella me dio el suyo, aunque no sin hacerme ver de mil maneras que mi partida le iba a costar mucho... ¡Ay, qué lejos estaban nuestros queridos parientes de sospechar [52rº] entonces que tendrían que renovar otras dos veces ese mismo sacrificio...! Pero Dios, al tender la *mano* para seguir pidiendo, no la presentó *vacía*: sus amigos más queridos pudieron beber en ella, y con abundancia, la fuerza y el valor que tanto necesitaban...

Pero mi corazón me ha llevado muy lejos del tema; vuelvo a él casi a disgusto.

Después de la respuesta de mi tío, ya comprenderás, Madre mía, [51vº sigue] con qué alegría emprendí el camino de regreso a los Buissonnets bajo «un *hermoso cielo* en el que las nubes se habían disipado por completo»...

También en mi alma había cesado la noche. Jesús, despertándose, me había devuelto la alegría, el ruido de la olas se había calmado. En lugar del viento de la prueba, henchía mi vela una brisa ligera, y yo creía que pronto llegaría a la *ribera* bendita que ya divisaba muy cerca de mí. Y esa ribera estaba, en efecto, muy cerca de mi barquilla; pero aún debía levantarse *más* de una *tormenta*, que ocultaría a su vista el faro luminoso, haciéndole temer que se había alejado para siempre de la playa tan ardientemente deseada...

---

## Oposición del superior

Pocos días después de haber conseguido el consentimiento de mi tío, fui a verte, Madre querida, y te hablé de mi alegría por que todas mis pruebas hubiesen ya pasado. Pero

¡cuáles no fueron mi sorpresa y mi aflicción al oírte decir que [52rº] el Superior no permitía que entrara antes de los 21 años...!

Nadie había pensado en esta oposición, la más invencible de todas. Sin embargo, sin desanimarme, yo misma fui con papá y con Celina a ver a nuestro Padre, para intentar conmovérle haciéndole ver que tenía verdadera vocación de carmelita.

Nos recibió con gran frialdad. Y por más que mi *incomparable* papáito unió sus instancias a las mías, nada pudo hacerle cambiar de parecer. Me dijo que no había ningún peligro en esperar, que yo podía llevar vida de carmelita en mi casa, que no estaría todo perdido porque no me diera disciplina, etc... etc... Por último, añadió que él no era más que el *delegado de Monseñor*, y que si éste quería permitirme entrar en el Carmelo, él no tendría nada que decir...

Salí de la rectoral hecha un mar de *lágrimas*; gracias a Dios, estaba escondida bajo el paraguas, pues la *lluvia* caía torrencialmente.

Papá no sabía cómo consolarme... Me prometió llevarme a Bayeux en cuanto se lo pedí, pues estaba decidida a *conseguir mi propósito*. Llegué incluso a decir que iría hasta el *Santo Padre*, si Monseñor no quería permitirme entrar en el Carmelo a los 15 años...

Muchas cosas pasaron antes del viaje<sup>93</sup> a Bayeux. Exteriormente, mi vida parecía la misma. Seguía estudiando, Celina me daba clases de dibujo, y mi experta profesora encontraba en mí muchas cualidades para su arte.

Sobre todo, crecía en el amor de Dios. Sentía en mi corazón unos ímpetus que hasta entonces no conocía. A veces tenía verdaderos trasportes de amor. Una noche, no sabiendo cómo decirle a Jesús que le amaba y cómo deseaba que fuese amado y glorificado en todas partes, pensé con dolor que él nunca podría recibir en el infierno un solo acto de amor; y entonces le dije a Dios que, por agradarle, aceptaría gustosa verme sumergida allí, a fin de que fuese *amado* eternamente en ese lugar de blasfemias... Yo sabía bien que eso no podía glorificarle, porque él sólo desea nuestra felicidad. Pero cuando se [52vº] ama, una siente necesidad de decir mil locuras.

Si hablaba de esa manera, no era porque el cielo no atrajera mis deseos, sino porque en aquel entonces mi único cielo era el amor, y sentía, como san Pablo, que nada podría apartarme del objeto divino que me había hechizado...

Antes de abandonar el mundo, Dios me concedió el consuelo de contemplar de cerca las *almas* de los *niños*. Al ser la más pequeña de la familia, nunca había tenido esta suerte. He aquí las tristes circunstancias que me la depararon.

Una buena mujer, pariente de nuestra sirvienta, murió en la flor de la edad, dejando tres niños muy pequeños. Durante su enfermedad, trajimos a nuestra casa a las dos niñas pequeñas, la mayor de las cuales no tenía todavía seis años. Yo me encargaba de cuidarlas durante todo el día, y era para mí un auténtico placer ver con qué candor creían todo lo que les decía. Tiene que dejar el santo bautismo en las almas un germen muy profundo de las virtudes teologales, ya que aparecen ya desde la infancia, y basta la esperanza de los bienes futuros para hacerles aceptar los sacrificios.



Cuando quería ver a mis dos niñas haciendo buenas migas entre ellas, en vez de prometer juguetes o bombones a la que cediese primero, les hablaba de las recompensas eternas que el Niño Jesús daría en el cielo a los niñitos buenos. La mayor, cuya razón empezaba ya a despertarse, me miraba con ojos resplandecientes de alegría, me hacía mil preguntas encantadoras sobre el Niño Jesús y su hermoso cielo, y me prometía entusiasmada ceder siempre ante su hermana. Y me decía que jamás en la vida olvidaría lo que la «gran señorita», como ella me llamaba, le había enseñado...

Viendo de cerca a estas almas inocentes, comprendí la desgracia que supone el no formarlas bien desde su mismo despertar, cuando se asemejan a la cera blanda sobre la que se puede dejar grabada la huella de las virtudes, pero también la huella del mal... Comprendí lo que dice Jesús en el Evangelio: «Mejor sería ser arrojado al mar que escandalizar a uno solo de estos pequeños».

[53rº] ¡Cuántas almas llegarían a la santidad si fuesen bien dirigidas...!

Sé muy bien que Dios no tiene necesidad de nadie para realizar su obra. Pero así como permite a un hábil jardinero cultivar plantas delicadas y le da para ello los conocimientos necesarios, reservándose para sí la misión de fecundarlas, de la misma manera quiere Jesús ser ayudado en su divino cultivo de las almas.

¿Qué ocurriría si un jardinero desmañado no injertase bien los árboles? ¿Si no conociese bien la naturaleza de cada uno de ellos y se empeñase en hacer brotar rosas de un melocotonero...? Haría morir al árbol, que, sin embargo, era bueno y capaz de producir frutos.

De la misma manera hay que saber reconocer desde la infancia lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin acelerarla ni frenarla nunca.

Como los pajaritos aprender a *cantar* escuchando a sus padres, así los niños aprenden la ciencia de las virtudes, el *canto* sublime del amor de Dios, de las almas encargadas de formarles para la vida.

Recuerdo que entre mis pájaros tenía un canario que cantaba de maravilla. Tenía también un pardillo al que le prodigaba cuidados verdaderamente *maternales* porque lo había adoptado antes que pudiese gozar la dicha de la libertad. Este pobre prisionerito no tenía padres que le enseñasen a cantar, pero como oía de la mañana a la noche a su compañero el canario lanzar sus alegres trinos, quiso imitarlo... Empresa difícil para un pardillo, por lo que a su dulce voz le costó mucho acordarse a la voz vibrante de su profesor de música. Era asombroso ver los esfuerzos que hacía el pobrecito, pero al fin se vieron coronados por el éxito, pues su canto, aunque un poco más apagado, era absolutamente idéntico al del canario.

[53vº] ¡Madre mía querida! Tu fuiste quien me enseñó a mí a cantar... Tu voz me cautivó desde la infancia, y ahora ¡¡¡me encanta oír decir que me parezco a ti!!! Sé cuánto me falta para ello, pero, a pesar de mi debilidad, espero cantar eternamente el mismo cántico que tú...

Antes de mi entrada en el Carmelo, tuve también otras muchas experiencias sobre la vida y las miserias del mundo. Pero esos detalles me llevarían demasiado lejos. Voy a reanudar el relato de mi vocación.

---

## Viaje a Bayeux

El 31 de octubre fue el día fijado para mi viaje a Bayeux. Partí sola con papá, con el corazón henchido de esperanza, pero también muy emocionada al pensar que iba a presentarme al obispo. Por primera vez en mi vida iba a hacer un visita sin que me acompañaran mis hermanas, ¡y esta visita era nada menos que a un *obispo*<sup>94</sup>! Yo, que nunca hablaba, a no ser para contestar a las preguntas que me hacían, tenía que explicar por mí misma el motivo de mi visita y exponer las razones que me movían a solicitar la entrada en el Carmelo. En una palabra, iba a tener que demostrar la solidez de mi vocación.

¡Cuánto me costó hacer ese viaje! Tuvo que concederme Dios una gracia muy especial para que pudiera vencer mi gran timidez... Aunque también es verdad que «para el amor nada hay imposible, porque todo lo cree posible y permitido»<sup>95</sup>. Y realmente sólo el amor de Jesús podía hacerme vencer aquellas dificultades y las que vendrían más tarde, pues quiso hacerme comprar mi vocación a costa de pruebas muy grandes...

Hoy, que gozo de la soledad del Carmelo (descansando a la sombra de Aquel a quien tan ardientemente deseé), creo que he comprado mi dicha a muy bajo precio y estaría dispuesta a soportar sufrimientos mucho mayores para alcanzarla si aún no la tuviese.

Cuando llegamos a Bayeux, *llovía* a cántaros. Papá, que no quería ver a su reinecita entrar en el obispado con su *hermoso vestido* hecho una sopa, la hizo subir a un ómnibus que nos llevó a la catedral. Allí comenzaron mis desgracias.

Monseñor, con todo su presbiterio, estaba asistiendo a un solemne funeral. La iglesia estaba llena de señoras vestidas de luto, y todo el mundo me miraba a mí con mi [54r<sup>o</sup>] vestido claro y mi sombrero blanco. Hubiera querido salir de la iglesia, pero no había ni que pensarlo a causa de la lluvia. Y para humillarme más todavía, Dios permitió que papá, con su sencillez patriarcal, me hiciese pasar hasta el fondo de la catedral; yo, por no disgustarlo, obedecí de buen grado y ofrecí aquella distracción a los habitantes de Bayeux, a los que deseaba no haber conocido en mi vida...

Por fin pude respirar tranquila en una capilla que había detrás del altar mayor, y allí me quedé un largo rato rezando con fervor, en espera de que la lluvia cesase y nos dejase salir.

Al salir, papá me hizo admirar la belleza del edificio, que al estar vacío parecía mucho mayor. Pero a mí sólo una idea me ocupaba el pensamiento, y no podía encontrarle gusto a nada.

Fuimos directamente a ver al Sr. Révérony<sup>96</sup>, que estaba informado de nuestra llegada y que había fijado él mismo la fecha del viaje; pero estaba ausente. Así que tuvimos que andar errando por las calles, que me parecieron *muy tristes*.

Por fin, volvimos cerca del obispado, y papá me llevó a un hotel en el que no hice honor al buen cocinero.

Mi pobre papaíto me demostraba una ternura casi increíble. Me decía que no me preocupase, que seguro que Monseñor me concedería lo que iba a pedirle.

Después de descansar un poco, volvimos en busca del Sr. Révérony. Llegó al mismo tiempo que nosotros un señor, pero el Vicario general le pidió cortésmente que esperara y nos hizo entrar a nosotros primero en su despacho (el pobre señor tuvo tiempo de aburrirse, pues nuestra visita fue larga).

El Sr. Révérony se mostró muy amable, pero creo que le sorprendió mucho el motivo de nuestro viaje. Después de mirarme sonriente y de hacerme algunas preguntas, nos dijo: «Voy a presentarles a Monseñor, tengan la bondad de acompañarme». Y al ver brillar lágrimas en mis ojos, añadió: «¡Pero bueno!, estoy viendo diamantes... ¡No podemos enseñárselos a Monseñor...!»

Nos hizo atravesar varios aposentos muy amplios, adornados [54vº] con retratos de obispos. Viéndome en aquellos enormes salones, me sentía como una pobre hormiguita y me preguntaba qué me atrevería a decirle a Monseñor.

El estaba paseando por una galería con dos sacerdotes. Vi que el Sr. Révérony le decía unas palabras y volvía con él. Nosotros lo esperábamos en su despacho, donde había tres enormes sillones colocados delante de la chimenea en la que chisporroteaba un buen fuego.

Al ver entrar a Su Excelencia, papá se arrodilló a mi lado para recibir su bendición. Luego Monseñor hizo tomar asiento a papá en uno de los sillones, se sentó frente a él, y el Sr. Révérony quiso que yo ocupara el del medio. Rehusé cortésmente, pero él insistió, diciéndome que tenía que demostrar si era capaz de obedecer. Me senté enseguida, sin pensarlo dos veces, y tuve que pasar por la vergüenza de verle a él tomar una silla mientras yo me veía arrellanada en un sillón donde habrían cabido cómodamente cuatro como yo (y más cómodas que yo, ¡pues me hallaba muy lejos de estarlo...!)

Yo esperaba que hablaría papá, pero me dijo que explicara yo misma a Monseñor el motivo de nuestra visita. Lo hice lo más *elocuentemente* que pude. Pero Su Excelencia, acostumbrado a *la elocuencia*, no pareció conmoverse mayormente por mis razones. Una sola palabra del Superior me hubiera valido mucho más que todas ellas, pero lamentablemente no la tenía y su oposición no abogaba precisamente en mi favor...

Monseñor me preguntó si hacía mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmelo. -«Sí, Monseñor, muchísimo tiempo...» -«¡Vamos!, replicó riendo el Sr. Révérony, ¿no dirás que hace *quince años* que lo estás deseando?» -«Desde luego, respondí yo riendo también. Pero no hay que quitar muchos años, porque deseo ser religiosa desde que tengo uso de razón, y deseé el Carmelo desde que lo conocí, porque me parecía que en esta Orden se verían satisfechas todas las aspiraciones de mi alma».

[55rº] No sé, Madre querida, si fueron éstas exactamente mis palabras, creo que lo dije todavía peor; pero, bueno, ese fue el sentido.

[54vº sigue] Monseñor, creyendo agradar a papá, intentó hacer que me quedara con él algunos años más. Por eso, no fue poca su *sorpresa* y su *edificación* al verlo ponerse de mi parte e interceder para que me concediera permiso para volar a los quince años.

Sin embargo, todo fue inútil. Dijo que antes de tomar una decisión, era indispensable tener una entrevista con el *Superior* del *Carmelo*.

Nada podía yo escuchar que me causase una pena mayor, pues conocía la abierta oposición de nuestro Padre. Así que, sin tener en cuenta ya la recomendación del Sr. Révérony, hice algo más que *enseñar diamantes* a Monseñor: ¡se los *regalé*...!

Vi muy bien que estaba emocionado. Poniendo su mano en mi cuello, apoyó mi cabeza sobre su hombro y me acarició como creo que nunca [55rº] había acariciado a nadie. Me dijo que no todo estaba perdido, que estaba muy contento de que hiciese el viaje a Roma para afianzar mi vocación, y que, en vez de llorar, debería alegrarme. Añadió que, a la semana siguiente, tenía que ir a Lisieux y que le hablaría de mí al párroco de Santiago, y que no dudase que en Italia recibiría su respuesta.

Comprendí que era inútil seguir insistiendo. Además, ya no tenía nada más que decir, pues había agotado todos los recursos de mi *elocuencia*.

Monseñor nos acompañó hasta el jardín. Papá le *hizo reír mucho* contándole que, para aparentar más edad, me había hecho recoger el pelo. (Este detalle no lo echó Monseñor en saco roto, pues cuando habla de su «hijita» nunca deja de contar la historia de su pelo...)

El Sr. Révérony quiso acompañarnos hasta la puerta del jardín del obispado, y dijo a papá que nunca se había visto una cosa así: «¡Un padre tan deseoso de entregar a Dios su hija como ésta de ofrecerse a él!»

Papá le pidió algunas explicaciones sobre la peregrinación, entre otras cómo había que ir vestidos para presentarse ante el Santo Padre. Aún lo estoy viendo darse vuelta ante el Sr. Révérony, diciéndole: «¿Estaré bien así...?»

El le había dicho también a Monseñor que si él no me daba permiso para entrar en el Carmelo, yo pediría esta gracia al Sumo Pontífice.

Era muy sencillo en sus palabras y en sus modales mi querido rey, pero era tan *guapo*... Tenía una distinción tan natural, que debió de agradarle mucho a Monseñor, acostumbrado a verse rodeado de personajes que conocían todas las reglas de la etiqueta, pero no al *Rey* de *Francia* y de *Navarra* en *persona* con su *reinecita* ...

Cuando llegué a la calle, volvieron a correr las lágrimas, pero no tanto a causa de mi disgusto cuanto por ver que mi papaito querido acababa de hacer un viaje inútil... El, que saboreaba ya por adelantado la alegría de enviar un telegrama al Carmelo anunciando la feliz respuesta de Monseñor, se veía obligado a [55vº] volver sin respuesta de ninguna clase...

¡Qué disgusto tan grande tenía yo...! Me parecía que mi futuro estaba roto para siempre. Cuanto más me acercaba a la meta, más veía embrollarse mis asuntos.

Mi alma estaba hundida en la amargura, pero también en la paz, pues lo único que buscaba era la voluntad de Dios.

En cuanto llegamos a Lisieux, fui a buscar consuelo en el Carmelo, y lo encontré a tu lado, Madre querida. ¡No!, nunca olvidaré todo lo que tú sufriste por mi causa. Si no temiera profanarlas sirviéndome de ellas, podría repetir las palabras que Jesús dirigió a los apóstoles la noche de su Pasión: «*Tú* has permanecido siempre conmigo en mis pruebas...»

También mis *queridísimas* hermanas me ofrecieron muy *dulces consuelos*...

---

### Inicio

---

#### NOTAS AL CAPÍTULO V

74 Expresión de san Juan de la Cruz en *Noche oscura*, I, cap. 12.

75 En la noche del viernes 24 al sábado 25 de diciembre de 1886, el día de la «conversión» de Paul Claudel, y la «primera Navidad cristiana» de Carlos de Foucauld.

76 Uno de los grandes temas teresianos.

77 En julio de 1887, según las *Novissima Verba*. Estampa de Cristo en la cruz, de Müller.

78 Enrique Pranzini, de treinta y un años de edad, había degollado a dos mujeres y a una niña para robar, el 17/3/1887, en París. Su procesó concluyó el 13/7/1887 con la condena a muerte y fue guillotinado el 31/8. - Obsérvese que Teresa, en el Ms A, no siempre es fiel a la cronología; su iniciativa en favor de Pranzini tiene lugar dos meses después de pedir permiso a su padre para entrar en el Carmelo (50<sup>o</sup>/v<sup>o</sup>).

79 Teresa habla muy raras veces del infierno.

80 Gesto extraordinario el de esta adolescente de catorce años, al ofrecer *los méritos infinitos de Nuestro Señor* (cf Cta 129 v<sup>o</sup>; Or 6, 16). A Teresa le gusta subrayar el carácter *infinito* de los méritos de Jesús. Cf también Or 7, 10, 13; Ms A 32r<sup>o</sup>.

81 Teresa no olvidó a Pranzini, y más tarde, en el Carmelo, cuando tenía algunos recursos, mandaba decir una misa por su *hijo* (PO p. 283 y CR p. 98).

82 Teresa toma la cita de Ezequiel de san Juan de la Cruz (*Cántico Espiritual*, canc. 23, 6). Nótese cómo Teresa, a pesar de su pudor, nunca vacila en expresar con toda su fuerza el sentimiento amoroso, sea humano sea divino.

83 Medía 1'62 m., y era la más alta de las hermanas Martin (cf CR p. 43).

84 *Cántico Espiritual*, canc. 25, texto citado también en la Cta 137, 1r<sup>o</sup>.

85 *Imitación*, 43, 4.

86 Teresa insiste en su deseo de comulgar frecuentemente, incluso a diario, gracia que alcanzará para sus hermanas después de su muerte.

87 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, canc. 3 y 4.

88 María, Paulina y Leonia que acababa de comunicar su deseo de entrar en la Visitación de Caen, cosa que hará el 16/7/1887; Teresa habló con su padre el 29 de mayo (Pentecostés).

89 El señor Martin ya se esperaba la partida de la última de sus hijas (PO p. 515), pero el golpe fue sin duda muy duro para un hombre que había tenido, el 1 de mayo, un primer ataque de parálisis con hemiplejia parcial.

90 El 8/10/1887 (cf Cta 27), por tanto cuatro meses después de haber hablado con su padre. Se necesitaba la autorización del señor Guérin.

91 En realidad, quince días.

92 Dura tuvo que ser esa prueba para que Teresa multiplique de ese modo las imágenes: *noche* negra, sin tan siquiera un *relámpago*, como si fuera un presentimiento de la prueba de la fe de los últimos años.

93 Pocos días en realidad. Simple libertad literaria para permitirle a Teresa incluir aquí cierto número de detalles sobre su vida, que no quiere dejar para después del relato de su viaje a Roma.

94 Mons Hugonin, obispo de Bayeux desde hacía veinte años.

95 *Imitación*, III, 5, 4.

96 Vicario general.

---

Inicio

---

## CAPÍTULO VI

### EL VIAJE A ROMA (1887)

Tres días después del viaje a Bayeux, tenía que emprender otro mucho más largo: el viaje a la ciudad eterna<sup>97</sup>...

¡Qué viaje aquél...! Sólo en él aprendí más que en largos años de estudios, y me hizo ver la vanidad de todo lo pasajero y que todo es aflicción de espíritu bajo el sol...

Sin embargo, vi cosas muy hermosas; contemplé todas las maravillas del arte y de la religión; y, sobre todo, pisé la misma tierra que los santos apóstoles y la tierra regada con la sangre de los mártires, y mi alma se ensanchó al contacto con las cosas santas...

Me alegro mucho de haber estado en Roma; pero comprendo a quienes, en el mundo, pensaron que papá me había hecho hacer este largo viaje para hacerme cambiar de idea sobre la vida religiosa. Y la verdad es que hubo cosas en él capaces de hacer vacilar una vocación poco firme.

Celina y yo, que nunca habíamos vivido entre gentes del gran mundo, nos encontramos metidas en medio de la nobleza, de la cual se componía casi exclusivamente la peregrinación<sup>98</sup>. Pero todos aquellos títulos y aquellos «de», lejos de deslumbrarnos, no nos parecían más que humo... Vistos de lejos, me habían ofuscado un poco alguna vez, pero de cerca, vi que «no todo lo que brilla es oro» y comprendí estas palabras [56r<sup>o</sup>] de la Imitación: «No vayas tras esa sombra que se llama el gran nombre, ni desees tener muchas e importantes relaciones, ni la amistad especial de ningún hombre<sup>99</sup>».

Comprendí que la verdadera grandeza está en el *alma*, y no en el *nombre*, pues como dice Isaías: «El Señor dará *otro nombre* a sus elegidos», y san Juan dice también: «Al vencedor le daré una piedra blanca, en la que hay escrito un *nombre nuevo* que sólo conoce quien lo recibe». Sólo en el cielo conoceremos, pues, nuestros títulos de nobleza. Entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que merece. Y el que en la tierra haya querido ser el más pobre y el más olvidado, por amor a Jesús, ¡ése será el primero y el más *noble* y el más rico...!

La segunda experiencia que viví se refiere a los sacerdotes. Como nunca había vivido en su intimidad, no podía comprender el fin principal de la reforma del Carmelo. Orar por los pecadores me encantaba; ¡pero orar por las almas de los sacerdotes, que yo creía más puras que el cristal, me parecía muy extraño...!

En *Italia* comprendí *mi vocación*. Y no era ir a buscar demasiado lejos un conocimiento tan importante...

Durante un mes conviví con muchos sacerdotes *santos*, y pude ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles... Si los *sacerdotes santos*, a los que Jesús llama en el Evangelio «sal de la tierra», muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús: «Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?»

¡Qué hermosa es, Madre querida, la vocación que tiene como objeto *conservar la sal* destinada a las almas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser *apóstoles de apóstoles*, rezando por ellos mientras ellos evangelizan a las almas con su palabra, y sobre todo con su ejemplo...

[56v<sup>o</sup>] He de detenerme, pues si continuase hablando de este tema, ¡no acabaría nunca...!

Voy a contarte mi viaje, Madre querida, con algún detalle; perdóname si te doy demasiados, pues no pienso lo que voy a escribir, y lo hago en tantos ratos perdidos, debido al poco tiempo libre que tengo, que mi narración quizás te resulte aburrida... Me consuela pensar que en el cielo volveré a hablarte de las gracias que he recibido y que entonces podré hacerlo con palabras amenas y arrobadoras... Allí nada vendrá ya a interrumpir nuestros desahogos íntimos y con una sola mirada lo comprenderás todo...

Mas como ahora necesito todavía emplear el lenguaje de esta triste tierra, trataré de hacerlo con la sencillez de un niño que conoce el amor de su madre...

---

### **París: Nuestra Señora de las Victorias**

La peregrinación salía de París el 7 de noviembre, pero papá nos llevó allí unos días antes para que la visitáramos.

Una mañana<sup>100</sup>, a las tres de la madrugada, atravesaba la ciudad de Lisieux, que aún dormía. Muchas emociones pasaron en esos momentos por mi alma. Sabía que iba hacia lo desconocido y que allá lejos me esperaban grandes cosas... Papá iba feliz. Cuando el tren arrancó, él se puso a cantar aquella vieja canción: «Rueda, rueda, diligencia, que ya estamos en camino».

Llegamos a París por la mañana, y comenzamos enseguida a visitar la ciudad. Nuestro pobre papá se desvivió por complacernos, así que en poco tiempo teníamos vistas todas las maravillas de la capital.

Yo *sólo* encontré *una* que verdaderamente me encantara, y esa maravilla fue: «Nuestra Señora de las Victorias». ¡Imposible decir lo que sentí a sus pies...! Las gracias que me concedió me emocionaron tan profundamente, que sólo mis lágrimas traducían mi felicidad, como en el día de mi primera comunión... La Santísima Virgen me hizo sentir que había sido *realmente ella quien me había sonreído y curado*. Comprendí que velaba por mí y que yo era *su* hija; y que, entonces, yo no podía darle ya [57rº] otro nombre que el de «*mamá*», que me parecía mucho más tierno que el de Madre...

¡Con qué fervor le pedí que me amparara siempre y que convirtiera pronto mi sueño en realidad, escondiéndome a *la sombra de su manto virginal*...! Ese había sido uno de mis primeros deseos de niña... Luego, al crecer, había comprendido que sólo en el Carmelo podría encontrar de verdad el manto de la Santísima Virgen, y hacia esa fértil montaña volaban todos mis deseos...

Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiese empañar mi pureza. No ignoraba que en un viaje como éste a Italia, se encontrarían muchas cosas capaces de turbarme, sobre todo porque, al no conocer el mal, temía descubrirlo, por no haber experimentado todavía que para el puro todo es puro y que las almas sencillas y rectas no ven mal en ninguna parte, pues el mal sólo existe en los corazones impuros y no en los objetos inanimados...

Rogué también a san José que velase por mí. Desde mi niñez le tenía una devoción que se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Todos los días le rezaba la oración: «San José, padre y protector de las vírgenes».

Con esto, emprendí sin miedo el largo viaje. Iba tan bien protegida, que me parecía imposible tener miedo.

Después de consagrarnos al Sagrado Corazón en la basílica de Montmartre, salimos de París el lunes 7 muy de madrugada. No tardamos en ir conociendo a las demás personas de la peregrinación. Yo, que era tan tímida que no solía atreverme casi a hablar, me hallé



completamente libre de tan molesto defecto. Con gran sorpresa mía, hablaba libremente con todas las grandes damas, con los sacerdotes, e incluso con el obispo de Coutances. Como si hubiese vivido siempre en ese mundo.

Creo que [57vº] todo el mundo nos quería, y a papá se le veía orgulloso de sus hijas. Pero si él estaba orgulloso de nosotras, nosotras no lo estábamos menos de él, pues en toda la peregrinación no había un caballero más apuesto ni distinguido que mi querido rey. Le gustaba verse acompañado de Celina y de mí, y muchas veces, cuando no íbamos en coche y yo me alejaba de su lado, me llamaba para que le diese el brazo como en Lisieux...

El Sr. abate Révérony se fijaba muy atentamente en todo lo que hacíamos. Con frecuencia le sorprendía mirándonos de lejos. En la mesa, cuando yo no estaba enfrente de él, encontraba la manera de inclinarse para verme y para escuchar lo que decía. Quería, sin duda, conocerme para saber si yo era realmente capaz de ser carmelita. Y creo que debió quedar satisfecho del examen, pues al *final* del *viaje* pareció estar bien dispuesto en mi favor. Pero en Roma estuvo muy lejos de serme favorable, como luego diré.

---

## Suiza

Antes de llegar a la ciudad eterna, meta de nuestra peregrinación, tuvimos ocasión de contemplar muchas maravillas. Primero fue Suiza, con sus montañas cuyas cimas se pierden entre las nubes, y sus impetuosas cascadas despeñándose de mil diferentes maneras, y sus profundos valles plagados de helechos gigantes y de brezos rosados.

¡Cuánto bien, Madre querida, hicieron a mi alma todas aquellas maravillas de la naturaleza derramadas con tanta *profusión*! ¡Cómo la hicieron elevarse hacia Quien quiso sembrar de tanta obra maestra esta tierra nuestra de destierro que no ha de durar más que un día...! No tenía ojos bastantes para mirar. De pie, pegada a la ventanilla, casi se me cortaba la respiración. Hubiera querido estar a los dos lados del vagón, pues, al volverme, contemplaba paisajes de auténtica fantasía y totalmente diferentes de los que se extendían ante mí.

Unas veces nos hallábamos en la cima de una montaña. A nuestros pies, [58rº] precipicios cuya profundidad no podía sondear nuestra mirada parecían dispuestos a engullirnos...

Otras veces era un pueblecito encantador, con sus esbeltas casitas de montaña y su campanario sobre el que se cernían blandamente algunas nubes resplandecientes de blancura...

Allá más lejos, un ancho lago, dorado por los últimos rayos del sol. Sus ondas, serenas y claras, teñidas del color azul del cielo mezclado con las luces rojizas del atardecer, ofrecían a nuestros ojos maravillados el espectáculo más poético y encantador que se pueda imaginar...

En lontananza, sobre el vasto horizonte, se divisaban las montañas cuyos contornos imprecisos hubieran escapado a nuestra vista si sus cumbres nevadas, que el sol volvía

deslumbrantes, no hubiesen añadido un encanto más al hermoso lago que nos fascinaba...

La contemplación de toda esa hermosura hacía nacer en mi alma pensamientos muy profundos. Me parecía comprender ya en el tierra la grandeza de Dios y las maravillas del cielo...

La vida religiosa se me aparecía *tal cual es*, con sus *sujeciones* y sus pequeños sacrificios realizados en la sombra. Comprendía lo fácil que es replegarse sobre uno mismo y olvidar el fin sublime de la propia vocación, y pensaba: Más tarde, en la hora de la prueba, cuando, prisionera en el Carmelo, no pueda contemplar más que una esquinita del cielo estrellado, me acordaré de lo que estoy viendo hoy; y ese pensamiento me dará valor; y al ver la grandeza y el poder de Dios -el único a quien quiero amar-, olvidaré fácilmente mis pobres y mezquinos intereses. Ahora que «mi *corazón* ha *vislumbrado* lo que Jesús tiene preparado para los que lo aman», no tendré la desgracia de apegarme a unas *pajas*...

---

### **Milán, Venecia, Bolonia, Loreto**

Después de haber admirado el poder de Dios, pude también admirar el que él ha concedido sus criaturas.

La primera ciudad de Italia que visitamos fue Milán. La catedral, toda de mármol blanco, y con sus estatuas suficientemente numerosas como para formar un pueblo innumerable, [58vº] la visitamos hasta en sus mas pequeños detalles.

Celina y yo éramos intrépidas. Siempre íbamos las primeras y seguíamos muy de cerca a Monseñor para ver todo lo referente a las reliquias de los santos y escuchar bien las explicaciones. Por ejemplo, mientras él celebraba el santo sacrificio sobre la tumba de san Carlos, nosotras estábamos con papá detrás del altar, con la cabeza apoyada en la urna que guarda el cuerpo del santo revestido de sus ornamentos pontificales. Y así hacíamos en todas partes... Excepto cuando se trataba de subir adonde la dignidad de un obispo no lo permitía, pues en tales casos sabíamos muy bien separarnos de Su Excelencia...

Dejando a las tímidas señoras tapándose la cara con las manos después de subir a los primeros campaniles que coronaban la catedral, nosotras seguimos a los peregrinos más audaces y llegamos hasta lo alto del *último* campanario de mármol, y tuvimos el placer de contemplar a nuestros pies la ciudad de Milán, cuyos numerosos habitantes parecían un *pequeño hormiguero*...

Bajamos de nuestro pedestal, y comenzamos nuestros paseos en coche, que iban a durar un mes ¡y que iban a saciarme para siempre de mis ganas de *rodar* sin nunca cansarme!

El camposanto nos gustó todavía más que la catedral. Todas aquellas estatuas de mármol blanco, a las que el cincel del genio parece haber insuflado vida, están colocadas por el enorme campo de los muertos con una especie de estudiado descuido que, para mi gusto, aumenta aún más su encanto... Uno casi se siente tentado de acercarse a consolar a aquellos personajes idealizados que te rodean. Su expresión es tan real, y su dolor tan sereno y resignado, que uno no puede por menos de reconocer los pensamientos de inmortalidad que debían llenar el corazón de los artistas que realizaron esas obras de arte

Hay una niña arrojando flores sobre la tumba de sus padres. Parece como si el mármol hubiera perdido su pesadez y los delicados pétalos se deslizaran entre los dedos de la niña; el viento parece dispersarlos, y parece [59rº] también hacer flotar el velo ligero de las viudas y las cintas con que las jóvenes adornan sus cabellos.

Papá estaba tan encantado como nosotras. En Suiza se había sentido cansado; pero aquí recobró su jovialidad y disfrutó del hermoso espectáculo que contemplábamos. Su alma de artista se reflejaba en las expresiones de fe y de admiración que aparecían en su hermoso rostro.

Un señor ya mayor (francés), que no tenía, sin duda, un alma tan poética, nos miraba con el rabillo del ojo y decía malhumorado, como con aire de lamentar el no poder compartir nuestra admiración: «¡Pero qué entusiastas son los franceses!»! Creo que aquel pobre señor hubiera hecho mejor quedándose en su casa, pues no me pareció que estuviera satisfecho del viaje; con frecuencia se ponía a nuestro lado, y de su boca no salían más que quejas: estaba descontento de los coches, de los hoteles, de las personas, de las ciudades, en suma, de todo... Papá, con su habitual grandeza de alma, trataba de animarlo, le cedía su sitio, etc.; en definitiva, se encontraba siempre a gusto en todas partes y era de un temperamento diametralmente opuesto al de su desagradable vecino... ¡Cuántos y cuán diferentes personajes encontramos! ¡Y qué interesante el estudio del mundo cuando uno está a punto de abandonarlo...!

En Venecia la escena cambió por completo. Allí, en lugar de los ruidos de las grandes ciudades, sólo se oyen, en medio del silencio, los gritos de los gondoleros y el murmullo del agua agitada por los remos.

Venecia no carece de encantos, pero a mí me pareció una ciudad triste. El palacio de los Duces es espléndido; pero resulta también triste, con sus enormes salones en los que se hace una verdadera ostentación de oro, de maderas, de los mármoles más preciosos y de los cuadros de los más célebres maestros. Hace ya muchos años que sus bóvedas sonoras han dejado de escuchar la voz de los gobernadores pronunciando sentencias de vida o de muerte en aquellas salas que atravesábamos... Han dejado de sufrir los desdichados prisioneros encerrados por los duces en los calabozos y en las [59vº] mazmorras subterráneas...

Al visitar aquellas espantosas prisiones, me parecía estar viviendo en los tiempos de los mártires, ¡y me habría gustado poder quedarme allí para imitarlos...! Pero tuvimos que salir prontamente y pasar el puente de los suspiros, así llamado a causa de los suspiros de alivio que daban los condenados al verse libres del horror de los sótanos, a los que preferían la muerte...

Desde Venecia nos dirigimos a Padua, donde veneramos la lengua de san Antonio. Y de allí a Bolonia, donde vimos el cuerpo de santa Catalina, que conserva la huella del beso del Niño Jesús.

Muchos son los detalles interesantes que podría dar sobre cada ciudad y sobre las mil peripecias de nuestro viaje, pero sería para nunca acabar, por lo que sólo voy a escribir los detalles más importantes.

Respiré al salir de Bolonia. Esa ciudad se me había hecho insoportable a causa de los estudiantes que la llenaban y que formaban un auténtico cerco a nuestro alrededor cuando teníamos la desgracia de salir a pie, y sobre todo a causa de la pequeña aventura que me sucedió con uno de ellos<sup>101</sup>. Me alegré de emprender el camino hacia Loreto.

No me extraña que la Santísima Virgen haya elegido este lugar para transportar a él su bendita casa<sup>102</sup>. Allí la paz, la alegría y la pobreza reinan como soberanas. Todo es sencillo y primitivo. Las mujeres han conservado su vistoso traje italiano y no han adoptado, como en otras ciudades, la *moda* de *París*. En una palabra, ¡Loreto me encantó!

¿Y qué puedo decir de la santa casa...? Me emocionó profundamente encontrarme bajo el mismo techo que la Sagrada Familia, contemplar las paredes en las que Jesús posó sus ojos divinos, pisar la tierra que José regó con su sudor y donde María llevó en brazos a Jesús después de haberlo llevado en su seno virginal... Visité la salita donde el ángel se apareció a la Santísima Virgen... Metí mi rosario en la pequeña escudilla del Niño Jesús... ¡Qué recuerdos tan maravillosos...!

[60rº] Pero nuestra mayor alegría fue recibir al *mismo Jesús* en su *casa* y convertirnos en su templo vivo en el mismo lugar que él honró con su presencia.

Es costumbre en Italia conservar el Santísimo, en las iglesias, sólo en un altar, y solamente allí se puede recibir la sagrada comunión. Este altar se encuentra en la misma basílica donde está la Santa Casa, encerrada como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos gustó, pues queríamos recibir la comunión, no en el *estuche*, sino en el mismo *diamante*.

Papá, con su finura habitual, hizo como todo el mundo. Pero Celina y yo fuimos a buscar a un sacerdote que nos acompañaba por todas partes, y que en aquel preciso momento se disponía a celebrar la santa misa, por un privilegio especial, en la Santa Casa. Pidió *dos hostias pequeñas*, que puso en la patena con la hostia grande. Ya comprenderás, Madre querida, cuál sería nuestra ilusión al recibir las *dos juntas* la sagrada comunión en aquella casa bendita... Fue una alegría totalmente celestial que no se puede expresar en palabras. ¿Qué será entonces cuando recibamos la comunión en la morada celestial del rey de los cielos...? Allí ya no veremos que se nos acaba la alegría, ni existirá ya la tristeza de la partida, y para llevarnos un recuerdo no tendremos que *rascar furtivamente* las paredes santificadas por la presencia divina, pues su *casa* será la nuestra por toda la eternidad....

Dios no quiere darnos su casa de la tierra; se conforma con enseñárnosla para hacernos amar la pobreza y la vida escondida. La que nos reserva es su propio palacio de la gloria, donde ya no le veremos escondido bajo la apariencia de un niño o de una blanca hostia, ¡¡¡sino tal cual es en el esplendor de su gloria infinita...!!!

---

## El coliseo y las catacumbas

Ahora sólo me falta ya hablar de Roma. ¡De Roma, meta de [60vº] nuestro viaje, donde yo esperaba encontrar el consuelo, pero donde encontré la cruz...!

Llegamos a Roma de noche y dormidos. Nos despertaron los empleados de la estación, que gritaban: «Roma, Roma». No era un sueño, ¡estaba en Roma...!

El primer día lo pasamos extramuros, y fue quizás el más delicioso de todos, pues todos los monumentos han conservado su sello de antigüedad, mientras que en el centro de Roma, ante el fausto de los hoteles y de las tiendas, uno tiene la impresión de estar en París.

Aquel paseo por la campiña romana me ha dejado un gratisimo recuerdo. No hablaré de los lugares que visitamos, pues hay bastantes libros que los describen por extenso, sino solamente de las principales *emociones* que viví.

Una de las más dulces fue la que me hizo estremecerme a la vista del *Coliseo*. Por fin, podía ver aquella arena en la que tantos mártires habían derramado su sangre por Jesús, y ya me disponía a besar la tierra que ellos habían santificado. ¡Pero qué decepción la mía! El centro no era más que un montón de escombros que los peregrinos tenían que conformarse con mirar, pues una valla les impedía entrar. Por otra parte, nadie sintió la tentación de intentar meterse por en medio de aquellas ruinas...

¿Pero valía la pena haber venido a Roma y quedarse sin bajar al Coliseo...? Aquello me parecía imposible. Ya no escuchaba las explicaciones del guía, sólo un pensamiento me rondaba por la cabeza: bajar a la arena...

Al ver pasar a un obrero con una escalera, estuve a punto de pedírsela. Afortunadamente no puse en práctica mi idea, pues me habría tomado por loca...

Se dice en el Evangelio que la Magdalena, perseverando junto al sepulcro y agachándose *insistentemente* para mirar dentro, acabó por ver dos ángeles. Yo, igual que ella, aun reconociendo la imposibilidad de ver cumplidos mis deseos, [61rº] seguía agachándome hacia las ruinas, adonde quería bajar.

Por fin, no vi ángeles, pero sí *lo que buscaba*. Lancé un grito de alegría y le dije a Celina: «¡Ven corriendo, vamos a poder pasar...!»

Inmediatamente sorteamos la valla, hasta la que en aquel sitio llegaban los escombros, y comenzamos a escalar las ruinas, que se hundían bajo nuestros pies.

Papá nos miraba, completamente asombrado de nuestra audacia, y no tardó en indicarnos que volviéramos. Pero las dos fugitivas ya no oían nada. Lo mismo que los guerreros sienten aumentar su valor en medio del peligro, así nuestra alegría iba en aumento en proporción al trabajo que nos costaba alcanzar el objeto de nuestros deseos.

Celina, más previsora que yo, había escuchado al guía, y acordándose de que éste acababa de señalar un pequeño adoquín marcado con una cruz como el lugar en el que combatían los mártires, se puso a buscarlo. No tardó en encontrarlo, y, arrodillándonos sobre aquella tierra sagrada, nuestras almas se fundieron en una misma oración...

Al posar mis labios sobre el polvo purpurado por la sangre de los primeros cristianos, me latía fuertemente el corazón. Pedí la gracia de morir también mártir por Jesús, y sentí en el fondo del corazón que mi oración había sido escuchada...

Todo esto sucedió en muy poco tiempo, y después de coger algunas piedras, volvimos hacia los muros en ruinas para volver a comenzar nuestra arriesgada empresa. Papá, al vernos tan contentas, no tuvo valor para reñirnos, y me di cuenta de que estaba orgulloso de nuestra valentía...

Dios nos protegió visiblemente, pues los peregrinos no se dieron cuenta de nuestra empresa por estar algo más lejos que nosotros, ocupados sin duda en contemplar las magníficas arcadas, de las que el guía estaba resaltando «las pequeñas *cornisas* y los *cupidos* colocados sobre ellas»<sup>103</sup>. Y así, ni él ni los «señores abates» se enteraron de la alegría que embargaba nuestros corazones...

También las catacumbas me dejaron una gratisima impresión. Son [61vº] tal como me las había imaginado leyendo su descripción en la vida de los mártires. La atmósfera que allí se respira está tan llena de fragancia, que, después de pasar en ellas buena parte de la tarde, me daba la impresión de haber estado tan sólo unos instantes...

Teníamos que llevarnos algún recuerdo de las catacumbas. Así que, dejando que se alejase un poco la procesión, *Celina* y *Teresa* se deslizaron las dos juntas hasta el fondo del antiguo sepulcro de santa Cecilia y cogieron un poco de la tierra santificada por su presencia.

Antes del viaje a Roma, yo no tenía especial devoción a esta santa. Pero al visitar su casa, convertida en iglesia, y el lugar de su martirio, al saber que había sido proclamada reina de la armonía, no por su hermosa voz ni por su talento musical, sino en memoria del *canto virginal* que hizo oír a su Esposo celestial escondido en el fondo de su corazón, sentí por ella algo más que devoción: una auténtica *ternura* de *amiga*... Se convirtió en mi santa predilecta, en mi confidente íntima... Todo en ella me fascina, sobre todo su *abandono* y su *confianza* sin límites, que la hicieron capaz de virginizar a unas almas que nunca habían deseado más alegrías que las de la vida presente...

Santa Cecilia se parece a la esposa del Cantar de los Cantares. Veo en ella «un *coro* en medio de un campo de batalla...» Su vida no fue más que un canto melodioso, aun en medio de las mayores pruebas, y no me extraña, pues «el santo Evangelio *reposaba sobre su corazón*» y *en su corazón reposaba* el Esposo de las vírgenes...

También la visita a la iglesia de Santa Inés fue para mí muy dulce. Allí iba a visitar en su casa a una *amiga* de la *infancia*. Le hablé largamente de la que tan dignamente lleva su nombre, e hice todo lo posible por conseguir una reliquia de la angelical patrona de mi Madre querida para traérsela. [62rº] Pero no pudimos conseguir más que una piedrecita roja que se desprendió de un rico mosaico cuyo origen se remonta a los tiempos de santa Inés y que ella debió de mirar muchas veces. ¿No resulta encantadora la amabilidad de la santa, al regalarnos ella misma lo que buscábamos y que nos estaba prohibido tomar...? Siempre me ha parecido aquello una delicadeza y una prueba del amor con que la dulce santa Inés mira y protege a mi Madre querida...

---

### Audiencia con León XIII

Seis días pasamos visitando las principales maravillas de Roma, y el *séptimo* vi la mayor de todas: «León XIII...»

Deseaba que llegase aquel día, y al mismo tiempo lo temía. De él dependía mi vocación, pues la respuesta que debía recibir de Monseñor no había llegado y había sabido, *Madre querida*, por una carta tuya, que ya no estaba muy bien dispuesto en mi favor. Así que mi única tabla de salvación era el permiso del Santo Padre...

Pero para obtenerlo, había que pedirlo. Tenía que *atreverme a hablar «al Papa»* delante de todo el mundo. Y simplemente el pensarlo me hacía temblar. Sólo Dios sabe, y mi *querida Celina*, lo que sufrí antes de la audiencia. Nunca olvidaré cómo me acompañó ella en todas mis pruebas; parecía como si mi vocación fuese la suya.

(Los sacerdotes de la peregrinación se dieron cuenta de cómo nos queríamos. Una noche estábamos en una reunión tan numerosa, que faltaban sillas; entonces Celina me sentó sobre sus rodillas y nos miramos con tanto cariño, que un sacerdote exclamó: «¡Cómo se quieren! ¡Esas dos hermanas serán siempre inseparables!» Sí, nos queríamos; pero nuestro cariño era tan *puro* y tan fuerte, que el pensamiento de la separación no nos inquietaba, pues sabíamos que nada en el mundo, ni siquiera el océano, podría alejarnos una de otra... Celina veía tranquila cómo mi [62vº] barquilla se iba acercando a la ribera del Carmelo y se resignaba a quedarse en el mar tempestuoso del mundo todo el tiempo que Dios quisiera, segura de que un día también ella llegaría a la ribera objeto de nuestros deseos...)

El domingo 20 de noviembre, vestidas según la etiqueta del Vaticano (es decir, de negro, y con mantilla de encaje por tocado) y adornadas con una gran medalla de León XIII que colgaba de una cinta azul y blanca, hicimos nuestra entrada en el Vaticano, en la capilla del Sumo Pontífice.

A las 8, nuestra emoción fue muy profunda al verle entrar para celebrar la santa Misa... Tras bendecir a los numerosos peregrinos congregados a su alrededor, subió las gradas del altar y nos demostró con su piedad, digna del Vicario de Jesús, que era verdaderamente «el *Santo* Padre». Cuando Jesús bajó a las manos de su Pontífice, mi corazón latió con fuerza y mi oración se hizo ardiente. Sin embargo, la confianza llenaba mi corazón. El Evangelio de ese día contenía estas palabras: «No temas, pequeño rebaño, porque mi Padre ha tenido a bien daros su reino».

No, no temía. Esperaba que muy pronto sería mío el reino del Carmelo. No pensaba entonces en aquellas otras palabras de Jesús: «Yo os transmito el reino como me lo transmitió mi Padre a mí». Es decir, te reservo cruces y tribulaciones; así te harás digna de poseer ese reino por el que suspiras. Si fue necesario que Cristo sufriera, para entrar así en su gloria, si tú quieres tener un sitio a su lado, ¡tendrás que beber el cáliz que él mismo bebió...! Ese cáliz me lo presentó el Santo Padre, y mis lágrimas fueron a mezclarse con la amarga bebida que se me ofrecía.

Después de la misa de acción de gracias que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia.

León XIII estaba sentado en un gran sillón. Vestía simplemente [63rº] una sotana blanca y una muceta del mismo color, y en la cabeza no llevaba más que un pequeño solideo. A su lado estaban, de pie, varios cardenales, arzobispos y obispos, pero yo sólo los vi globalmente, pues mi atención estaba centrada en el Santo Padre.

Ibamos desfilando procesionalmente ante él. Cada peregrino, cuando le llegaba su turno, se arrodillaba, besaba el pie y la mano de León XIII, recibía su bendición y dos guardias nobles le tocaban, por ceremonia, indicándole así que debía levantarse (al peregrino, pues me explico tan mal, que podría entenderse que era al Papa).

Antes de entrar en el salón pontificio, yo estaba completamente decidida a *hablar*, pero sentí que mi valor flaqueaba cuando vi a la derecha del Santo Padre ¡al «Señor Révérony...!» Casi en aquel mismo instante nos dijeron de *su* parte que *prohibía hablar* a León XIII, pues la audiencia se estaba prolongando demasiado...

Yo me volví hacia mi Celina querida para conocer su opinión. «¡Habla!», me dijo<sup>104</sup>. Un momento después estaba yo a los pies del Santo Padre. Después de besarle la sandalia, me presentó la mano; pero en lugar de besársela, junté las mías y elevando hacia su rostro mis ojos bañados en lágrimas, exclamé:

«¡Santísimo Padre, tengo que pedirlos una gracia muy grande...!»

Entonces el Sumo Pontífice inclinó hacia mí su cabeza, de manera que mi rostro casi tocaba el suyo, y vi sus *ojos negros* y *profundos* que se fijaban en mí y parecían querer penetrarme hasta el fondo del alma.

«¡Santísimo Padre, en honor de vuestras bodas de oro, permitidme entrar en el Carmelo a los 15 años...!»

Sin duda, la emoción hacía temblar mi voz. Por lo que el Santo Padre, volviéndose hacia el Sr. Révérony, que me miraba asombrado y disgustado, le dijo:

«No comprendo bien».

Si Dios lo hubiera permitido, le habría sido fácil al Sr. Révérony alcanzarme lo que deseaba, pero Dios quería darme cruz, y no consuelo.

«Santísimo Padre (respondió el Vicario General), se trata de *una niña* que desea entrar en el Carmelo a los 15 años; pero los superiores están en estos momentos estudiando la cuestión».

«Bueno, hija mía, respondió el Santo Padre mirándome bondadosamente, haz lo que te digan los superiores»:

Entonces, apoyando mis manos [63vº] en sus rodillas, hice un último intento y le dije con voz suplicante:

«¡Sí, Santísimo Padre! Pero si usted dijese que sí, todo el mundo estaría de acuerdo».

Me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba:

«Vamos... vamos... *Entrarás si Dios lo quiere...*» (Y su acento tenía un no sé qué de tan penetrante y convincente, que aún me parece estar oyéndole).



Animada por la bondad del Santo Padre, quise seguir hablando, pero los dos guardias nobles me *tocaron cortésmente*, para que me levantara; y viendo que con eso no bastaba, me cogieron por los brazos y el Sr. Révérony les ayudó a levantarme, pues seguía con las manos juntas apoyadas en las rodillas del Santo Padre, y tuvieron que arrancarme de sus pies *a viva fuerza...*

Mientras me *quitaban de en medio* de esa manera, el Santo Padre acercó su mano a mis labios y después la levantó para bendecirme. Entonces los ojos se me llenaron de lágrimas, y el Sr. Révérony pudo contemplar al menos tantos *diamantes* como había visto en Bayeux...

Los dos guardias nobles me llevaron en volandas, por así decirlo, hasta la puerta, donde un tercero me dio un medalla de León XIII.

Celina, que iba detrás de mí, acababa de ser testigo de la escena que acababa de ocurrir. Casi tan emocionada como yo, tuvo no obstante valor para pedir al Santo Padre una bendición para el Carmelo. El Sr. Révérony, con voz, malhumorada, respondió:

«El Carmelo ya está bendecido».

Y el Santo Padre contestó con ternura:

«Sí, sí, ¡ya está bendecido!»

Papá se había acercado a los pies de León XIII antes que nosotras (con los caballeros)<sup>105</sup>. El Sr. Révérony había estado con él encantador, presentándolo como el *padre de dos carmelitas*. El Santo Padre, como muestra de especial benevolencia, posó su mano sobre la cabeza venerable de mi querido rey, como marcándole con un *sello misterioso* en nombre de Aquel de quien era verdadero representante...

Ahora que este *padre de cuatro carmelitas* está en el cielo, ya no es la mano del Pontífice la que reposa sobre su frente, [64rº] profetizándole el martirio... Es la *mano* del Esposo de las Vírgenes, la del Rey de la gloria, la que hace resplandecer la cabeza de su fiel servidor. ¡Y ya nunca esa mano adorada dejará de apoyarse en la frente que ella misma ha glorificado...!

Mi papá querido se llevó un disgusto muy grande cuando, al salir de la audiencia, me encontró deshecha en lágrimas, e hizo todo lo posible por consolarme; pero en vano...

En el fondo del corazón yo sentía una gran paz, puesto que había hecho absolutamente todo lo que estaba en mis manos para responder a lo que Dios pedía de mí. Pero esa *paz* estaba en el *fondo*, mientras la *amargura* inundaba mi alma, pues Jesús callaba<sup>106</sup>. Parecía estar ausente, nada me revelaba su presencia... Tampoco aquel día el sol se atrevió a brillar, y el hermoso cielo de Italia, cargado de oscuros nubarrones, no cesó de llorar conmigo...

Todo había terminado. El viaje no tenía ya el menor atractivo para mí, pues su objetivo había fracasado

Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre deberían haberme consolado: ¿no eran, en realidad, una verdadera profecía? A pesar de todos los obstáculos, se realizó lo que *Dios quiso*. No *permitió* a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino *lo que quería él...*

Desde hacía algún tiempo, me había ofrecido al Niño Jesús para ser su *juguetito*<sup>107</sup>. Le había dicho que no me tratase como a uno de esos juguetes caros que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlos, sino como a una pelotita sin valor que pudiera tirar al suelo, o golpear con el pie, o *agujerear*, o dejarla en un rincón, o bien, si le apetecía, estrecharla contra su corazón. En una palabra, quería *divertir* al *Niño Jesús*, agradecerle, entregarme a sus *caprichos infantiles...* Y él había escuchado mi oración...

En Roma Jesús *agujereó* su juguetito. Quería ver lo que había dentro. Y luego, una vez que lo vio, satisfecho de su descubrimiento, dejó caer su [64vº] pelotita y se quedó dormido...

¿Y qué hizo mientras dormía dulcemente, y qué fue de la pelotita abandonada...? Jesús soñó que seguía *divirtiéndose* con su juguete, tirándolo y cogiéndolo una y otra vez; y luego, que, después de haberlo echado a rodar muy lejos, lo estrechaba contra su corazón sin dejarlo alejarse ya nunca más de su manita...

Imagínate, Madre querida, lo triste que se sentiría la pelotita al verse *tirada por el suelo...* Sin embargo, no dejé de esperar contra toda esperanza.

Unos días después de la audiencia con el Santo Padre, papá fue a visitar al hermano Simeón<sup>108</sup>, y encontró allí al Sr. Révérony, que se mostró muy amable. Papá le reprochó jovialmente que no me hubiese ayudado en mi *difícil empresa*, y luego le contó la historia de su *reina* al hermano Simeón. El venerable anciano escuchó su relato con gran interés, tomó incluso algunas notas y dijo emocionado: «¡Estas cosas no se ven en Italia!»

Creo que aquella entrevista causó muy buena impresión al Sr. Révérony, que a partir de entonces no dejó de darme muestras de que *por fin* estaba convencido de mi vocación.

---

## Nápoles, Asís, regreso a Francia

Al día siguiente de la memorable jornada, tuvimos que salir de madrugada para Nápoles y Pompeya. El Vesubio, en nuestro honor, no dejó de meter ruido en todo el día, dejando escapar entre sus *cañonazos* una espesa columna de humo. Las huellas que ha dejado en las ruinas de Pompeya son horribles y muestran el poder de Dios, que «mira a la tierra y la hace temblar, toca los montes y humean...»

Me hubiera gustado pasearme sola por entre las ruinas y meditar en la fragilidad de las realidades humanas, pero la cantidad de viajeros quitaba a la ciudad destruida buena parte de su melancólico encanto...

En Nápoles fue todo lo contrario. La *gran cantidad* de coches de dos caballos hizo que resultara espléndido nuestro paseo al monasterio de San Martín, situado en la cima de [65rº] una alta colina que dominaba toda la ciudad. Lamentablemente, los caballos que nos conducían se desbocaban a cada paso, y más de una vez creí llagada mi última hora.

Por más que el cochero repetía continuamente la palabra mágica de los conductores italianos: «Appipó, appipó...», los pobres caballos estaban empeñados en volcar el coche. Por fin, gracias a la protección de nuestros ángeles de la guarda, llegamos a nuestro magnífico hotel.

A lo largo de todo nuestro viaje nos alojamos en hoteles principescos. Nunca antes me había visto rodeada de tanto lujo. Y aquí sí que cabe decir que la riqueza no hace la felicidad, pues yo me habría sentido mucho más feliz bajo un techo de paja con la esperanza del Carmelo, que entre artesonados de oro, escaleras de mármol blanco y tapices de seda, con amargura en el corazón...

Comprendí bien que la alegría no se halla en las cosas que nos rodean, sino en lo más íntimo de nuestra alma; se la puede poseer lo mismo en una prisión que en un palacio. La prueba está en que yo soy más feliz en el Carmelo, aun en medio de mis sufrimientos interiores y exteriores, que entonces en el mundo, rodeada de las comodidades de la vida y *sobre todo* de la ternura del hogar paterno...

Llevaba el alma sumida en la tristeza. Sin embargo, exteriormente era la misma, pues creía que nadie conocía la petición que había hecho al Santo Padre. Pronto me convencí de lo contrario. Habiéndome quedado sola con Celina en el vagón (los demás peregrinos habían bajado a la cantina de la estación, aprovechando unos pocos minutos de parada), vi que el Sr. Legoux, Vicario General de Coutances, abría la puerta y mirándome me decía sonriendo: «¿Cómo está nuestra pequeña carmelita...?» Entonces comprendí que toda la peregrinación conocía mi secreto<sup>109</sup>. Gracias a Dios, nadie me habló sobre ello, pero, por la simpatía con que me miraban, me di cuenta de que mi petición no les había producido mala [65v<sup>o</sup>] impresión, sino todo lo contrario...

En la pequeña ciudad de Asís tuve ocasión de subir al coche del Sr. Révérony, un honor que no le fue concedido a *ninguna dama* durante todo el viaje. Te cuento cómo conseguí ese privilegio.

Después de visitar los lugares impregnados por el aroma de las virtudes de san Francisco y santa Clara, terminamos en el monasterio de Santa Inés, hermana de santa Clara.

Yo había estado contemplando a mis anchas la cabeza de la santa y cuando me retiraba, una de las últimas, me di cuenta de que había perdido el cinturón. Lo *busqué* en medio de la muchedumbre. Un sacerdote se compadeció de mí y me ayudó; pero después de habérmelo encontrado, le vi alejarse, y yo me quedé sola *buscando*, pues aunque tenía el cinturón no me lo podía poner, pues faltaba la hebilla... Por fin, la vi brillar en un rincón. Cogerla y ajustarla al cinturón no me llevó mucho tiempo, pero todo el trabajo anterior sí que me lo había llevado. Así que me quedé de una pieza al ver que estaba sola al salir de la iglesia. Todos los coches, y eran muchos, habían desaparecido, excepto el del Sr. Révérony. ¿Qué decisión tomar? ¿Echarme a correr detrás de los coches, que ya no se veían, exponiéndome a perder el tren, con la consiguiente preocupación de mi querido papá, o bien pedir un sitio en la calesa del Sr. Révérony...?

Me decidí por esta última solución. Con la mayor amabilidad y lo menos *apurada* que pude, a pesar de mi *apuro*, le expuse mi crítica situación y lo puse a él mismo en un *apuro*, pues su coche iba lleno de los más distinguidos *caballeros* de la peregrinación. Imposible encontrar una plaza libre. Pero un caballero muy galante se apresuró a bajar,

me hizo ocupar su asiento, y se puso él modestamente al lado del cochero. Parecía una ardilla atrapada en un cepo, y estaba muy lejos de encontrarme a gusto, rodeada de todos aquellos personajes ilustres, y sobre todo del más *temible* de todos ellos, frente al cual iba sentada... Sin embargo, estuvo muy [66º] amable conmigo, interrumpiendo de vez en cuando su conversación con los caballeros para hablarme del *Carmelo*.

Antes de llegar a la estación, todos aquellos *grandes personajes* sacaron sus *grandes* monederos para dar una propina al cochero (que ya estaba pagado). Yo hice lo mismo, y saqué mi *diminuto* monedero, pero el Sr. Révérony no me permitió sacar mis preciosas *moneditas* y prefirió dar él una *grande* de las suyas por los dos.

En otra ocasión volví a encontrarme a su lado en el ómnibus. Estuvo más amable todavía, y me prometió hacer todo lo que pudiera para que entrase en el Carmelo...

Aunque estos breves encuentros pusieron un poco de bálsamo en mis llagas, no pudieron evitar que el regreso fuese mucho menos placentero que la ida, pues ya no tenía la esperanza «del Santo Padre». No encontraba ayuda alguna en la tierra, que me parecía un desierto agostado y sin agua. *Sólo* en Dios tenía puesta toda mi esperanza... Acababa de conocer por experiencia que vale más recurrir a él que a sus santos...

La tristeza de mi alma no fue obstáculo para que pusiese un gran interés en los santos lugares que visitábamos.

En Florencia tuve la dicha de contemplar a santa María Magdalena de Pazzis, colocada en medio del coro de las carmelitas, que nos abrieron la reja. Como no sabíamos que íbamos a disfrutar de tal privilegio, y muchas personas deseaban hacer tocar sus rosarios en el sepulcro de la santa, no había nadie más que yo que pudiese pasar la mano por entre la reja que nos separaba de él. Por eso, todos me traían sus rosarios, y yo me sentía muy orgullosa de mi oficio...

---

## Inicio

---

### NOTAS AL CAPÍTULO VI

97 Peregrinación (del 7 de noviembre al 2 de diciembre de 1887) organizada por la diócesis de Coutances con ocasión de las bodas de plata sacerdotales de León XIII y como «testimonio de fe» frente a las «expoliaciones anticlericales» (en Italia). La diócesis de Bayeux se había asociado a ella, y el Sr. Révérony iba representando a Mons. Hugonin.

98 Ciento noventa y cinco peregrinos, setenta y tres de los cuales eran eclesiásticos y numerosas familias nobles de Normandía.

99 *Imitación*, II, 24, 2.

100 El viernes 4/11/1887.

101 Al bajar del tren, un estudiante se precipitó sobre ella, y la cogió en brazos diciéndole pipos. Ella se libró ágilmente de él, lanzándole una mirada furiosa.

102 Teresa, al igual que la mayor parte de los católicos de su tiempo, no pone en tela de juicio ni por un instante la leyenda de la casa de José y María transportada milagrosamente por los ángeles a Loreto.

103 Teresa se burla del guía del Coliseo. [Ese guía italiano, hablando en francés, empleaba la palabra «cornichons» (que significa «pepino» y también «persona de cortos alcances») en vez de «corniches» (= cornisas) y la palabra «cupides» (que significa «codiciosos») en vez de «cupidons» (= cupidos). N. del T.]

104 Teresa no había hecho un viaje tan largo para dar marcha atrás en el último momento (cf Cta 32), tanto más cuanto que todo el Carmelo la animaba.

105 En realidad, los caballeros fueron presentados después de las señoras y de los sacerdotes.

106 El silencio de Jesús: una de las angustias de Teresa. Cf Ms C 9vº y Ms A 51rº. Pero reacciona valerosamente (Cta 111); toda su vida es como una preparación para la prueba de la fe.

107 Tema importante en el simbolismo teresiano (unido aquí al de la *pelotita*), que aparece aquí cuatro veces. Cf Cta 34; 36; 74; 78; 79; 176.

108 Un hermano de las Escuelas Cristianas, personaje muy bien considerado entre la colonia francesa de Roma, que ya conocía al señor Martin. El enviará a Teresa la bendición del papa, el 31/8/1890, para su profesión, y en su última enfermedad (el 12/7/1897).

109 Un corresponsal en Roma de *L'Univers* había difundido la noticia (24/11/1887).

Siempre tenía que encontrar la forma de *tocarlo todo*. Así, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén (en Roma) pudimos venerar varios fragmentos de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos, encerrado en un magnífico relicario de oro labrado, pero sin cristal, por lo que, al venerar la sagrada reliquia, encontré la forma de pasar mi *dedito* por una [66vº] de las aberturas del relicario y pude *tocar* el clavo que bañó la sangre de Jesús...

La verdad es que era demasiado atrevida... Por suerte, Dios, que conoce el fondo de los corazones, sabe que mi intención era pura y que por nada del mundo hubiera querido desagradarle. Me portaba con él como un *niño* que piensa que todo le está permitido y mira como suyos los tesoros de su padre.

Todavía hoy sigo sin comprender por qué en Italia se excomulga tan fácilmente a las mujeres. A cada paso nos decían: «¡No entréis aquí... No entréis allá, que quedaréis excomulgadas...!» ¡Pobres mujeres! ¡Qué despreciadas son...! Sin embargo, ellas aman a Dios en número mucho mayor que los hombres, y durante la pasión de Nuestro Señor las mujeres tuvieron más valor que los apóstoles, pues desafiaron los insultos de los soldados y se atrevieron en enjugar la Faz adorable de Jesús... Seguramente por eso él permite que el desprecio sea su lote en la tierra<sup>110</sup>, ya que lo escogió también para sí mismo... En el cielo demostrará claramente que sus pensamientos no son los de los hombres, pues entonces los *últimos* serán los *primeros*...

Más de una vez, durante el viaje, no tuve la paciencia de esperar al cielo para ser la primera... Un día en que visitábamos un convento de Padres carmelitas, no me conformé con seguir a los peregrinos por las galerías *exteriores* y me metí por los claustro *interiores*... De pronto vi a un anciano carmelita que desde lejos me hacía señas de que me alejase; pero yo, en vez de marcharme, me acerqué a él y, señalándole los cuadros del claustro, le di a entender por señas que eran bonitos. El se dio cuenta, por mis cabellos que caían sobre la espalda y por mi aspecto juvenil, que era una niña, me sonrió con bondad y se alejó, al ver que no tenía delante de él a una enemiga. Si hubiese podido hablarle en italiano, le habría dicho que era un futura carmelita; pero por culpa de los constructores de la torre de Babel, no pude hacerlo.

Después de visitar también Pisa y Génova, volvimos a Francia.

En el trayecto, [67rº] el panorama era magnífico. A veces bordeábamos el mar, y la vía del tren pasaba tan cerca de él, que me parecía que las olas iban a llegar hasta nosotros (aquel espectáculo fue debido a una tempestad, y era de noche, lo que hacía que la escena fuese aún más impresionante). Otras veces atravesábamos llanuras cubiertas de naranjos con su fruta ya madura, o de verdes olivos de escaso follaje, o de esbeltas palmeras... A la caída de la tarde, veíamos los numerosos puertecitos de mar iluminarse con multitud de luces, mientras en el cielo empezaban a brillar las primeras *estrellas*...

Y a la vista de todas aquellas cosas, que yo miraba por primera y por última vez en mi vida, ¡mi alma se llenaba de poesía...!

Pero las veía desvanecerse sin la menor pena. Mi corazón aspiraba a otras maravillas. Había contemplado ya bastante las *bellezas* de la tierra, y sólo las del *cielo* eran ya el objeto de sus deseos. Y para ofrecérselas a las almas, ¡quería convertirme en *prisionera* ...!

---

### Tres meses de espera

Mas antes de ver abrirse ante mí las puertas de la bendita prisión por la que suspiraba, tenía aún que luchar y que sufrir. Lo presentía al volver a Francia. Sin embargo, mi confianza era tan grande, que no perdí la esperanza de que me permitieran entrar en el Carmelo el 25 de diciembre...

Apenas llegamos a Lisieux, nuestra primera visita fue para el Carmelo. ¡Qué encuentro aquél...! ¡Teníamos tantas cosas que decirnos después de un mes de separación, mes que me pareció larguísimo y en el que aprendí más que en muchos años...!

¡Qué dulce fue para mí, Madre querida, volverte a ver y abrirte mi pobre alma herida! ¡A ti, que sabías comprenderme tan bien; a ti, a quien bastaba una palabra o una mirada para adivinarlo todo!

Me abandoné con entera confianza. Había hecho todo lo que dependía de mí, todo, hasta hablarle al Santo Padre; por lo que ya no sabía qué más tenía que hacer. Tú me dijiste que escribiese a Monseñor, recordándole su promesa. Lo hice enseguida lo mejor que supe, pero en unos términos que a nuestro tío le parecieron demasiado [67vº] ingenuos. El rehízo la carta. Cuando yo iba a echarla al correo, recibí una tuya, diciéndome que no

escribiese, que esperase unos días más. Obedecí enseguida, pues estaba segura de que ésa era la mejor forma de no equivocarme.

Por fin, diez días antes de Navidad, ¡salió mi carta! Plenamente convencida de que la respuesta no se haría esperar, todas las mañanas iba a correos con papá después de misa, pensando encontrar allí el permiso para echarme a volar; pero cada mañana me traía una nueva decepción, que sin embargo no hacía vacilar mi fe...

Pedía a Jesús que rompiera mis ataduras. Y las rompió, pero de una forma totalmente diferente a como yo esperaba... Llegó la fiesta de Navidad, y Jesús no despertó... Dejó en el suelo a su pelotita, sin echarle siquiera una mirada...

Al ir a la Misa de Gallo llevaba roto el corazón. ¡Tenía tantas esperanzas de asistir a ella tras las rejas del Carmelo...!

Esta prueba fue muy dura para mi fe. Pero Aquel cuyo corazón vela mientras él duerme me hizo comprender que él obra auténticos *milagros* y cambia la montañas de lugar en favor de quienes tienen una fe como un *grano de mostaza*, pero que con sus *íntimos*, con su *Madre*, él no hace milagros *hasta haber probado su fe*. ¿No dejó morir a Lázaro, a pesar de que Marta y María le habían hecho saber que estaba enfermo...? Y en las bodas de Caná, cuando la Virgen le pidió que ayudara a los anfitriones, ¿no le contestó que todavía no había llegado su hora...? Pero después de la prueba, ¡qué recompensa! ¡El agua se convierte en vino...! ¡Lázaro resucita...!

Así actuó Jesús con su Teresita: después de haberla probado durante *mucho tiempo*, colmó todos los deseos de su corazón...

Por la tarde de aquel radiante día de fiesta, que yo pasé llorando, fui a visitar a las carmelitas. Me llevé una gran sorpresa cuando, al abrir la [68rº] reja, vi un precioso Niño Jesús que tenía en la mano una pelota en la que estaba escrito mi nombre. Las carmelitas, en lugar de Jesús, que era demasiado pequeño todavía para hablar, me cantaron una canción compuesta por mi Madre querida. Cada una de sus palabras derramaba en mi alma un dulce consuelo. Jamás olvidaré aquella delicadeza del corazón maternal que siempre me colmó de los más exquisitos detalles de ternura...

Después de dar las gracias derramando dulces lágrimas, les conté la sorpresa que me había dado mi querida Celina al volver de la Misa de Gallo. En mi habitación, en medio de una preciosa jofaina, había encontrado un *barquito* que llevaba al *Niño* Jesús dormido con una *pelotita* a su lado. En la blanca vela Celina había escrito estas palabras: «Duermo, pero mi corazón vela», y en el barco esta sola palabra: «¡Abandono!»

¡Ay!, si Jesús no hablaba todavía a su pequeña prometida, si sus ojos divinos seguían cerrados, por lo menos se revelaba a ella por medio de otras almas que comprendían todas las delicadezas y todo el amor de su corazón...

El primer día del año 1888, Jesús me hizo una vez más el regalo de su cruz. Pero esta vez la llevé yo sola, pues fue tanto más dolorosa cuanto menos la comprendía... Una *carta de Paulina* me comunicaba que la respuesta de Monseñor había llegado el 28, fiesta de los Santos *Inocentes*, pero que no me lo había hecho saber porque se había decidido

que mi entrada no tuviera lugar hasta *después* de la *cuaresma*. Al pensar en una espera tan larga, no pude contener las lágrimas.

Esta prueba tuvo para mí un carácter muy particular. Veía mis *ataduras rotas* por parte del mundo, pero ahora era el arca santa la que negaba la entrada a la pobre palomita...

Convengo en que debí parecer poco razonable al no aceptar gozosa esos tres meses de destierro. Pero creo también que esta prueba, aunque no lo pareciese, fue *muy grande* y me ayudó a *crecer* mucho en el abandono y en las demás virtudes.

[68vº] ¿Cómo trascurrieron estos *tres meses* tan ricos en gracias para mi alma...?

Al principio me vino a la cabeza la idea de no molestarme en llevar una vida tan ordenada como solía. Pero pronto comprendí el valor de aquel tiempo que se me concedía, y decidí entregarme con más intensidad que nunca a una vida *seria* y *mortificada*.

Cuando digo mortificada, no es para hacer creer que hiciera penitencias, pues *nunca las he hecho*<sup>111</sup>. Lejos de parecerme a esas almas grandes que desde la niñez practicaron toda serie de mortificaciones, yo no sentía por ellas el menor atractivo. Esto se debía, sin duda, a mi flojedad, pues hubiera podido encontrar, como Celina, mis pequeños recursos para mortificarme. En vez de eso, siempre me dejé mecer entre algodones y cebar como un pajarito que no necesita hacer penitencia...

Mis mortificaciones consistían en doblegar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar cualquier palabra de réplica; en prestar pequeños servicios sin hacerlos valer; en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc., etc...

Con la práctica de estas *naderías* me fui preparando para ser la prometida de Jesús, y no sabría decir cuan dulces recuerdos me ha dejado esta espera...

Tres meses se pasan muy pronto, y por fin llegó el momento tan ardientemente deseado.

---

Inicio

---

## NOTAS AL CAPÍTULO VI

110 Teresa pone aquí de manifiesto, de manera brillante, su feminismo. Su argumentación es fuerte, y la condición de mujer se convierte casi en una especie de privilegio para asemejarse a Jesús.

111 Teresa habla de las penitencias corporales, que sabemos que practicará en el Carmelo.

---

Inicio

---

## CAPÍTULO VII

### PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO (1888-1890)



El lunes 9 de abril, día en que el Carmelo celebraba la fiesta de la Anunciación, trasladada a causa de la cuaresma, fue el día elegido para mi entrada.

La víspera, toda la familia se reunió en torno a la mesa, a la que yo iba a sentarme por última vez. ¡Ay, qué desgarradoras son estas reuniones íntimas...! Cuando una quisiera pasar inadvertida, te prodigan las caricias y las palabras más tiernas, y te hacen más duro el sacrificio de la separación...

Mi rey querido apenas hablaba, pero su mirada se posaba en mí con amor... Mi tía lloraba de vez en cuando, y mi tío me dispensaba mil atenciones de cariño. También Juana y María me colmaban de delicadezas, sobre todo María, que, [69<sup>o</sup>] llevándome aparte, me pidió perdón por todo lo que creía haberme hecho sufrir. Y finalmente, mi querida Leonia, que había vuelto de la Visitación hacía algunos meses, me colmaba como nadie de besos y caricias.

Sólo de Celina no he dicho nada. Pero ya puedes imaginarte, Madre querida, cómo transcurrió la última noche en que dormimos juntas...

En la mañana del gran día, tras echar una última mirada a los Buissonnets, nido cálido de mi niñez que ya no volvería a ver, partí del brazo de mi querido rey para subir a la montaña del Carmelo...

Al igual que la víspera, toda la familia se reunió para escuchar la santa Misa y recibir la comunión. En cuanto Jesús bajó al corazón de mis parientes queridos, ya no escuché a mi alrededor más que sollozos. Yo fui la única que no lloró, pero sentí latir mi corazón *con tanta fuerza*, que, cuando vinieron a decirnos que nos acercáramos a la puerta claustral, me parecía imposible dar un solo paso. Me acerqué, sin embargo, pero preguntándome si no iría a morirme, a causa de los fuertes latidos de mi corazón... ¡Ah, qué momento aquél! Hay que pasar por él para entenderlo...

Mi emoción no se tradujo al exterior. Después de abrazar a todos los miembros de mi familia querida, me puse de rodillas ante mi incomparable padre, pidiéndole su bendición. Para dármele, también *él* se puso de *rodillas*, y me bendijo llorando...

¡El espectáculo de aquel anciano ofreciendo su hija al Señor, cuando aún estaba en la primavera de la vida, tuvo que hacer sonreír a los ángeles...!

Pocos instantes después, se cerraron tras de mí las puertas del arca santa<sup>12</sup> y recibí los abrazos de las *hermanas queridas* que me habían hecho de *madres* y a las que en adelante tomaría por modelo de mis actos...

Por fin, mis deseos se veían cumplidos. Mi alma sentía una PAZ tan dulce y tan profunda, que no acierto a [69<sup>vº</sup>] describirla. Y desde hace siete años y medio esta paz íntima me ha acompañado siempre, y no me ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones.

Como a todas las postulantes, inmediatamente después de mi entrada, me llevaron al coro. Estaba en penumbra, porque estaba expuesto el Santísimo, y lo primero que atrajo mi mirada fueron los ojos de nuestra santa Madre Genoveva, que se clavaron en mí. Estuve un momento arrodillada a sus pies, dando gracias a Dios por el don que me

concedía de conocer a una santa, y luego seguí a nuestra Madre María de Gonzaga a los diferentes lugares de la comunidad. Todo me parecía maravilloso. Me creía transportada a un desierto. Nuestra<sup>113</sup> celdita, sobre todo, me encantaba.

Pero la alegría que sentía era una alegría *serena*. Ni el más ligero céfiro hacía ondular las tranquilas aguas sobre las que navegaba mi barquilla, ni una sola nube oscurecía mi cielo azul... Sí, me sentía plenamente compensada de todas mis pruebas... ¡Con qué alegría tan honda repetía estas palabras: «Estoy aquí, para siempre, para siempre...»!

Aquella dicha no era efímera, no se desvanecería con las ilusiones de los primeros días. ¡Las *ilusiones*! Dios me concedió la gracia de *no llevar* NINGUNA al entrar en el Carmelo. Encontré la vida religiosa *tal* como me la había imaginado. Ningún sacrificio me extrañó. Y sin embargo, tú sabes bien, Madre querida, que mis primeros pasos encontraron más espinas que rosas...

Sí, el sufrimiento me tendió los brazos, y yo me arrojé en ellos con amor... A los pies de Jesús Hostia, en el interrogatorio que precedió a mi profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: «He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes».

Cuando se quiere alcanzar una meta, hay que poner los medios para ello. Jesús me hizo comprender que las almas quería dárme las por medio de la cruz; y mi anhelo de sufrir creció a medida que aumentaba el sufrimiento.

Durante cinco años, éste fue mi camino. Pero, [70rº] al exterior, nada revelaba mi sufrimiento, tanto más doloroso cuanto que sólo yo lo conocía. ¡Qué sorpresas nos llevaremos al fin del mundo cuando leamos la historia de las almas...! ¡Y cuántas personas se quedarán asombradas al conocer el camino por el que fue conducida la mía...!

---

### **Confesión con el P. Pichon**

Esto es tan verdad, que dos meses después de mi entrada, cuando vino el P. Pichon para la profesión de sor María del Sagrado Corazón, se quedó sorprendido al ver lo que Dios estaba obrando en mi alma, y me dijo que, la víspera, al verme hacer oración en el coro, mi fervor le pareció totalmente infantil y muy dulce mi camino.

Mi entrevista con el Padre fue para mí un consuelo muy grande, aunque velado por las lágrimas a causa de la dificultad que encontré para abrirle mi alma.

Hice, no obstante, una confesión general, como nunca la había hecho. Al terminar, el Padre me dijo estas palabras, las más consoladoras que jamás hayan resonado en los oídos de mi alma: «En presencia de Dios, de la Santísima Virgen y de todos los santos, declaro que nunca has cometido ni un solo pecado mortal». Y luego añadió: Da gracias a Dios por todo lo que hace por ti, pues, si te abandonase, en vez de ser un pequeño ángel, serías un pequeño demonio.

¡No, no me costó nada creerlo! Sabía lo débil e imperfecta que era. Pero la gratitud embargaba mi alma. Tenía tanto miedo de haber empañado la vestidura de mi bautismo,

que una garantía como aquélla, salida de la boca de un director espiritual como los quería nuestra Madre santa Teresa -es decir, que uniesen la *ciencia* y la *virtud*<sup>14</sup>-, me parecía como salida de la misma boca de Jesús...

El Padre me dijo también estas palabras que se me grabaron dulcemente en el corazón: «Hija mía, que Nuestro Señor sea siempre tu superior y tu maestra de novicias».

---

## Teresa y sus superiores

De hecho, lo fue. Y también «mi director espiritual». No quiero decir con esto que mi alma estuviese cerrada a cal y canto para mis superiores. No, más bien siempre he procurado que fuese para ellas un *libro* [70vº] *abierto*. Pero nuestra Madre estaba enferma con frecuencia y tenía poco tiempo para ocuparse de mí<sup>15</sup>. Sé que me quería mucho y que hablaba muy bien de mí. Sin embargo, Dios permitió que, *sin darse cuenta*, fuese MUY DURA. No podía cruzarme con ella sin tener que besar el suelo<sup>16</sup>. Y lo mismo ocurría en las escasas conferencias espirituales que tenía con ella...

¡Qué gracia inestimable...! ¡Cómo actuaba Dios visiblemente a través de la que estaba en su lugar...! ¿Qué habría sido de mí si, como pensaba la gente del mundo, hubiese sido «el juguete» de la comunidad...? Quizás, en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superiores, no me hubiera fijado más que en las personas; y entonces mi corazón, que había estado tan *protegido* en el mundo, se habría atado humanamente en el claustro... Gracias a Dios, no caí en esa trampa. Ciertamente, que *yo quería mucho* a nuestra Madre, pero con un afecto *puro* que me elevaba hacia el Esposo de mi alma...

Nuestra maestra de novicias era una *verdadera santa*, el tipo acabado de las primitivas carmelitas. Yo pasaba todo el día a su lado, pues era la que me enseñaba a trabajar.

Su bondad para conmigo no tenía límites, y, sin embargo, mi alma no lograba expansionarse con ella... Me suponía un gran esfuerzo hacer con ella la conferencia espiritual. Como no estaba acostumbrada a hablar de mi alma, no sabía cómo expresar lo que sucedía en mi interior. Una Madre ya mayor intuyó un día lo que me pasaba y me dijo, sonriendo, en la recreación: -«Hijita, me parece que tú no debes de tener gran cosa que decir a las superiores». -«¿Por qué dice eso, Madre...?» -«Porque tu alma es extremadamente *sencilla*; y cuando seas perfecta, serás más *sencilla todavía*, pues cuanto uno más se acerca a Dios, más se simplifica».

Aquella anciana Madre tenía razón. No obstante, la dificultad que yo tenía para abrir mi alma, aun cuando proviniese de mi sencillez, era un auténtico problema para mí. Lo reconozco hoy que, sin dejar de ser sencilla, [71rº] expreso con gran facilidad lo que pienso.

He dicho que Jesús había sido «mi director espiritual». Cuando entré en el Carmelo, conocí al que podía haberlo sido. Pero apenas me había admitido entre el número de sus hijas, tuvo que partir para el exilio... Así que sólo lo conocí para perderle enseguida... Reducida a no recibir de él más que una carta al año, por doce que yo le escribía, pronto mi corazón se volvió hacia el Director de los directores, y él fue quien me instruyó en esa ciencia escondida a los sabios y a los prudentes, que él quiere revelar a los *más pequeños*...

---

## La Santa Faz

La florecita trasplantada a la montaña del Carmelo tenía que abrirse a la sombra de la cruz; las lágrimas y la sangre de Jesús fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el llanto fue su sol...

Hasta entonces todavía no había yo sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz<sup>17</sup>. Fuiste tú, Madre querida, quien me enseñó a conocerlos. Lo mismo que, hacía años, nos habías precedido a las demás en el Carmelo, así también fuiste tú la primera en penetrar los misterios de amor ocultos en el rostro de nuestro Esposo. Entonces tú me llamaste, y comprendí...

Comprendí en qué consistía la *verdadera gloria*. Aquel cuyo reino no es de este mundo me hizo ver que la verdadera sabiduría consiste en «querer ser ignorada y tenida en nada», en «cifrar la propia alegría en el desprecio de sí mismo»<sup>18</sup>.

Sí, yo quería que «mi rostro», como el de Jesús, «estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese». Tenía sed de sufrir y de ser olvidada...

¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha llevado siempre Dios! *Nunca* me ha hecho desear algo que luego no me haya concedido. Por eso, su cáliz amargo siempre me ha parecido delicioso...

Pasadas las fiestas radiantes del mes de mayo -las fiestas de la profesión y de la toma de velo [71vº] de nuestra querida María, la *mayor* de la familia, a quien la *más pequeña* tuvo la dicha de coronar el día de sus bodas-, tenía que visitarnos la tribulación...

Ya el año anterior, en el mes de mayo, papá había sufrido un ataque de parálisis en las piernas, y la cosa nos preocupó mucho. Pero la fuerte constitución de mi querido rey hizo que se recuperara pronto, y nuestros temores desaparecieron. Sin embargo, durante el viaje a Roma, notamos más de una vez que se cansaba fácilmente y que no estaba tan alegre como de costumbre...

Lo que yo observé, sobre todo, fueron los progresos que papá hacía en la perfección. A ejemplo de san Francisco de Sales, había llegado a dominar su impulsividad natural hasta tal punto, que parecía tener el temperamento más dulce del mundo... Las cosas de la tierra apenas parecían rozarle, y se sobreponía fácilmente a las contrariedades de la vida.

En una palabra, Dios lo *inundaba* de *consuelos*. Durante sus visitas diarias al Santísimo, se le llenaban con frecuencia los ojos de lágrimas y su rostro reflejaba una dicha celestial...

Cuando Leonia salió de la Visitación, no se disgustó ni se quejó a Dios porque no hubiera escuchado las oraciones que le había dirigido para obtener la vocación de su querida hija. Hasta fue a buscarla con cierta alegría...

Y he aquí con qué fe aceptó papá la separación de su reinecita. Se la anunció en estos términos a sus amigos de Alençon: «Queridísimos amigos: ¡Teresa, mi reinecita, entró

ayer en el Carmelo...! Sólo Dios puede exigir tal sacrificio... No me tengáis lástima, pues mi corazón rebosa de alegría.»

Había llegado la hora de que un servidor tan fiel recibiera el premio de sus trabajos. Y era justo que su salario fuera parecido al que Dios dio al Rey del cielo, a su Hijo único... Papá acababa de hacer a Dios ofrenda de un *altar*<sup>119</sup>, y él fue la víctima escogida para ser inmolada en él con el Cordero sin mancha.

[72rº] Tú ya conoces, Madre querida, nuestras amarguras del *mes* de *junio* -y, sobre todo, las del día 24- del año 1888<sup>120</sup>. Esos recuerdos han quedado demasiado grabados en el fondo de nuestros corazones para que haga falta escribirlos... ¡Cuánto sufrimos, Madre querida...! ¡Y aquello no era más que el *principio* de nuestra tribulación...!

---

### Toma de hábito

Entretanto, había llegado la fecha de mi toma de hábito. Fui aprobada por el capítulo conventual. Pero ¿cómo pensar en una ceremonia solemne? Ya se hablaba de darme el santo hábito sin hacerme salir de la clausura<sup>121</sup>, cuando se optó por esperar.

Contra toda esperanza, nuestro padre querido se repuso de su segundo ataque, y Monseñor fijó la ceremonia para el día 10 de enero.

La espera había sido larga, pero, también, ¡qué hermosa fue la fiesta...! No faltó nada, nada, ni siquiera la *nieve*...

No sé si te he hablado ya de mi amor a la nieve... Cuando aún era muy pequeña, me fascinaba su blancura. Uno de mis mayores deleites era pasearme bajo los copos de nieve. ¿De dónde me venía esta afición a la nieve...? Tal vez de que, siendo yo una *florecita invernal*, el primer ropaje con que mis ojos de niña vieron adornada a la naturaleza debió ser su manto blanco...

Lo cierto es que siempre había deseado que, el día de mi toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco como yo. La víspera de ese hermoso día, yo miraba tristemente el cielo plomizo, del que de vez en cuando se desprendía una lluvia fina; pero la temperatura era tan suave, que ya no esperaba que nevase.

A la mañana siguiente, el cielo no había cambiado. Sin embargo, la fiesta resultó maravillosa, y la flor más bella, la más preciosa de todas, fue mi rey querido. Nunca había estado tan guapo y tan *digno*... Fue la admiración de todo el mundo. Aquel día fue su *triumfo*, su última fiesta aquí en la tierra. Había entregado *todas* sus hijas a Dios, pues cuando Celina le confió su vocación, él había *llorado* de *alegría*, y había ido a dar gracias a Quien «le hacía el honor de tomar para sí a todas sus hijas».

[72vº] Al final de la ceremonia, Monseñor entonó el Te Deum. Un sacerdote trató de advertirle que aquel cántico sólo se cantaba en las profesiones, pero ya estaba entonado, y el himno de *acción de gracias* se cantó hasta el final.

¿No debía *ser completa* aquella fiesta, si en ella se resumían todas las demás...? Después de abrazar por última vez a mi rey querido, volví a entrar en la clausura. Lo primero que vi en el claustro fue a «mi Niño Jesús color rosa<sup>122</sup>» sonriéndome en medio de flores y de luces. Inmediatamente después mi mirada se posó sobre los *copos de nieve*... ¡El patio estaba blanco, como yo!

¡Qué delicadeza la de Jesús! En atención a los deseos de su prometida, le regalaba nieve... ¡Nieve! ¿Qué mortal, por poderoso que sea, puede hacer caer nieve del cielo para hechizar a su amada...? Tal vez la gente del mundo se hizo esta pregunta; lo cierto es que la nieve de mi toma de hábito les pareció un pequeño milagro y que toda la ciudad se extrañó. Les pareció rara mi afición por la nieve... ¡Tanto mejor! Eso hizo resaltar aún más la *incomprensible condescendencia* del Esposo de las vírgenes..., de ese Dios que siente un cariño especial por los *lirios blancos* como la NIEVE...

Monseñor entró en clausura después de la ceremonia, y estuvo conmigo muy paternal. Creo que estaba orgulloso de que lo hubiera conseguido, y decía a todo el mundo que yo era «*su* hijita». Siempre que Su Excelencia volvió a visitarnos después de aquella hermosa fiesta, se mostró muy bueno conmigo. Me acuerdo muy especialmente de su visita con ocasión del centenario de N. P. san Juan de la Cruz. Me tomó la cabeza entre sus manos y me acarició de mil maneras. ¡Nunca me había visto tan honrada! En aquel momento Dios me hizo pensar en las caricias [73rº] que un día él me prodigaré delante de los ángeles y los santos, de las que me daba ya en este mundo una tenue imagen. Por eso, fue muy grande el consuelo que sentí...

---

## Enfermedad de papá

Como acabo de decir, la jornada del *10* de enero fue el triunfo de mi rey. Yo la comparo a la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. Su gloria de *un día*, como la de nuestro divino Maestro, fue seguida de una pasión dolorosa, y esa pasión no fue sólo para él. Así como los dolores de Jesús atravesaron como una espada el corazón de su divina Madre, así también se desgarraron nuestros corazones ante los sufrimientos de aquel a quien más tiernamente amábamos en la tierra...

Recuerdo que en el mes de junio de 1888, cuando empezaron nuestras primeras angustias, yo decía: «Sufro mucho, pero creo que puedo soportar todavía mayores sufrimientos». No sospechaba entonces los que Dios me tenía reservados... No sabía que el *12* de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro padre querido bebería el *más amargo*, el *más humillante* de todos los cálices<sup>123</sup>...

¡¡¡No, ese día ya no dije que podía sufrir todavía más...!!! Las palabras no pueden expresar nuestras angustias; por eso, no intentaré describirlas. Algún día, en el cielo, nos gustará hablar de nuestras *gloriosas* tribulaciones, ¿no nos alegramos ya ahora de haberlas sufrido...? Sí, los tres años del martirio de papá me parecen los más preciosos, los más fructíferos de toda nuestra vida. No los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los santos. Mi corazón rebosa de gratitud al pensar en ese *tesoro* que debe de despertar una santa envidia en los ángeles de la corte celestial...

Mi deseo de sufrir se vio colmado. No obstante, mi amor al sufrimiento no decreció, por lo que pronto mi alma participó también en los sufrimientos de mi [73vº] corazón. La

sequedad se hizo mi pan de cada día. Mas aunque estaba privada de todo consuelo, era la más feliz de las criaturas, pues veía cumplidos todos mis deseos...

¡Madre mía querida, qué hermosa ha sido nuestra gran tribulación, ya que de todos nuestros corazones no brotaron más que suspiros de amor y de gratitud...! No era ya caminar por los senderos de la perfección: ¡volábamos las cinco! Las dos pobres desterraditas de Caen<sup>124</sup>, aunque estaban en el mundo, no eran ya del mundo... ¡Y qué maravillas operó el dolor en el alma de mi Celina querida...! Todas las cartas que escribió en esas fechas están impregnadas de resignación y de amor... ¿Y quién será capaz de describir las conversaciones que teníamos juntas en el locutorio...? Las rejas del Carmelo, lejos de separarnos, unían todavía más estrechamente nuestras almas. Teníamos las dos los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo *amor a Jesús* y a las *almas*...

Cuando hablaban Celina y Teresa, ni una sola palabra de las cosas de la tierra se mezclaba nunca en sus conversaciones, que eran ya totalmente del cielo. Como tiempo atrás en el *mirador*, soñaban con las realidades *eternas*. Y para poder gozar cuanto antes de esa dicha sin fin, elegían aquí en la tierra por único lote «el sufrimiento y el desprecio».

Así transcurrió el tiempo de mis esponsales..., ¡que se le hizo muy largo a la pobre Teresita!

Al terminar mi año de noviciado, nuestra Madre me dijo que ni soñara en pedir la profesión, pues con toda seguridad el superior rechazaría mi petición. Tuve que esperar ocho meses más...

En un primer momento se me hizo muy difícil aceptar ese gran sacrificio; pero pronto se hizo la luz en mi alma. Estaba meditando, aquellos días, los «Fundamentos de la vida espiritual» del P. Surin. Un día, durante la oración, comprendí que mi deseo tan intenso de hacer la profesión iba mezclado con un gran amor propio. Si me había *entregado* a Jesús para agradarle y consolarle, [74rº] no debía obligarle a hacer mi *voluntad* en lugar de la suya.

Comprendí también que una prometida debería estar engalanada para el día de sus bodas, y que yo no había hecho nada para ello... Y entonces le dije a Jesús: «Dios mío, no te pido pronunciar los santos votos, *esperaré todo el tiempo que quieras*. Lo único que deseo es que mi unión contigo no se vea diferida por mi culpa. Por eso, voy a poner todo mi empeño en prepararme un hermoso vestido recamado de piedras preciosas. Cuando tú creas que ya está lo suficientemente rico y adornado, estoy segura de que ni todas las criaturas juntas podrán impedirte bajar hasta mí para unirme a ti para siempre, Amado mío...»

---

## Pequeñas virtudes

A partir de la toma de hábito, yo había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, especialmente respecto al voto de pobreza. Durante el postulantado, me gustaba tener cosas bonitas para mi uso y encontrar a mano todo lo que necesitaba. «Mi *Director*» soportaba aquello con paciencia, pues no es amigo de enseñárselo todo a las almas de una vez. Normalmente va dando sus luces poco a poco.

(Al principio de mi vida espiritual, hacia los 13 ó los 14 años, me preguntaba qué progresos tendría que hacer más adelante, pues creía que no podría comprender ya mejor la perfección. Pero no tardé en convencerme de que cuanto más adelanta uno en este camino, más lejos se ve del final. Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría...)

Vuelvo a las enseñanzas de «*mi Director*». Una noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lamparita en los estantes destinados a ese fin. Era tiempo de silencio riguroso, por lo que no podía reclamarla... Supuse que alguna hermana, creyendo coger su lámpara, había cogido la nuestra, que, por cierto, yo necesitaba mucho. En vez de disgustarme por verme privada de ella, me alegré mucho, pensando que la pobreza consiste en verse una privada, no sólo de las cosas superfluas, sino también [74vº] de las indispensables. Y de esa manera, en medio de las *tinieblas exteriores*, fui iluminada interiormente...

En esa época me entró un verdadero amor a los objetos más feos e incómodos. Y así, sentí una gran alegría cuando me quitaron de la celda el precioso *cantarillo* que tenía y me dieron en su lugar un cántaro tosco y *todo desportillado*...

Hacia también grandes esfuerzos por no disculparme, lo cual me resultaba muy difícil, sobre todo con nuestra maestra de novicias, a la que no quería ocultarle nada.

He aquí mi primera victoria, que no fue grande, pero que me costó mucho. Se encontró roto un vasito colocado detrás de una ventana. Nuestra maestra, creyendo que había sido yo quien lo había tirado, me lo enseñó, diciendo que otra vez tuviera más cuidado. Sin decir nada, besé el suelo y prometí ser más cuidadosa en adelante.

Debido a mi poca virtud, estos actos de vencimiento me costaban mucho, y tenía que pensar que en el juicio final todo saldrá a la luz. Me hacía también esta reflexión: cuando uno cumple con su deber, sin excusarse nunca, nadie lo sabe; las imperfecciones, por el contrario, se dejan ver enseguida...

Me aplicaba, sobre todo, a la práctica de las virtudes pequeñas, al no tener facilidad para practicar las grandes. Así, por ejemplo, me gustaba plegar las capas que dejaban olvidadas las hermanas y prestarles todos los pequeños servicios que podía.

También se me concedió el amor a la mortificación, que era tanto mayor cuanto que no me permitían hacer nada para satisfacerlo... La única mortificación que yo hacía en el mundo, que consistía en no apoyar la espalda cuando me sentaba, me la prohibieron, debido a la propensión que tenía a encorvarme. Claro, que si me hubiesen dado permiso para hacer muchas penitencias, seguramente ese entusiasmo no me habría durado mucho... Las únicas que podía hacer sin pedir permiso consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me aprovechaba mucho más que las penitencias corporales<sup>125</sup>...

[75rº] El refectorio, que fue mi oficio nada más tomar el hábito, me ofreció más de una ocasión para poner mi amor propio en su lugar, es decir, debajo de los pies... Es cierto que para mí era una gran alegría, Madre querida, estar en el mismo oficio que tú y poder ver de cerca tus virtudes. Pero esa misma cercanía era para mí motivo de sufrimiento. No me sentía libre, *como antaño*, para decírtelo todo. Teníamos que observar la regla, y no



podía abrirte mi alma. En una palabra, ¡yo estaba ya en el Carmelo, y no en los *Buissonnets* bajo el *techo paterno*...!

Entretanto, la Santísima Virgen me ayudaba a preparar el vestido de mi alma; y en cuanto ese vestido estuvo terminado, los obstáculos desaparecieron solos. Monseñor me envió el permiso que había solicitado, la comunidad me aprobó, y se fijó la profesión para el *8 de septiembre*...

Todo lo que acabo de escribir en pocas palabras requeriría muchas páginas de pormenores y detalles, pero esas páginas no se leerán nunca en la tierra. Pronto, Madre querida, te hablaré de todo ello en *nuestra casa paterna*, ¡en ese hermoso cielo hacia el que se elevan los suspiros de nuestros corazones...!

Mi traje de bodas estaba listo. Se hallaba recamado con las *antiguas* joyas que mi Prometido me había regalado; pero aún no era suficiente para su generosidad. Quería regalarme un *nuevo* diamante de innumerables destellos.

Las *antiguas* joyas eran la tribulación de papá, con todas sus dolorosas circunstancias; el *nuevo* diamante fue una prueba, muy pequeña en apariencia, pero que me hizo sufrir mucho.

Desde hacía algún tiempo, a nuestro pobre papaíto, que estaba un poco mejor, lo sacaban a pasear en coche. Incluso se pensó en hacerle tomar el tren para venir a vernos.

Y, naturalmente, *Celina* pensó enseguida que había que escoger para ese viaje el día de mi toma de velo. Para que no se canse, decía, no le haré [75vº] asistir a toda la ceremonia; sólo al final iré a buscarle y le llevaré muy despacito hasta la reja para que Teresa reciba su bendición.

¡Qué bien retratado estaba ahí el corazón de mi Celina...! ¡Qué gran verdad es que «al amor nada le parece imposible, porque para él todo es posible y permitido...!» La *prudencia humana*, por el contrario, tiembla a cada paso y no se atreve, por así decirlo, a posar el pie en el suelo.

Así, Dios, que quería probarme, se sirvió de *ella* como de un instrumento dócil en sus manos, y el día de mis bodas estuve realmente huérfana de padre en la tierra, pero pudiendo mirar con confianza al cielo y decir con toda verdad: «*Padre* nuestro, que estás en el cielo».

---

## Inicio

### NOTAS AL CAPÍTULO VII

112 Ni la más mínima alusión a la amonestación que el Sr. Delatroëtte hizo a la comunidad, ante el señor Martin, mientras estaba abierta la puerta de la clausura: "Bien, Reverendas Madres, ¡pueden cantar un *Te Deum*! Como delegado del señor Obispo, les presento a esta niña de quince años, cuya entrada ustedes han querido. Espero que no defraude sus esperanzas; pero les recuerdo que, si no es así, sólo ustedes serán las

responsables". Toda la comunidad se quedó helada ante estas palabras (Madre Inés, PA p. 141).

113 *Nuestra*, porque todos los objetos se atribuyen sin distinción a toda la comunidad.

114 *Camino de perfección*, VI. [Así se dice en la edición francesa. La cita exacta es, más bien, *Camino de perfección*, 5,2. N. del T.]

115 Es difícil evaluar con precisión las relaciones de Teresa con la madre María de Gonzaga, debido a las verdaderas requisitorias que contra ella dirigieron en los Procesos la madre Inés y varias religiosas más (cf sobre todo PA pp. 142-148). Los textos de Teresa manifiestan una gran admiración, una cierta confianza, y una reserva ante los excesos de afecto (Ms C 22rº); en definitiva, un juicio sumamente agudo, moderado por la caridad.

116 Subrayado por tres veces. El estilo duro era propio de la época; en las circulares de otros Carmelos, uno se queda también asombrado de las «pruebas del noviciado», que casi se parecen a novatadas (cf también Ms C 23rº).

*Besar el suelo* era un gesto de humildad que se practicaba en varias comunidades.

117 Devoción muy cultivada en el seno de la familia Martin después de las revelaciones que hizo Nuestro Señor a sor María de San Pedro, del Carmelo de Tours, en el siglo XIX. Teresa profundizó la meditación sobre la misma de forma muy personal, con la ayuda de Isaías, principalmente durante la enfermedad de su padre. El día de su toma de hábito (10/1/1889), firma por primera vez: *Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz* (Cta 80).

118 Citas de la Imitación, I,2,3 y III,49,7. Cf Ms A 47rº.

119 Había pagado él solo el altar mayor de la catedral (unos 10.000 francos de oro). Más tarde perderá 50.000 francos en el préstamo de Panamá. El 18/6/1889, firmará un acta de renuncia a la administración de sus bienes, a instancias de su cuñado (cf DR. CADÉOT, *op. cit.*, pp. 122-123).

120 El 23 de junio, fuga del señor Martin, que aparecerá en El Havre el día 27.

121 La postulante salía de la clausura vestida de novia y asistía a la ceremonia exterior rodeada de su familia.

122 Una estatua del Niño Jesús pintada de color rosa, que Teresa fue la encargada de adornar hasta su muerte.

123 Tras una serie de alucinaciones que llegaron a tomar un aspecto inquietante para los que lo rodeaban, el señor Martin fue trasladado a una casa de salud de Caen.

124 Leonia y Celina se hallaban hospedadas cerca del Buen Salvador (desde el 19/2 hasta el 14/5/1889).

125 Parece que Teresa minimiza mucho sus *mortificaciones*. En el Carmelo, las monjas se deban disciplina tres veces por semana, en virtud de las Constituciones; y podían

también, con un permiso personal, llevar un instrumento de penitencia otros tres días a la semana durante dos o tres horas.

Inicio

---

## CAPÍTULO VIII

### DESDE LA PROFESIÓN HASTA LA OFRENDA AL AMOR

(18901895)

Antes de hablarte de esta prueba, Madre querida, debería haberte hablado de los ejercicios espirituales que precedieron a mi profesión. Esos ejercicios, no sólo no me proporcionaron ningún consuelo, sino que en ellos la aridez más absoluta y casi casi el abandono fueron mis compañeros. Jesús dormía, como siempre, en mi navecilla.

¡Qué pena!, tengo la impresión de que las almas pocas veces le dejan dormir tranquilamente dentro de ellas. Jesús está ya tan cansado de ser él quien corra con los gastos y de pagar por adelantado, que se apresura a aprovecharse del descanso que yo le ofrezco. No se despertará, seguramente, hasta mi gran retiro de la eternidad; pero esto, en lugar de afligirme, me produce una enorme alegría...

Verdaderamente, estoy lejos de ser santa, y nada lo prueba mejor que lo que acabo de decir. En vez de alegrarme de mi sequedad, debería atribuirla a mi falta de fervor y de fidelidad. Debería entristecerme por dormirme (¡después de siete años!) en la oración y durante la acción de *gracias*. Pues bien, no me entristezco... Pienso que los *niños* agradan tanto a sus padres mientras duermen como cuando están despiertos; pienso que los médicos, para hacer las operaciones, [76rº] duermen a los enfermos. En una palabra, pienso que «el Señor conoce nuestra masa, se acuerda de que no somos más que polvo».

Mis ejercicios para la profesión fueron, pues, como todos los que vinieron después, unos ejercicios de gran aridez. Sin embargo, Dios me mostró claramente, sin que yo me diera cuenta, la forma de agradecerle y de practicar las más sublimes virtudes.

He observado muchas veces que Jesús no quiere que haga *provisiones*. Me alimenta momento a momento con un alimento totalmente nuevo, que encuentro en mí sin saber de dónde viene... Creo simplemente que Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento.

Unos días antes de mi profesión tuve la dicha de recibir la bendición del Sumo Pontífice. La había solicitado, a través del hermano Simeón, para *papá* y para mí, y fue para mí una inmensa alegría el poder devolverle a mi querido papaíto la gracia que él me había proporcionado llevándome a Roma.

Por fin, llegó el *hermoso día* de mis bodas<sup>126</sup>. Fue un día sin nubes. Pero la víspera, se levantó en mi alma la mayor tormenta que había conocido en toda mi vida...

Nunca hasta entonces me había venido al pensamiento una sola duda acerca de mi vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después de Maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un *sueño*, una quimera... La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la *convicción* de que no estaba hecha para mí, de que engañaba a los superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada...

Mis tinieblas eran tan oscuras, que no veía ni en [76vº] tendía más que una cosa: ¡que no tenía *vocación*...!

¿Cómo describir la angustia de mi alma...? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía.

Hice, pues, salir del coro a la maestra de novicias, y, *llena de confusión*, le expuse el estado de mi alma...

Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas.

Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.

En la mañana del 8 de septiembre, me sentí *inundada* por un río de paz. Y en medio de esa paz, «que supera todo sentimiento», emití los santos votos...

Mi unión con Jesús no se consumó entre rayos y relámpagos -es decir, entre gracias extraordinarias-, sino al soplo de un *ligero céfiro* parecido al que oyó en la montaña nuestro Padre san Elías...

¡Cuántas gracias pedí aquel día...! Me sentía verdaderamente reina, así que me aproveché de mi título para liberar a los cautivos y alcanzar favores del Rey para sus súbditos ingratos. En una palabra, quería liberar a todas las almas del purgatorio y convertir a los pecadores...

Pedí mucho por mi *Madre*, por mis hermanas queridas..., por toda la familia, pero sobre todo por mi papaíto, tan probado y tan santo...

Me ofrecí a Jesús para que se hiciese en mí con toda perfección su voluntad, sin que las criaturas fuesen nunca obstáculo para ello...

[77rº] Pasó por fin ese hermoso día, como pasan los más tristes, pues hasta los días más radiantes tienen un mañana. Y deposité sin tristeza mi corona a los pies de la Santísima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no me quitaría mi felicidad...

¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de *María* para convertirme en esposa de Jesús! Era la *Virgencita* recién nacida quien presentaba su *florecita* al *Niño* Jesús... Todo fue pequeño, excepto las gracias y la paz que recibí y excepto la alegría *serena* que sentí por la noche al ver titilar las estrellas en el firmamento mientras pensaba que *pronto* el cielo se abriría ante mis ojos extasiados y podría unirme a mi Esposo en una alegría eterna...

---

### **Toma de velo**

El 24 tuvo lugar la ceremonia de mi toma de *velo*<sup>127</sup>. Fue un día totalmente *velado* por las lágrimas... Papá no estaba allí para bendecir a su reina... El Padre estaba en Canadá... Monseñor, que iba a ir a comer en casa de mi tío, estaba enfermo, y tampoco vino. Todo fue tristeza y amargura... Sin embargo, en el fondo del cáliz había *paz*, siempre la *paz* ...

Aquel día Jesús permitió que no pudiese contener las lágrimas, y mis lágrimas no fueron comprendidas... De hecho, ya había soportado pruebas mucho mayores sin llorar, pero entonces me ayudaba una gracia muy poderosa; en cambio, el día 24 Jesús me abandonó a mis propias fuerzas, y demostré lo escasas que éstas eran.

Ocho días después de mi toma de velo tuvo lugar la boda de Juana. Me sería imposible decirte, Madre querida, cuánto me enseñó su ejemplo acerca de las delicadezas que una esposa debe prodigar a su esposo. Escuchaba ávidamente todo lo que podría aprender al respecto, pues no quería hacer yo por mi amado Jesús<sup>128</sup> menos de lo que Juana hacía por Francis, una criatura ciertamente muy perfecta, ¡pero a fin de cuentas una *criatura*...!

[77vº] Hasta me divertí componiendo una tarjeta de invitación para compararla con la suya. Estaba concebida en los siguientes términos:

#### TARJETA DE INVITACIÓN A LAS BODAS

#### DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS DE LA SANTA FAZ

No habiendo podido invitaros a la bendición nupcial que les fue otorgada en la montaña del Carmelo, el 8 de septiembre de 1890 (a la que sólo fue admitida la Corte Celestial), se os suplica que asistáis a la Tornaboda, que tendrá lugar Mañana, Día de la Eternidad, día en que Jesús, el Hijo de Dios, vendrá sobre las Nubes del Cielo en el esplendor de su Majestad, para juzgar a vivos y muertos.

Dado que la hora es incierta, os invitamos a estar preparados y velar.

---

### **Madre Genoveva de Santa Teresa**

[78rº] Ahora, Madre querida, ¿qué me queda por decirte?

Creía haber terminado, pero aún no te he dicho nada sobre la suerte que tuve de haber conocido a nuestra santa madre Genoveva... Ha sido una gracia inestimable. Pues Dios, que ya me había dado tantas, quiso que viviese con una *santa*, no de ésas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y ordinarias...

Más de una vez he recibido de ellas grandes consuelos, especialmente un domingo. Ese día fui, como de costumbre, a hacerle una breve visita, y encontré a otras dos hermanas con la madre Genoveva. La miré sonriendo, y me disponía a salir, pues no nos está permitido estar tres con una enferma, pero ella, mirándome con aire inspirado, me dijo: «Espera, hija mía, sólo quiero decirte unas palabritas. Siempre que vienes a verme, me pides que te dé un ramillete espiritual. Bueno, pues hoy voy a darte éste: Sirve a Dios con paz y con alegría. Recuerda, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz».

Le di las gracias con sencillez y salí emocionada hasta las lágrimas y convencida de que Dios le había revelado el estado de mi alma: aquel día me encontraba duramente probada, casi triste, en una noche tal, que no sabía ya si Dios me amaba. ¡Puedes, pues, adivinar, Madre querida, la alegría y el consuelo que sentí...!

Al domingo siguiente, quise saber qué revelación había tenido la madre Genoveva. Me aseguró que no había tenido *ninguna*, y entonces mi admiración subió de punto al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar.

Sí, esa *santidad* me parece la más *auténtica*, la más *santa*, y es la que yo deseo para mí, pues en ella no cabe ilusión...

[78vº] El día de mi profesión recibí otra gran alegría al saber de labios de la madre Genoveva que también ella había pasado por la misma prueba que yo antes de pronunciar sus votos...

¿Te acuerdas, Madre querida, del consuelo que encontramos a su lado en los momentos de nuestros *grandes* sufrimientos?

En una palabra, el recuerdo que la madre Genoveva dejó en mi corazón es un recuerdo impregnado de fragancia...

El día de su partida para el cielo viví una emoción muy especial. Era la primera vez que asistía a una muerte, y el espectáculo fue realmente encantador... Yo estaba colocada justamente a los pies de la cama de la santa moribunda y veía perfectamente sus más ligeros movimientos.

Durante las dos horas que pasé allí, me parecía que mi alma debería estar llena de fervor; por el contrario, se apoderó de mí una especie de insensibilidad. Pero en el *momento mismo* en que nuestra santa madre Genoveva nacía para el cielo, mis disposiciones interiores dieron un vuelco: en un abrir y cerrar de ojos me sentí henchida de una alegría y de un fervor inexplicables. Era como si la madre Genoveva me hubiese dado una parte de la felicidad de que ella ya gozaba, pues estoy plenamente convencida de que fue derecha al cielo...

Cuando aún vivía, le dije una vez:

-«Usted, Madre, no irá al purgatorio».

-«Así lo *espero*», me contestó con dulzura.

Y seguro que Dios no defraudó una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido...

Todas las hermanas se apresuraron a pedir alguna reliquia, y tú ya sabes, Madre querida, la que yo tengo la dicha de poseer... Durante la agonía de la madre Genoveva, vi que una *lágrima* brillaba en uno de sus párpados como un diamante. Esa *lágrima*, la *última de todas* las que derramó, no llegó a desprenderse, y vi que seguía *brillando* en el coro sin que nadie pensara en recogerla. Entonces, tomando un pañito fino, me acerqué por la noche, sin que nadie me viera, y recogí como *reliquia* la *última lágrima* de una santa... Desde entonces la he llevado siempre en la [79<sup>o</sup>] bolsita donde guardo encerrados mis votos.

No doy importancia a mis sueños. Por otra parte, rara vez tengo sueños simbólicos, e incluso me pregunto cómo es posible que, pensando como pienso todo el día en Dios, no ocupe él un mayor lugar en mis sueños...

Normalmente sueño con bosques, con flores, con arroyos, con el mar; casi siempre veo preciosos niñitos, o cazo mariposas y pájaros que nunca he visto. Ya ves, Madre, que si mis sueños tienen un aspecto poético, están muy lejos de ser místicos...

Una noche, después de la muerte de la madre Genoveva, tuve uno más entrañable. Soñé que la Madre estaba haciendo testamento, y que a cada una de las hermanas le dejaba algo de lo que le había pertenecido. Cuando me llegó el turno a mí, pensé que no iba a recibir nada, pues ya no le quedaba nada. Pero, incorporándose, me dijo por tres veces con acento penetrante: «A ti te dejo mi *corazón*»<sup>129</sup>.

---

## Epidemia de la gripe

Un mes después de la partida de nuestra santa Madre, se declaró la gripe en la comunidad. Sólo otras dos hermanas y yo quedamos en pie. Nunca podré expresar todo lo que vi, y lo que me pareció la vida y todo lo que es pasajero...

El día en que cumplí 19 años, lo festejamos con una muerte, a la que pronto siguieron otras dos.

En esa época, yo estaba sola en la sacristía, por estar muy gravemente enferma mi primera de oficio. Yo tenía que preparar los entierros, abrir las rejas del coro para la misa, etc. Dios me dio muchas gracias de fortaleza en aquellos momentos. Ahora me pregunto cómo pude hacer todo lo que hice sin sentir miedo. La muerte reinaba por doquier. Las más enfermas eran cuidadas por las que apenas se tenían en pie. En cuanto una hermana exhalaba su último suspiro, había que dejarla sola.

Una mañana, al levantarme, tuve el presentimiento de que sor Magdalena se había muerto. El claustro estaba a oscuras y nadie salía de su celda. Por fin, me decidí [79v<sup>o</sup>] a entrar en la celda de la hermana Magdalena, que tenía la puerta abierta. Y la vi, vestida y acostada en su jergón. No sentí el menor miedo. Al ver que no tenía cirio, se lo fui a buscar, y también una corona de rosas.

La noche en que murió la madre subpriora, yo estaba sola con la enfermera. Es imposible imaginar el triste estado de la comunidad en aquellos días. Sólo las que quedaban de pie pueden hacerse una idea.

Pero en medio de aquel abandono, yo sentía que Dios velaba por nosotras. Las moribundas pasaban sin esfuerzo a mejor vida, y enseguida de morir se extendía sobre sus rostros una expresión de alegría y de paz, como si estuviesen durmiendo un dulce sueño. Y así era en realidad, pues, cuando haya pasado la apariencia de este mundo, se despertarán para gozar eternamente de las delicias reservadas a los elegidos...

Durante todo el tiempo que duró esta prueba de la comunidad, yo tuve el inefable consuelo de recibir *todos los días* la sagrada comunión... ¡Qué felicidad...! Jesús me mimó mucho tiempo, mucho más tiempo que a sus fieles esposas, pues permitió que a mí me *lo dieran*, cuando las demás no tenían la dicha de recibirle.

También me sentía feliz de poder tocar los vasos sagrados y de preparar los *corporales* destinados a recibir a Jesús. Sabía que tenía que ser muy fervorosa y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor».

No puedo decir que haya recibido frecuentes consuelos durante las acciones de gracias; tal vez sean los momentos en que menos los he tenido... Y me parece muy natural, pues me he ofrecido a Jesús, no como quien desea recibir su visita para propio consuelo, sino, al contrario, para complacer al que se entrega a mí.

Me imagino a mi alma como un terreno *libre*, y pido a la Santísima Virgen que quite los *escombros* que pudieran impedirle [80rº] esa *libertad*. Luego le suplico que monte ella una gran tienda digna del *cielo* y que la adorne con sus propias galas. Después invito a todos los ángeles y santos a que vengan a dar un magnífico concierto. Y cuando Jesús baja a mi corazón, me parece que está contento de verse tan bien recibido, y yo estoy contenta también...

Pero todo esto no impide que las distracciones y el sueño vengan a visitarme. Pero al terminar la acción de gracias y ver que la he hecho tan mal, tomo la resolución de vivir todo el día en una continua acción de gracias...

Ya ves, Madre querida, que Dios está muy lejos de llevarme por el camino del temor. Sé encontrar siempre la forma de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias... Y estoy segura de que eso no le disgusta a Jesús, pues él mismo parece animarme a seguir por ese camino...

Un día, contra mi costumbre, estaba un poco turbada al ir a comulgar; me parecía que Dios no estaba contento de mí y pensaba en mi interior: «Si hoy sólo recibo la *mitad de una hostia*, me llevaré un disgusto, pues creeré que Jesús viene como de mala gana a mi corazón». Me acerco... y, ¡oh, felicidad!, por primera vez en mi vida veo que el sacerdote ¡toma *dos hostias* bien separadas y me las da...! Comprenderás mi alegría y las dulces lágrimas que derramé ante tan gran misericordia...



Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibí grandes gracias durante los ejercicios espirituales<sup>130</sup>.

Normalmente, los ejercicios predicados me resultan más penosos todavía que los que hago sola. Pero ese año no fue así.

Había hecho con gran fervor una novena de preparación, a pesar del presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador no iba a poder comprenderme, ya que se dedicaba sobre todo a ayudar a los grandes pecadores y no [80vº] a las almas religiosas. Pero Dios, que quería demostrarme que sólo él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este Padre, al que yo fui la única que apreció en la comunidad<sup>131</sup>...

Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo ). Estaba decidida a no decirle nada acerca de mi estado interior, por no saber explicarme. Pero apenas entré en el confesonario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, incluso *adivinada*... Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la *confianza* y del *amor*, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que *mis faltas no desagradaban* a Dios, y que, como *representante suyo*, me decía de *su parte* que Dios estaba muy contento de mí...

¡Qué feliz me sentí al escuchar esas consoladoras palabras...! Nunca había oído decir que hubiese faltas que no desagradaban a Dios. Esas palabras me llenaron de alegría y me ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En el fondo del corazón yo sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. ¿No estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...? ¡Cuántas veces lo he visto por experiencia...! Ningún reproche me afectaba tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder, mientras que el *amor* no sólo me hace correr sino *volar*...

---

### Priorato de la madre Inés

Y desde el día bendito de tu elección, Madre querida, sí, desde ese día volé por los caminos del amor... Ese día, ¡Paulina pasó a ser mi Jesús viviente... y se convirtió por segunda vez en mi «mamá»...!

[81rº] De tres años a esta parte, vengo teniendo la dicha de contemplar las *maravillas* que obra Jesús por medio de mi Madre querida... Veo que *sólo el sufrimiento* es capaz de engendrar almas, y estas sublimes palabras de Jesús se revelan como nunca en toda su profundidad: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

¡Y qué cosecha tan abundante has recogido...! Has sembrado entre lágrimas, pero pronto verás el fruto de tus trabajos y volverás llena de alegría trayendo en tus manos las gavillas...

Entre esas gavillas floridas, Madre mía, va oculta ahora la *florezilla blanca*; pero en el cielo tendrá voz para cantar tu *dulzura* y las *virtudes* que te ve practicar día tras día a la sombra y en el silencio de esta vida de destierro...

Sí, en estos últimos tres años he comprendido muchos misterios que hasta entonces estaban escondidos para mí. Dios me ha mostrado la misma misericordia que mostró al rey Salomón. No ha querido que yo tuviese un sólo deseo que no viese realizado. Y no sólo mis deseos de perfección, sino también aquellos cuya vanidad *comprendía* sin haberla experimentado.

Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi *ideal*, deseaba parecerme a ti en todo. Al verte pintar primorosamente y componer poesías tan encantadoras, pensaba: «¡Cómo me gustaría poder pintar y saber expresar en versos mi pensamiento, y hacer así el bien a las almas...!»

No quería *pedir* estos dones naturales, y mis deseos permanecían *ocultos* en el fondo de mi *corazón*. Pero *Jesús*, *oculto* también él en mi pobre *corazón*, tuvo a bien demostrarle que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol... Con gran extrañeza de las hermanas, me pusieron a *pintar*, y Dios permitió que supiese sacar jugo a las lecciones que mi Madre querida me dio... Y quiso también [81vº] que, a ejemplo suyo, pudiese hacer poesías y componer piezas teatrales que a las hermanas les parecieran bonitas...

Al igual que Salomón, *después de examinar todas las obras de sus manos y la fatiga que le costó realizarlas, vio que todo era vanidad y caza de viento*, así también yo conocí por EXPERIENCIA que la felicidad sólo se halla en esconderse y en vivir en la ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el *amor*, todas las obras son nada, incluso las más brillantes, como resucitar a los muertos o convertir a los pueblos...

Los dones que Dios me ha prodigado (sin yo pedírselos), en lugar de perjudicarme y de producirme vanidad, me llevan hacia *él*. Veo que sólo él es *inmutable* y que sólo él puede llenar mis inmensos deseos...

Hay también deseos de otra índole que Jesús ha querido convertirme en realidad, deseos infantiles como el de la nieve para mi toma de hábito. Tú sabes bien, Madre querida, cómo me gustan las flores. Al hacerme prisionera a los 15 años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, nunca he tenido tantas flores como desde que entré en el Carmelo...

Es costumbre que los novios regalen con frecuencia ramos de flores a sus novias. Jesús no lo echó en olvido y me mandó, a montones, gavillas de acianos, margaritas gigantes, amapolas, etc., todas las flores que más me gustan. Hay incluso una florecita, llamada la neguilla de los trigos, que yo no había vuelto a encontrar desde cuando vivíamos en Lisieux; tenía muchas ganas de volver a ver esa flor de *mi niñez* que yo cogía en los campos de Alençon. Pues también ella vino a sonreírme en el Carmelo y a mostrarme que, tanto en las cosas más pequeñas como en las grandes, Dios da el ciento por uno ya en esta vida a las almas que lo han dejado todo por su amor.

---

**Entrada de Celina**

Pero mi deseo más entrañable, el mayor de todos, el que nunca pensé [82rº] que vería hecho realidad, era la entrada de mi Celina querida en el mismo Carmelo que nosotras... Vivir bajo el mismo techo, compartir las alegrías y las penas de la compañera de mi infancia me parecía un *sueño* inverosímil<sup>132</sup>. Por eso, había hecho por completo el sacrificio. Había puesto en manos de Jesús el porvenir de mi hermana querida y estaba dispuesta a verla partir, si era necesario, para el último rincón del mundo.

Lo único que no podía aceptar era que no fuese esposa de Jesús, pues, al quererla tanto como a mí misma, se me hacía imposible verla entregar su corazón a un mortal.

Ya había sufrido mucho sabiendo que en el mundo estaba expuesta a peligros que yo no había conocido. Puedo decir que mi cariño a Celina, desde mi entrada en el Carmelo, era un amor de madre tanto como de hermana...

Un día en que tenía que ir a una fiesta nocturna, tenía yo un disgusto tan grande que supliqué a Dios que *no la dejase bailar*, y hasta derramé (contra mi costumbre) un torrente de lágrimas. Jesús se dignó escucharme y no permitió que su joven prometida *podiese bailar* aquella noche (aunque sabía hacerlo muy bien cuando era necesario). La sacaron a bailar y no podía negarse, pero el caballero fue absolutamente incapaz de hacerle dar un solo paso de *baile*, y, con gran confusión de su parte, se vio condenado a *caminar* sencillamente a su lado para acompañarla a su sitio; luego se esfumó y no volvió a aparecer por la velada.

Aquella aventura, única en su género, me hizo crecer en confianza y en amor hacia Aquel que, al depositar *su señal* en mi frente, la estampó al mismo tiempo sobre la de mi Celina querida...

El 29 de julio del año pasado, cuando Dios rompió la ataduras de su incomparable servidor, llamándole a las recompensas eternas, rompió a la vez las que retenían en el mundo a su querida prometida. Ella había cumplido ya su primera misión: encargada de *representarnos a todas nosotras* al lado de nuestro padre, al que amábamos con tanta ternura, la cumplió como un ángel... Y los ángeles no se quedan [82vº] en la tierra: una vez que han cumplido la voluntad de Dios, vuelven enseguida hacia él, que para eso tienen alas...

También nuestro ángel batió sus blancas alas. Estaba dispuesto a volar *muy lejos* para encontrarse con Jesús, pero Jesús le hizo volar *muy cerca*... Se conformó con aceptar el gran sacrificio, que fue extremadamente *doloroso* para Teresita... Durante *dos años* su Celina le había ocultado un secreto<sup>133</sup>. ¡Y cuánto había sufrido también ella...!

Por fin, desde lo alto del cielo, mi rey querido, al que en la tierra no le gustaban las demoras, se dio prisa en arreglar los embrollados asuntos de su Celina, ¡y el 14 de septiembre se reunía con nosotras...!

Un día en que las dificultades parecían insuperables, le dije a Jesús durante mi acción de gracias: «Tú sabes, Dios mío, cuánto deseo saber si papá ha ido *derecho al cielo*. No te pido que me hables, sólo dame una señal. Si sor A. de J.<sup>134</sup> consiente en la entrada de Celina, o al menos no pone obstáculos para ello, será la respuesta de que papá ha ido *derecho a estar contigo*».

Como tú sabes, Madre querida, esta hermana pensaba que tres éramos ya demasiadas, y por consiguiente no quería admitir otra más. Pero Dios, que tiene en sus manos el corazón de las criaturas y lo inclina hacia donde él quiere, cambió los pensamientos de esa hermana: la primera persona que encontré después de la acción de gracias fue precisamente a ella, que me llamó con un semblante muy amable, me dijo que subiera a tu celda y me habló de *Celina* con lágrimas en los ojos...

¡Cuántas cosas tengo que agradecer a Jesús, que ha sabido colmar todos mis deseos...!

Ahora no tengo ya ningún deseo, a no ser el de *amar* a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido. Ciertamente que aún me gusta adornar con flores al altar del Niño Jesús. Pero desde que él me dio la *flor* que yo anhelaba, mi *querida Celina*, ya no deseo ninguna más: ella es [83r] el ramillete más precioso que le ofrezco...

Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos. Pero es el *amor* lo único que me atrae... Durante mucho tiempo los deseé; poseí el sufrimiento y creí estar tocando las riberas del cielo, creí que la florecilla iba a ser cortada en la primavera de su vida... Ahora sólo me guía el abandono, ¡no tengo ya otra brújula...!

Ya no puedo pedir nada con pasión, excepto que se cumpla perfectamente en mi alma la voluntad de Dios sin que las criaturas puedan ser un obstáculo para ello. Puedo repetir aquellas palabras del Cántico Espiritual de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

«En la interior bodega  
de mi Amado bebí, y cuando salía  
por toda aquesta vega,  
ya cosa no sabía;  
y el ganado perdí que antes seguía.  
Mi alma se ha empleado,  
y todo mi caudal, en su servicio;  
ya no guardo ganado,  
ni ya tengo otro oficio,  
que ya sólo en amar es mi ejercicio».  
O bien estas otras:  
«Hace tal obra el AMOR,  
después que le conocí,  
que, si hay bien o mal en mí,  
todo lo hace de un sabor,  
y al alma transforma en sí».

¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del *amor*! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, *haciéndolo todo de un sabor*, consume con asombrosa rapidez *todo* lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón...

¡Cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz...! A la edad de 17 y 18 años, no tenía otro alimento espiritual. Pero más tarde, todos los libros me dejaban en la aridez, y aún sigo en este estado. Si abro un libro escrito por un autor espiritual (aunque sea el más hermoso y el más conmovedor), siento que se me encoge el

corazón y leo, por así decirlo, sin entender; o si entiendo, mi espíritu se detiene, incapaz de meditar...

En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la Im[83v<sup>o</sup>]tación de Cristo vienen en mi ayuda. En ellas encuentro un alimento sólido y completamente *puro*. Pero lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo, es el *Evangelio*. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...

Comprendo y sé muy bien por experiencia que «el reino de los cielos está dentro de nosotros». Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde esas luces más abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones del día...

Madre querida, después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: «El Señor es bueno, su misericordia es eterna»?

Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por *amor*...

Comprendo, sin embargo, que no todas las almas se parezcan; tiene que haberlas de diferente alcornias, para honrar de manera especial cada una de las perfecciones divinas.

A mí me ha dado su *misericordia infinita*, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de *amor*; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de *amor*...

¡Qué dulce alegría pensar que Dios es *justo*!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la debilidad de nuestra naturaleza. Siendo así, ¿de qué voy a tener miedo? El Dios infinitamente justo, que se dignó [84r<sup>o</sup>] perdonar con tanta bondad todas las culpas del hijo pródigo, ¿no va a ser justo también conmigo, que «estoy siempre con él»...?

## Fin del Manuscrito A

---

Este año, el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de entender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado<sup>135</sup>.

Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

«Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu *amor* misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu *amor* infinito...

«¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

«Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará *abrasar* a las almas tu amor misericordioso, pues tu misericordia se eleva hasta el cielo...!

«¡Jesús mío!, que sea *yo* esa víctima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor...!»

Madre mía querida, tú que me permitiste ofrecerme a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz, me parece que el *amor* me penetra y me cerca, me parece que ese *amor misericordioso* me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella el menor rastro de pecado. Por eso, [84v<sup>o</sup>] no puedo temer el purgatorio...

Sé que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, al que sólo pueden tener acceso las almas santas. Pero sé también que el fuego del amor tiene mayor fuerza santificadora que el del purgatorio. Sé que Jesús no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría estos deseos que siento si no quisiera hacerlos realidad...

¡Qué dulce es el camino del amor...! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...!

Esto es, Madre querida, todo lo que puedo decirte de la vida de tu Teresita. Tú conoces mucho mejor por ti misma cómo es y todo lo que Jesús ha hecho por ella. Por eso, me perdonarás que haya resumido mucho la historia de su vida religiosa...

¿Cómo acabará esta «historia de una florecita blanca»...? ¿Será tal vez cortada en plena lozanía, o quizás trasplantada a otras riberas<sup>136</sup>...? No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que la misericordia de Dios la acompañará siempre, y de que nunca la florecita dejará de bendecir a la madre querida que la entregó a Jesús. Eternamente se alegrará de ser una de las flores de su corona... Y eternamente cantará con esa madre querida el cántico siempre nuevo del amor...

---

Inicio

## NOTAS AL CAPÍTULO VIII

126 El lunes 8 de septiembre de 1890.

127 La profesión (8 de septiembre), ceremonia íntima dentro de la clausura, se completó (el 24) con la toma del velo negro, ceremonia pública. *El Padre*: Pichon, en el Canadá.

128 Sin embargo, Teresa, metida en el *túnel* (Cta 115), no le reprocha a Jesús que él no haga tanto por ella como los *novios de la tierra*...

129 El Dr. de Cornière acababa de extraer el corazón de la madre Genoveva, para que las carmelitas pudieran tener una reliquia suya. Teresa, impresionada, sueña con él.

130 Del 8 al 15 de octubre de 1891, dirigidos por el P. Alejo Prou, franciscano de Caen.

131 La madre María de Gonzaga prohibió a Teresa volver a ver al predicador. Y Teresa, mientras tanto, que era sacristana, lo oía ir y venir por la sacristía exterior a la espera de alguna posible penitente (cf PA p. 361)... No obstante, al final de los ejercicios, pudo confesarse durante un tiempo bastante largo, con gran disgusto de su priora.

132 Debido a la previsible oposición del Sr. Delatroëtte.

133 El P. Pichon contaba con Celina para una fundación misionera en el Canadá, y le había prohibido hablar de ello. Cuando, en agosto, desveló el proyecto en el Carmelo, se produjo un clamor general de indignación y una contraofensiva relámpago; Teresa llora hasta caer enferma, y el P. Pichon se bate en retirada («Está bien, está bien, ofrezco a mi Celina al Carmelo, a santa Teresa y a la Santísima Virgen»). El Sr. Delatroëtte acepta con una facilidad asombrosa la entrada de Celina en el Carmelo de Lisieux, y, gracias a la intercesión del señor Martin, *el 14 de septiembre se reunía con nosotras*.

134 Sor Amada de Jesús, que pensaba que «en la comunidad no se necesitaban artistas». Pero apreciaba sinceramente a Teresa (PO pp. 572575 y PA p. 407).

135 Día en que Teresa hizo su *Ofrenda al Amor misericordioso*.

136 A uno de los Carmelos de Indochina (cf Ms C 9<sup>o</sup>; Cta 207; 221,2<sup>v</sup>/3<sup>r</sup>; UC, pp. 197, 311).

---

## Inicio

---

### ESCUDO DE ARMAS Y SU EXPLICACIÓN [85V<sup>o</sup>]

El blasón JHS es el que Jesús se dignó entregar como dote a su pobre esposa. La huérfana de la Bérésina se ha convertido en Teresa del NIÑO JESÚS de la SANTA FAZ. Estos son sus títulos de nobleza, su riqueza y su esperanza.

La vid que divide en dos el blasón es también figura de Aquel que se dignó decirnos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, quiero que deis mucho fruto»

Las dos ramas que rodean, una a la Santa Faz y la otra al Niño Jesús, son la imagen de Teresa, que no tiene otro deseo aquí en la tierra que el de ofrecerse como un racimero de uvas para refrescar a Jesús niño, para divertirlo, para dejarse estrujar por él a capricho y poder así apagar la sed ardiente que sintió durante su pasión.

El arpa representa también a Teresa, que quiere cantarle incesantemente a Jesús melodías de amor.

El blasón FMT es el de María Francisca Teresa, la florecita de la Santísima Virgen. Por eso, esa florecita aparece representada recibiendo los rayos bienhechores de la dulce Estrella de la mañana.

La tierra verde representa a la familia bendita en cuyo seno creció la florecita.

Más a lo lejos se ve una montaña, que representa al Carmelo. Este es el lugar bendito que Teresa ha escogido para representar en su escudo de armas el dardo inflamado del amor que ha de merecerle la palma del martirio, en espera de que un día pueda dar verdaderamente su sangre por su Amado. Pues para responder a todo el amor de Jesús, ella quisiera hacer por él lo que él hizo por ella...

Pero Teresa no olvida que ella no es más que una débil *caña*, y por eso la ha colocado en su blasón.

El triángulo luminoso representa a la adorable Trinidad, que no cesa de derramar sus dones inestimables sobre el alma de la pobre Teresita, que, agradecida, no olvidará jamás esta divisa: «El amor sólo con amor se paga».